Ana Carolina Zegarra

Lecciones de Alcoba

Yo, tu alumna. Tú, mi tutor.



Lecciones de Alcoba

Ana Carolina Zegarra Paredes

Acerca del autor



Ana Carolina Zegarra es una escritora políticamente incorrecta y ocasionalmente poetiza. Cursó estudios en la Universidad San Agustín. Ha publicado Make & Gum (Marcapasos, 2009), 21 Casas de Verano (2011) y poemas en revistas locales. Ganadora del premio nacional 'Abraham Valdelomar' y finalista en otros premios literarios. A su escasa edad es una prolífica, laureada, y talentosísima escritora de novelas eróticas y pseudo-románticas, que se abre paso como una de las promesas literarias de su país. También es profesora de inglés, madre de dos hijos (de cuatro patas), ama de casa y ufóloga aficionada. Dedica su tiempo libre a escuchar música (punk, rock alternativo, Celia Cruz, Iván Cruz, Artik Monkies, Tony Rosado), mirar películas, tantísimas que cree conversar con el difunto Andrecito Caicedo y comentarle las ultimitas.

No escribe para ser famosa, ni para hacerse millonaria, pues se hubiese dedicado a alguna otra actividad más lucrativa y aunque algunos libros suyos hayan sido tachados de vacuos y banales por sus colegas escribidores y pechofríos, las críticas no le quitan el sueño, pues no se considera una persona profunda (literalmente). Escribe porque siente deseos de hacerlo, porque cree que es lo mejor que sabe hacer, porque es su forma de expresarse, de contener la avalancha de imágenes e ideas que la acosan por las noches y no le permiten disfrutar de la paz de una salchipapa o un pollo a la brasa junto a su novio, porque la hace sentirse plena y satisfecha, porque escribir se adapta a la forma de vida que desea, pero sobretodo, para ganarse la vida.

Desde su debut con 'Prometida Por Conveniencia', sus libros han logrado posicionarse entre los más vendidos. Desde pequeña sintió inquietud por las ciencias; sin embargo, un día se sentó a escribir, le gustó y ya no quiso dejar de hacerlo. No se siente atraída a escribir poesía, aunque ha publicado una plaqueta de poemas pornográficos, pues se siente igual de hábil y capaz que sus coleguitas poetas arequipenses, a quienes acusa de preocuparse más de hacerse un nombre, antes que por escribir.

Es hija única y actualmente reside en Arequipa intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, profesora de inglés, y novia. Está comprometida con un talentoso, hermoso novio, follador, comprensivo, y aunque no comparten los mismos gustos y aficiones la ha apoyado siempre con cada uno de sus proyectos y a superar sus vicios y adicciones. Se describe a sí misma como una melodramática pluridiversa, llena de todo, romántica empedernida y en peligro de extinción.

Zegarra ubica la tensión de su obra en la pérdida de la juventud, en como esta se desplaza dejando a los adultos que seremos. Es un viaje, y no necesariamente uno bueno. Dentro de la cabeza de Carolina el conocimiento académico y las lecturas clásicas se entremezclan con bandas indie, combis y platillos voladores, chichasara, cine de autor, divagaciones, literatura y referencias a la cultura pop, que lindan casi con el autismo, y del que se nutre para escribir sus obras. Comprometida con su novio y con su profesión, ya no toma ni fuma, se siente un poco vieja después de su alocada supervida, y se compromete a tomarse más en serio el oficio de escribir.

Puedes contactarla en:

https://www.facebook.com/posera.tercermundista

Índice

Lección 1
El principal órgano erógeno es la mente

Miro el vestido rojo de Dolce & Gabbana con desazón. Siempre deseé verme como esas mujeres sensuales y seguras de sí mismas, por eso, en un arrebato de valentía, mientras paseaba sola por la Galleria Vittorio Emanuele II en Milán, lo compré.

La vendedora halagó el modo en que la seda color sangre caía por mi cuerpo y evidenciaba mis curvas. Me sentí bella por primera vez en mucho tiempo, como no me sucedía desde antes de casarme.

La fiesta de beneficencia organizada por Margot, la tercera esposa de mi padre, me pareció el evento propicio para lucirlo. Carlo, mi marido, no pensó lo mismo. En cuanto me vio con él, espetó que parecía una fulana.

Contuve las lágrimas con esfuerzo, pues no quería arruinar el maquillaje.

—Decide tú —dije, derrotada.

Carlo se dirigió al probador y optó por el recatado vestido gris que ahora cubre el ochenta por ciento de mi piel.

—¡Apúrate! —demandó de mala manera.

En el último tiempo, ese era el único trato que tenía para conmigo. No logro adivinar qué hice para enfadarlo, ni por qué ya no me desea.

Hago Pilates, visito los salones de belleza más renombrados de la ciudad e intento estar bella para él. Pero Carlo apenas me mira, y llevamos años sin tener sexo.

Sin contestar, tomo mi pequeño bolso decorado con piedras y camino tan rápido como el estrecho bajo del vestido me lo permite.

En el Mercedes Benz resuena la voz de Adele, que me sume en la melancolía. Día a día siento que lo poco que tenemos se pierde. Me he convertido en una conformista, lo sé, pero debo hacer un intento más para recomponer nuestro matrimonio. Lo que más anhelo en la vida es una familia, que en nuestra casa correteen niños felices. Poder darles a mis hijos lo que yo no recibí, amor y contención. Me niego a enterrar mis deseos.

La mansión de mi padre se abre paso en el paisaje de manera imponente. Junto a la bahía, a lo alto de la pendiente que da a la playa, una casona de estilo colonial muestra con soberbia el apogeo de la familia Fontaine.

El sendero de ingreso está iluminado con farolas, y la gran galería, decorada en tonos claros, es un ir y venir de mujeres enfundadas en seda y hombres de frac.

Un joven con el uniforme de sirviente se acerca al automóvil y Carlo le entrega las llaves para que lo aparque. Entramos juntos, yo tomada de su brazo y él con una sonrisa encantadora, una sonrisa que apenas recuerdo, que cobra vida cuando hay alguien más en la habitación. En este momento luce como el muchacho del que me enamoré diez años atrás. ¿Dónde quedó ese hombre? ¿o fue todo una ilusión? Una ilusión más dentro de la gran puesta en escena que es mi vida.

Margot nos recibe en un abrazo fingido, y mi padre evalúa mi aspecto antes de asentir con un gesto. Sé que a él también le molestaría el vestido rojo. Sonrío con algo de picardía al pensar que debajo aún llevo mis bragas de encaje, sensuales, que me acarician con cada paso que doy.

Me alejo del grupo con disimulo, mientras Carlo y mi padre se desenvuelven entre socios y personas de poder. Con paso lento, me dirijo a la

sección en donde reposan en vitrinas las obras de artes que se subastarán para recaudar dinero para niños sin hogar. En momentos como este, la falsa filantropía de mi padre me produce náuseas. Río, muy pocos conocen la verdadera esencia del amo y señor Viktor Fontaine.

Siento una mirada fija en mí, al punto tal que hace a mi nuca arder. La sensación me resulta desconcertante, pero despierta en mí deseos de más. Me giro, un par de ojos negros como el carbón me recorren sin piedad, parecen quemarme. No recuerdo haber visto a ese hombre nunca antes, su presencia me estremece. Con total descaro continúa atravesándome con la mirada.

Es alto, y el traje negro, que no es un frac sino uno de seda hecho a medida, poco puede hacer para disimular los músculos del pecho y los hombros anchos. Él no se inhibe ante mi escrutinio y tampoco hace nada por interrumpir el contacto de nuestras miradas. No estoy acostumbrada a esta clase de juegos, pero algo me motiva a hacerlo.

Mis mejillas me queman, veo mi reflejo en una de las vitrinas que contiene una copa de cristal del siglo XIX, y me percato de que el sonrojo tiñe toda mi piel. Así, ardiendo en un fuego que casi no conozco, me encuentra Alice.

—¡Oh! —exclama con humor—. Veo que has caído en el encanto de Leonard. No te sientas mal, no eres la única.

¿Leonard? Saboreo su nombre en mis pensamientos. Le sienta bien, pues su porte es el de un león al acecho. Carraspeo antes de hablar.

—Hola, Alice. No sé quién es —simulo no estar interesada.

Pero mi amiga me conoce como nadie. Juntas pasamos años de internado en Londres, abandonadas por nuestras familias interesadas más en el dinero que en las necesidades de sus hijos.

—Leonard McGuire, el mayor benefactor de esta causa —esclarece ella con la picardía latente en la voz—. Pero no se ganó su fama por los millones que dona, ni por su ONG, sino por sus dotes de amante.

Un camarero nos ofrece champagne y no dudo en beber de la copa en un largo sorbo poco elegante. Las palabras de Alice hacen que sienta un fuego en mi interior que necesito apagar.

Sexo. Sexo. Sexo. El significado de esa palabra está casi olvidado para mí, solo la utilizo cuando rememoro el tiempo que llevo sin practicarlo. De pronto, la imagen de ese hombre sobre mí, dándome placer, acariciando mi cuerpo con algo más que con sus ojos, me invade. Intento concentrarme para retomar la conversación. Una parte de mí, la oculta y desterrada, quiere saber más de él.

—Qué feo debe ser para él —comento cuando la voz decide volver— que lo reconozcan por eso y no por su trabajo.

El invadido por miradas, ahora, era él, y el dulce desgraciado lo disfrutaba.

—No parece molestarle. Es más, lo lleva con orgullo, para incomodar a las mujeres estiradas que mueren de ganas de tenerlo bajo las sábanas, pero que comentan horrorizadas su pasado de gigoló por lo bajo. Créeme, más de una lamenta que ya no venda sus servicios.

—¿Gigoló? —pregunto, sin ánimos de recibir respuesta. La combinación de esa palabra con «servicios» enciende un interruptor desconocido en mi cuerpo.

Alice asiente con la cabeza y me guiña el ojo.

Ya lo creo, pagaría una fortuna por ese hombre. Me reprendo de inmediato. ¡Tienes marido, Xaviera! ¡Y tu matrimonio se está yendo al granete! Si fueras una gran amante, como él, Carlo no te ignoraría. Dios, mi cuerpo es un accesorio sin uso.

Ese pensamiento me estremece, y la idea se graba a fuego en mi mente. Carlo fue y es el único hombre en mi vida, pero yo sé que no fui ni soy la única mujer en la de él. Me engaño, me miento, aunque sé que lo que no obtiene conmigo lo consigue con otras.

Leonard vuelve a poner sus ojos en mí y, en esta oportunidad, lo hace para lograr el contacto visual entre nosotros. La intensidad de su mirada genera en mi mente la más loca y absurda de las preguntas: ¿Y si aprendes a ser una gran amante?

Así de fácil viajo a una realidad alternativa en la cual Carlo vuelve a compartir la cama conmigo.

Los planes y deseos de familia postergados regresan a mí con la fuerza de una tormenta primaveral.

Hago miles de conjeturas en cuestión de segundos. Sonrío. Pienso. Quizá Leonard ya no venda su cuerpo, pero esté dispuesto a vender sus conocimientos en el arte del placer. Aunque parezca una idea desquiciada, no propia de mi persona, todo comienza a cobrar sentido en mi mente. Si puedo satisfacer a un hombre así, estoy segura de que podré con mi esposo.

—Alice, ¿tú lo conoces? ¿me lo presentarías?

—Sí, encantada —Sonríe—, pero no te hagas ilusiones, es muy exquisito al elegir compañía femenina.

Simulo que sus palabras no lastimaron mi ego. Tiene razón, con este vestido recatado y gris, no tengo las herramientas para seducir. ¿A quién intento engañar? No es el vestido, soy yo. Yo no tengo herramienta alguna. Me motivo bajo la premisa de que mi intención no es conseguir a Leonard, sino todo lo demás. Con solo una mirada me basta para entender que jugamos en ligas distintas. Tal vez, solo tal vez, eso lo estimule a él.

Dejo la copa vacía en una bandeja y me apuro a tomar otra, de modo de tener mis manos ocupadas y disimular el nerviosismo. Alice se maneja con soltura en el salón, algo que yo jamás conseguí pese a mi estricta educación. Viktor me mantuvo encerrada en una jaula sin poder volar; Carlo, directamente, me cortó las alas. Esto era ahora, un ave que no sabía volar, que no conocía el placer del cielo, solo la melancolía de la tierra dura y seca.

Apartado, al otro lado del salón, se encuentra Leonard, en un porte casi insolente. Nos observa mientras acortamos la distancia, y creo ver que una sonrisa satisfecha lo ilumina, como si supiera de antemano mis movimientos. Me espera, aguarda a que sea yo quien entre en su guarida, y comienzo a pensar que quizá no fue una buena idea. Es un depredador nato, caigo en cuenta de ello. Me enfado conmigo, vuelvo a ser quien soy, mis planes van a parar a la basura ni bien siento su perfume. Sé que las palabras no van a salir y que mi cuerpo me va a traicionar.

—Leonard, querido —saluda Alice y le da un beso en cada mejilla—. Te quiero presentar a una gran amiga, Xaviera Fontaine, la hija de nuestro anfitrión.

—Xaviera. —Mi nombre en sus labios, pronunciado con esa voz aterciopelada y gutural, hace que la piel se me erice y me cueste responder. Él, a diferencia de lo que hizo con Alice, me toma la mano y me besa los nudillos. Siento el modo en que su barba recortada me hace cosquillas, me contengo para no obsequiarle ninguna respuesta, no quiero darle ese placer, aunque sus tibios labios parecen marcarme la piel a fuego.

—U…Un gusto —logro articular.

En un parpadeo, Alice encuentra la excusa para dejarnos a solas.

—Tengo que hablar con Yasmín —se disculpa—. Ya saben, mis tiendas de alta moda.

Ambos asentimos sin mirarla. Ya a solas, el contacto visual con él es la única alternativa posible. Mi mira y me siento desnuda ante él. La sensación de ser solo nosotros dos me invade. Leonard tiene un encanto inexplicable, que me aparta de la realidad. Algo nos envuelve, y no somos capaces de romper el escudo energético que nos rodea y nos aleja del resto de los invitados.

—Todas las mujeres llegan a mí buscando algo —murmura—, incluso las

que no saben lo que quieren.

Esas palabras son un desafío para mí, y parte del juego para él.

—Yo sé lo que quiero —miento. No, en este momento no lo sé. Pensé que sí, pero ahora que mis rodillas flaquean y mi corazón palpita acelerado, no estoy tan segura. El reflejo de mi cuerpo en uno de los cristales me recuerda el vestido gris que luzco, mi sobriedad, la distancia con mi cuerpo. Lo que en verdad soy está escondido, lleva ropa interior de encaje negro y lo desea a él, aunque no quiera admitirlo.

—Entonces, dime ¿qué deseas? —inquiere, y, por primera vez, su mirada me resulta fría, como si de pronto, él estuviera en un castillo de hielo, rodeado de altos e impenetrables murales. Mi común cobardía me dice que es inalcanzable.

—Aprender —digo en un susurro apenas audible—. Aprender —repito con firmeza.

Mi respuesta parece haberlo tomado por sorpresa. Por unos instantes, creo ver en él vulnerabilidad, pero eso es imposible. Esa palabra no debe existir en su diccionario. Leonard da la impresión de hombre firme, que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Mis palabras no pueden haberlo perturbado. La vulnerable soy yo, él consigue eso y más tan solo con su cercanía. En un santiamén, vuelve a su porte insolente y me regala una sonrisa enigmática.

—¿Y qué deseas aprender, Xaviera?

—A… —balbuceo. El pudor arremete contra mí, y creo que seré incapaz de pronunciarme. Inhalo con fuerza e intento que mis latidos se normalicen. Puedo imaginar el rubor de mis mejillas, las siento arder, pero ya no siento pudor por él o lo que me provoca, sino por la triste realidad que va a abandonar mis labios. Voy a confesarle a un desconocido la verdad de una vida que me agobia y me tiene prisionera—. A complacer a mi marido. —Lo digo alejando la vergüenza y es como sacarme una espina del pecho—. Alice

me comentó sobre sus habilidades.

—¿Habilidades? —repite forzándose a no reír—. Sé más específica, Xaviera, tengo muchas.

Me atraganto con la nada misma. ¿Acaso era posible? Toso para liberarme de la molestia repentina. Tomo coraje, el poco que tengo, y lo lanzo a sus brazos.

—Amatorias… según me han comentado, su fama de buen amante lo precede.

—El placer es un verdadero arte que pocos conocen.

Sin proponérselo, Leonard me entrega las palabras perfectas en bandeja de plata.

—De ser así, quiero aprender —largo de manera apresurada antes de arrepentirme una vez más.

Para mi sorpresa, el silencio lo domina por un par de segundos.

—¿Acaso no te lo ha enseñado tu esposo? —pregunta arremetiendo de la nada y percibo el sarcasmo envuelto en algo más.

—Eso no es de su incumbencia —afirmo y le demuestro que yo también soy capaz de rodearme de muros. Siempre lo hice, para protegerme del desamor que me rodea; así he logrado sobrevivir, y él no será la excepción a esa regla—. Si acepta ser lo que yo pretendo que sea, le contaré. Mi historia solo la sabrá bajo estricta confidencialidad profesional. De lo contrario, me marcharé y no volveremos a hablar jamás.

Leonard parece meditarlo por unos minutos, en los cuales mis nervios me hacen temblar. Su nuevo silencio me sumerge en un agitado mar de pensamientos. La ausencia de respuesta se presenta ante mí como la salida de emergencia que necesito. Es una locura, él, yo, mis absurdos deseos. Todo. Debo aprender a lidiar con mi vida de la manera correcta, no así, no con Leonard. Alejarme forma parte de la manera correcta.

Cuando estoy por huir de allí, me toma la mano para volverla a besar con suavidad.

—Entiendo —dice al fin, y yo necesito cerrar los ojos para no derrumbarme con una caricia tan simple como esa—, pero no acepto a cualquier mujer a mi lado…

Demasiado tarde para alejarme. Las escenas de una nueva vida a futuro comienzan a proyectarse ante mí.

—No seré su mujer… —reformulo mi propuesta, es fundamental establecer un contrato claro y transparente entre ambos. Leonard debe comprender que las reglas principales de este juego están impuestas por mí.

El inexpresión en su rostro me dice todo y yo me adelanto a sus posibles palabras.

—Tampoco seré su amante, no habrá sexo entre nosotros —agrego al ver que el desconcierto crece en él—. Usted es la teoría; mi marido, la práctica. No pretendo serle infiel, quiero salvar mi matrimonio, no arruinarlo.

Mi declaración no parece aplacarlo, al contrario, parece motivarlo más.

—No tocarla, no besarla, no follarla… ¿eso es lo que pretende? No me extraña que su matrimonio goce de un gran vacío sexual.

El tono de desprecio en su voz me obliga a alzar los ojos en busca de los suyos. Sí, desprecio y frío, eso es lo que encuentro en su mirada, y con lógica razón, me comporto como una más del montón, como una de esas mujeres que lo juzgan por su pasado y lo buscan solo para el uso personal del ardiente momento. Yo también sentiría lo mismo en su lugar. Si no estuviera tan desesperada por salvar mi matrimonio, jamás lo hubiera puesto en esta situación. Jamás.

Me quedo callada, no sé cómo responderle. El fuego regresa a sus ojos, me envuelve, me da calor. Por muy extraño que parezca, comienzo a sentirme a gusto.

—Dime, Xaviera, si esto se lleva a cabo a tu manera, ¿cómo confirmaré tu destreza y aprendizaje?

—Deberá confiar en mi palabra.

—¿Tú palabra? No me basta, por si no te diste cuenta, yo tengo una reputación que mantener.

—Y su reputación no va a ser puesta en juego, esto es entre usted y yo. —Me acerco a su oído y llevo mi voz al más bajo de los susurros—. Nadie más tiene que saberlo.

Él mueve su rostro adrede, busca el casi roce de nuestros labios. Sonríe al notar que yo no tomo la más mínima distancia. Murmura a centímetros de mi boca:

—Dejemos las formalidades de lado, Xaviera, ahora que tú y yo tenemos un contrato, llámame Leonard…

El corazón se me acelera, galopa como un caballo desbocado dentro de mi pecho. Creo que él puede oír la furia de sus latidos. Respiro profundo para alejar de mí la ansiedad.

—Pero antes de que firmemos nuestro pacto de confidencialidad —continúa—, déjame decirte algo —Vuelvo a sus ojos para que comprenda que tiene mi total atención—, si yo prometo no divulgar tus secretos de alcoba, tú prometes no develar los míos.

—Eso está implícito… Leonard —disfruto el hecho de deslizar su nombre por mis labios.

—Perfecto —dice sonriendo de manera seductora al tiempo que extiende su mano hacia mí a modo de trato definitivo. Cuando rozo sus dedos con los míos, la retira— Espera, todavía tengo que asegurarme de que estás abierta a recibir mis lecciones.

La ansiedad me golpea de nuevo.

—¿Cómo, cuándo?

—Ahora mismo, aquí mismo. Bueno —sonríe—, en el tocador de damas para ser más exacto, en un minuto. Ni un segundo antes, ni un segundo después.

Al ver mi desconcierto, agrega:

—Lo prometí, no temas, no te tocaré, salvo que me lo pidas —y se marcha hacia el destino pactado.

Dudo en seguirlo. Recorro el salón y diviso a Carlo junto a una mujer joven, con quien ríe por alguna ocurrencia. ¿Es ella más bella que yo? Conjeturo lo que es más que obvio: es una de las tantas que ha pasado por su cama, aquella que tiene muy lejos de nuestro hogar. Los celos me carcomen, y la desesperación al ver mi sueño hecho añicos me empuja a ir tras los pasos de Leonard.

Correré el riesgo, jugaré esta última carta.

El tocador de mujeres es un recinto de mármol rosado, con un gran espejo que ocupa toda la pared. Los sanitarios están detrás de una puerta de roble labrada. El aroma a los jazmines recién cortados inunda el lugar y me relajan. Amo el perfume, mi fragancia Dior tiene un dejo floral que me hace sentir como una ninfa en el bosque.

Leonard también me hace sentir de ese modo. Como si me paseara desnuda por los jardines, libre de la tela rígida de mis recatados vestidos. Libre de los prejuicios y las normas morales de la familia Fontaine.

Su presencia masculina parece romper con la armonía del tocador, y, sin embargo, luce cómodo. Como si profanar los espacios femeninos fuera su fuerte, y dominarlos, su mayor destreza.

—Tu osadía me sorprende, Xaviera, también tu puntualidad… las dos cosas son de mi agrado —susurra mientras se acerca hasta mí—, creo que

serás una alumna aplicada —Se detiene cuando el calor de mi cuerpo se funde con el suyo—, ahora comprobemos si eres capaz de aprender la primera lección.

Dejo el temor de la inexperiencia de lado, al fin de cuentas, vine dispuesta a esto y respondo en función de ello.

—¿Cuál?

Se acerca a mí y, por instinto, retrocedo y quedo presa de su cuerpo y la pared. El mármol frío atraviesa las capas de tela y me hace estremecer, aunque no tanto como el calor que emana el cuerpo de Leonard. Me permito deleitarme con la belleza y masculinidad de su rostro de ángulos fuertes. Su nariz recta me parece la antesala perfecta para esos labios, esos labios provocadores y sensuales. El tono tostado de su piel reluce como un brillante en el barro, sin dudarlo, el matiz de su piel se acaba de convertir en mi color favorito. Sus ojos merecen un apartado especial, esos profundos e intensos ojos como carbones encendidos me tientan y siento que voy a perder la razón. Me replanteo las posibles cláusulas del contrato, en especial aquellas que lo involucren a él, porque yo sí quiero tocarlo, sentirlo, acariciarlo...

Tal y como prometió, no me toca, y yo casi estoy por suplicar que lo haga. Lleva los labios a mi oído y el aliento tibio me acaricia cuando habla:

—Cierra los ojos, Xaviera —ordena y yo, como una autómata, acato—. Debes aprender que el principal órgano erógeno es la mente. —Me estremezco al escucharlo.

Le doy el control de mi cuerpo, de mis pensamientos y lo dejo que me arrastre, a la deriva, como un capitán de mi mente. Leonard parece conocer mis fantasías, lo que escondo detrás de la fachada de esposa y mujer recatada. Lo que escondo bajo este vestido gris sin vida.

—Imagina, Xaviera, quiero que visualices cada palabra, que las sientas reales. Dime ¿Sientes cómo mi pulgar arrastra tu vestido por el hombro y

deja tu hombro listo para mis besos?

Junto aún más los párpados. Sé que no me toca, sé que su mano no está ahí, justo donde él dice que está, pero de todos modos la siento, tibia, sobre mi piel… desnudándome. Asiento con el mentón.

—Ahora llevo mis labios hasta ahí, te beso, me deleito con tu aroma de mujer que ningún perfume puede superar. Y tú sientes el mío, cómo se unen para crear una esencia única, la de hombre y mujer juntos. Dime, Xaviera… ¿puedes sentirnos? ¿puedes reconocer la fragancia que nace del contacto de nuestros cuerpos? —Un gemido escapa de mis labios al tiempo que inhalo profundo. El resto de mis sentidos parecen intensificarse mientras mantengo los ojos cerrados.

Mi cuerpo responde, y comienzo a notar la humedad que nace en mi centro y que ahora moja mis bragas de encaje.

—Mis besos no son suficiente, el vestido te pesa, y deseas que lo arranque, que te libere. Pero no lo hago, solo lo arrastro un centímetro a la vez, mientras continúo la exploración con mi boca… —Hace una pausa y suelta el aliento en mi oído—. Un poco más, Xaviera, un poco más para que tu pecho quede al descubierto y pueda saborearlo.

Mi pezón responde a sus palabras y se irgue. La tela sobre él incrementa la sensibilidad, y en mi mente se dibuja la imagen de Leonard tomándolo con su mano.

—Quieres que lo lleve a mi boca ¿verdad? Que lo lama, que pase mi lengua por la punta enhiesta…

Estoy al límite. La humedad de mi entrepierna se siente viscosa y abundante, incluso más que en las pocas veces que me doy placer. Mi clítoris palpita al ritmo de mi corazón. Acelerado, descontrolado y anhelante.

—Lo hago, Xaviera, yo lo deseo tanto como tú. Y mientras succiono con placer, sigo bajando tu vestido, hasta tus caderas, más allá de tus caderas,

hasta que solo quedas en bragas para mí. Desciendo a la par de él, hasta quedar de rodillas ante ti. Sumiso, expectante, suplico que me dejes beber de tu cuerpo, que me permitas disfrutar del manjar que me regalas.

—Sí —exhalo sin darme cuenta—. Sí —repito ardiendo de deseo, yo también estoy dispuesta a suplicar.

Lo siento como si de verdad estuviera pasando. Como si yo fuera capaz de tener a un hombre como Leonard a mis pies, preparado para darme placer. No abro mis piernas como imagino, sino que las cierro aún más para sentir el roce del encaje y la presión sobre mi clítoris. Imagino que son sus manos, sus dedos, su lengua…

—Paso apenas la punta de mi lengua por tu sexo, no necesito más. Estás al límite, estás por correrte, Xaviera. Trazo círculos y te penetro con mi dedo, porque anhelo más para esta noche, te quiero abierta para mí, dispuesta a correrte unas diez veces si así me lo permites. La próxima, con mi pene en tu interior, pero ahora debes conformarte con mi dedo medio y mi lengua que te castiga sin piedad. Más… más… más…

No puedo recibir más. Se siente tan real… ¡Dios! ¡Estoy por correrme!

—¡Oh! —exclamo cuando los espasmos arremeten. No me atrevo a abrir los ojos, no quiero romper con la fantasía y saber que Leonard nunca me acarició, ni besó. Quiero que esto sea realidad, hoy… mañana, y por el tiempo que me sea posible.

Mis rodillas flaquean y creo que voy a caer. No me muevo por varios minutos, permanezco así, con los párpados unidos y el corazón aleteando en mi pecho. Sí, he volado, he tocado el cielo de la manera menos esperada.

Cuando al fin me atrevo a volver a mi mundo real, me encuentro sola en el tocador. La única prueba de lo que sucedió es el perfume de Leonard, masculino, que flota por encima del de los jazmines. Frente a mí, sobre el mármol, reposa una tarjeta que reza «Leonard McGuire» junto a un número

de teléfono y una dirección.

La pongo a resguardo en mi bolso como si fuese un tesoro. Antes de regresar al salón, intento recomponer un poco mi imagen en el espejo, es en vano, estoy perfecta, ni siquiera un mechón de mi cabello se ha alborotado. No puedo evitar sonreír. Soy la misma por fuera… solo por fuera.

Lección 2
Sedúcete. Ámate.

Pasaron dos días desde mi encuentro con Leonard, dos días en los que su voz resonó en mi mente como un susurro que me erotiza en todo momento.

Me siento culpable. Le soy infiel a Carlo, trato de convencerme de lo contrario, pero no puedo, le soy infiel en mis pensamientos. Cada vez que cierro los ojos, recreo la fantasía del baño y vuelo a sentirla real. Sus manos, su boca, su aroma. Casi puedo verlo en mi tocador, a mis espaldas. Está en mi cabeza, no puedo apartarlo, con su solo recuerdo me siento capaz de volver a alcanzar el éxtasis como lo hice noches atrás.

Me volteo como una cervatilla asustada ante su presencia fantasma. Él no está ahí.

Carlo apenas nota mi cambio, y yo no soy consciente de otra cosa. He dado el primer paso hacia un camino que no tiene retorno, por lo menos, no para mí. Para mi tristeza, mi marido tiene otros planes de viaje, unos que, en vez de acercarme a él, me apartan como una extraña vagabunda sin contemplación alguna.

Intenté seducirlo, poner en práctica mi primera lección. Fracasé. Se alejó

de mí, molesto ante mi propósito de hallar sus fantasías y formar parte de ellas. ¡Si tan solo pudiera descubrirlas como Leonard hizo con las mías!

El bolso de fiesta me aguarda oculto. No volví a abrirlo desde el evento de beneficencia, no tengo el valor ¿Por qué soy tan cobarde? ¿Por qué continúo conteniéndome así? Soy mi propia carcelera, ahora lo sé.

Vuelvo a pensar en Leonard. Lucho contra el deseo de mi cuerpo y el debate de mi mente. Intento racionalizarlo todo, decirme una y otra vez que lo hago por mi matrimonio, como quien va a terapia de pareja o consulta con un sexólogo… pero la atracción hacia él no es para nada profesional. Mi cuerpo lo reclama con un ímpetu devorador desconocido para mí.

Temo convertirme en esas mujeres que buscan fuera del lecho matrimonial el placer mientras viven una farsa. Estoy cansada de fingir que mi vida es un sueño. Y una parte de mí, esa que recuerda a la joven idealista que fui, se niega a usar a Leonard de esa manera.

El lunes fui al club de golf; como buena esposa, me quedé a un lado, en el restorán con el resto de las mujeres, conversando de banalidades. Busqué información sobre Leonard en cada palabra que salía de los labios de mis compañeras de mesa, pero solo hallé chismes, anécdotas teñidas de morbo, y, por un momento, sentí un fuerte enojo al escuchar que hablaban de esa manera del ex gigoló.

Ellas también lo deseaban. «También», eso me recuerda que soy una más. Tan solo una más. Y por algún motivo, eso me hiere. Creo que sentirme única, especial, es la fantasía sexual que predomina por sobre todas. Con mi marido, esa sensación queda enterrada bajo la más profunda nada. Leonard lo percibió al instante en el que me vio y, como buen director de escena, me guio en la construcción del personaje principal en la historia de nuestro juego mental.

Carlo se marcha, apenas se despide de mí y, por supuesto, no me brinda explicación alguna. ¿Debo esperarlo para cenar? Sé la respuesta, pero de todos modos anhelo preguntarle, intentar al menos funcionar como un matrimonio de la puerta de la habitación para afuera.

En cuanto se va, el vacío de mi casa —a la que jamás logré llamar hogar— me resulta agobiante. El decorado de estilo francés, con algunos detalles de arte moderno, logra un ambiente ecléctico y elegante. Uno que comienzo a detestar. ¿Dónde están los niños que, jugando con un balón, rompen mi preciado jarrón? ¿los juguetes desparramados, que desentonan con el tapizado de los sillones? ¿Dónde está la vida en esta casa?

Lo único que flota en el aire es el aroma a flores que se cuela desde el jardín y mis esperanzas vacías. Mi residencia está tan muerta como mi matrimonio, peor aún, está tan muerta como yo. Comienzo a comprender la dinámica de mi vida, me han transformado en un trofeo, en un bien que se adquiere, me han convencido de que soy solo el reflejo de una sombra en una cuenta bancaria. Repito la historia de mi madre, solo somos accesorios que valemos demasiado como para ser abandonados. Accesorios que fueron educados bajo la premisa de una sumisión que nada tiene que ver con el placer, sino con el más frío y solitario de los condicionamientos

Camino, y mis pasos resuenan con eco cuando me dirijo a la habitación. Los mismos se ahogan en la moqueta del probador. Tomo mi bolso una vez más y cuento hasta diez, hasta cien, hasta mil antes de abrirlo con manos temblorosas. La tarjeta se revela ante mis ojos con sus letras doradas. Una brisa tibia, o la ilusión de la misma, me recorre, renueva el aire dentro de mis pulmones.

Tengo que hacerlo, me repito. No puedo más con esta vida, siento que estoy a un paso de todo. Si retrocedo, me quebraré en mil pedazos y nunca más podré rearmarme. Si avanzo, me quebraré... me quebraré a los pies de un

hombre que me ayudará a reconstruirme de una manera por completo diferente. Me hago una promesa, la expreso en voz alta, para así darle el énfasis que necesita.

—Un último intento, Xaviera. Un último intento. Pase lo que pase, después de esto, no habrá vuelta atrás. Dos resultados posibles: matrimonio real, o divorcio. No más. No puedo más… —la última declaración hace que la voz me tiemble. No puedo más. Me marchito cada día.

Que la única vez que me haya sentido viva en los últimos diez años haya sido en un tocador de damas, con un hombre que, de seguro, me desprecia por mi propuesta, me demuestra lo patética que soy.

El miedo me invade, me duele pensar en los sentimientos que Leonard pueda comenzar a proyectar en mí. El éxtasis que me inunda con el solo hecho de pensarlo se desvanece en segundos ante la posibilidad de su desaire o su secreta burla.

¿Por qué me importa la opinión de un hombre como él? Inclusive se me dificulta llamarlo «Gigoló», como suele hacerlo el resto de las mujeres. Leonard, Leonard, Leonard... para mí es eso, y no porque ya forme parte del vocabulario de mi cuerpo. No, es diferente. Lo sé. ¿Por qué?

Porque jamás lo viste de esa manera, Xaviera.

Aunque quiera negarlo, aunque quiera enterrarlo en lo recóndito de mi mente, la certeza está ahí, en mi corazón palpitante y en el esmero que pongo al vestirme. La decisión ya está tomada, y ya perdí el control sobre ella. Me dejo llevar por su corriente… ya no pienso luchar contra su nombre, me reservo la lucha para batallar con el resto de mi realidad.

Tomo un baño de espumas con esencia de lavanda, para relajarme. Mentira.

Elijo la ropa interior blanca de La Perla porque me hace sentir segura. Mentira.

Me pongo el mismo perfume que usé aquella noche porque me gusta. Mentira.

Opto por ese vestido rojo y entallado, pues el color me favorece. Otra Mentira.

Las excusas se terminan cuando me calzo los tacones de más de diez centímetros. Debo conducir, y son demasiado incómodos para la tarea. De todos modos, los llevo, con el bolso a juego, pues de nada sirve combatir contra esto que siento: la necesidad de verme bella. De que Leonard me vea bella… ¡Carlo! Me corrijo enojada conmigo, reformulo la línea espontánea de mi pensamiento. Repito frente al espejo con énfasis: ¡Carlo! ¡Lo hago por él!

Por último, implacable y sin control, un susurro se escapa por entre mis labios, como si mi alma lo escupiera para exorcizarse de ese maldito demonio llamado Leonard McGuire que me ha tomado como rehén: Debería ser por él

Ya no puedo pronunciar ni el nombre de mi marido, se ha quedado perdido ahí, en el limbo de mis deseos insatisfechos.

Bajo los peldaños con presura, tomo las llaves y sin más me dirijo al garaje donde mi mini cooper está aparcado. Amo mi carro, compacto, seguro, que me permite sentirme cómoda cuando me encuentro en un embotellamiento. Pero en este momento, comprendo a Carlo y su afición por los carros deportivos, al igual que mi vestido, lo hacen sentir seguro. La primera bofetada imaginaria me golpea, la búsqueda constante de seguridad en mi marido me confiesa la posible verdad oculta tras ella, el perfume a inseguridad y pérdida de control no parece ser la fragancia de Carlo, pero tal vez… solo tal vez, sea el aroma innato de su piel. ¿Hasta qué punto conozco al auténtico Carlo? ¿Cómo hacerlo si apenas me conozco a mí misma?

No llamé a Leonard para acordar una cita. Creo que mi inconsciente espera que no pueda recibirme, quizá hallarlo con otra de sus amantes, para así

convencerme de que esta es la más loca y sin sentido de las ideas. Sé que ya no voy a echarme atrás, por eso voy hacia Leonard con lo esperanza de que él lo haga.

Conduzco rodeando la bahía, disfrutando del paisaje que esas lujosas mansiones proyectan en contraste con la naturaleza del mar. Cuando veo en una de ellas a un niño jugando, la vista se me nubla por el anhelo. No todos los millonarios son iguales, me recuerdo, aunque así son los que yo conozco: fríos, distantes, cuyo único fin es el dinero. En los alrededores veo proyectada la vida que siempre he querido, como si el universo estuviera jugando conmigo, recreando el escenario perfecto, como si me dijera: vas camino a lo que quieres. Sonrío, y las sonrisas no son tan comunes en mí. La disfruto.

El mini cooper se adentra entre las calles serpenteantes que siguen la costa, a mi derecha, un acantilado, a mi izquierda, más mansiones. Aunque esta zona es de nuevos ricos, y eso se ve en los edificios que dejan atrás el estilo colonial y optan por grandes ventanales vidriados que dejan entrar la brisa del mar y la luz del sol.

La mansión de Leonard se encuentra a lo alto de la pendiente, algo alejada de las demás viviendas. Tan aislada como el hombre que la posee. No hay reja de ingreso ni seguridad, el camino apenas se hace más estrecho y deja de estar pavimentado para pasar a estar cubierto de una pareja gravilla gris que parece unirse con el cuidado jardín.

Antes de descender del carro, vuelvo a ponerme los tacones que me quité para poder manipular sin riesgo los pedales.

Mi primera sorpresa llega cuando, antes de llamar, Leonard abre la puerta. No hay sirvientes, ni guardaespaldas, ni muchachos con trajes que los ahogan de calor dispuestos a atender las banales necesidades de sus empleadores. Exhalo, eso me hace sentir a gusto, el temor a las murmuraciones desaparece

dejando paso solo a la timidez.

Mi segunda sorpresa surge cuando lo escucho decir:

—Te estaba esperando, Xaviera —con una sonrisa sensual que se dibuja en sus labios y en su mirada.

La satisfacción que mi presencia le regala me perturba por unos segundos.

—¿Lo hacías? —Finjo calma, desinterés—. No recuerdo haber acordado una cita.

—¿Acaso no vienes a mí por… cómo lo llamaste… ah, sí, habilidades? —Su dejo de burla no me molesta—. Pues entre ellas cuento con la de conocer a las mujeres, sé diferenciar a las que se amedrentan, de las que toman el toro por las astas.

No hallo modo de responder. De una extraña manera, me siento halagada. Que Leonard piense que soy de la clase de mujer que toma las riendas de mi vida me exulta. Ojalá fuera así, quiero que sea así. Una vez más, vuelvo a lanzarme a la escena inventada que él construye para mí y, por momentos, me es fácil llevar a cabo el papel protagónico que me delega.

Con renovada confianza, me adentro en la guarida del león.

La residencia de Leonard solo se parece a la mía en una cosa: no es un hogar. El ambiente se siente frío por sus paredes blancas que solo rompen la armonía con cuadros de arte abstracto. Es minimalista, luminosa. Se puede ver el océano desde las ventanas del frente y los bosques en las traseras. Recuerdo que desde afuera se ve espejado, y eso impide adivinar el interior brindándole a su huésped completa intimidad. Mi temor a la opinión ajena desciende otro peldaño más en la escalera de mi moralidad adoctrinada.

Intimidad, eso me obsequia Leonard McGuire a modo de bienvenida, y esa palabra me recuerda por qué estoy aquí. Me obligo a no girar, a no mirarlo aún, no sé si estoy lista.

Con curiosidad, y para mantener mi mente ocupada, me dirijo a un panel

futurista que llama mi atención.

—Es una casa inteligente —comenta a mis espaldas. Esa voz, cómo olvidar esa voz. Hasta esa nimiedad suena sensual en sus labios. Solo el hecho de que pueda leerme con tanta claridad impide que mis piernas flaqueen.

—¿Y qué significa eso? —pregunto sin voltear. Sé lo que es, solo la utilizo como la punta del ovillo de lana de nuestra conversación esperando que él se atreva a entretejer todo lo demás.

—Que tiene más cerebro que la mayoría de las personas que conozco —dice con un deje de humor—. Es ecológica. Conserva el calor en invierno y la frescura primaveral en el verano. Impide que gaste energía en vano. También maneja la iluminación… —Para demostrarlo, acciona uno de los comandos y las ventanas frente a mis ojos pasan a ser aún más traslúcidas. Si hubiera vecinos cerca, serían testigos de cómo me sonrojo. Su brazo tan cerca de mí, su pecho casi pegado a mi espalda y su perfume que me rodea con esa aura de pura masculinidad hacen que el calor crezca y se conserve en mí.

—Es interesante —murmuro, es lo único que pudo decir. El cuerpo comienza a traicionarme.

—Es más que interesante, es responsable —agrega y percibo el desdén.

Me giro, incapaz de contener el deseo de indagar es sus ojos negros. Leonard me observa con detenimiento, intenta adivinar si soy merecedora de su respeto o su desprecio. Creo que ambas. Parece atravesarme con la mirada, busca debajo de mi vestido y de mi piel lo que escondo al mundo. Me busca a mí… a Xaviera. Me busca de la misma manera en la que yo lo hago. Me convoco a gritos, pero ni aun así logro hacerme presente. Estoy tan acostumbrada a protegerme que ni él, con su inigualable capacidad de leer a las mujeres, puede atravesar las barreras. Me pregunto si estaré condenada. El desasosiego comienza a recorrer mis venas, me envenena.

—¿Viniste a hablar de construcción, Xaviera? ¿Esos son los conocimientos

que quieres de mí? —se burla.

Una vez más, su burla no me molesta. La dulce condenada consigue ser el antídoto que creo necesitar.

—N… no… solo me interesaba por… —mis palabras mueren en los labios en su vano intento de liberación. Quiero decirle: Por ti, me intereso por ti. No solo por lo que me provocas, sino por lo que eres y no eres. Quiero descubrirlo todo. Él parece escuchar mi muda declaración y su mirada se suaviza por un instante casi imperceptible. Luego vuelve a ser el mismo Leonard de siempre, y yo quedo con deseo de más.

Leonard me confunde, despierta todos mis sentidos. Reaviva partes de mi cuerpo que creía muertas, alimenta mis anhelos, mi deseo de llegar al corazón de alguien.

Alguien. Y sé muy bien a quién me refiero. Mis labios casi pronuncian su nombre en un exabrupto de sensaciones contenidas. ¡No! Me obligo a pensar en Carlo, en que mi misión es otra, en que Leonard no es nada más que un recurso, un recurso para llegar al corazón de mi marido y conquistarlo. Pero mientras tengo a ese enigmático hombre frente a mí, todo parece cambiar. Me pierdo en sus ojos y la que construye una nueva historia en función de ellos soy yo.

Quiero convertirme en una habilidosa amazona, capaz de trepar, luchar y enfrentar los riesgos. Quiero ser yo quien lo salva a él de la alta torre de la que se distancia del mundo. Luchar con dragones, villanos, y rescatarlo. Dibujo los lazos de una inventada empatía, una en la que él y yo estamos fragmentados por igual, rotos y derrumbados. Una en la que, juntos, batallamos con las malvadas sombras de un pasado que nos fuerza a ser lo que hoy somos. Sí, me pierdo en sus ojos porque me veo en ellos, y no como un simple reflejo, no… como algo más.

La segunda bofetada imaginaria del día me golpea. ¿De dónde nace ese

sentimiento? ¿Te oyes, Xaviera? ¿Te oyes?, me reprendo. No puedo pensar en otro hombre, menos en uno que apenas conozco.

—A lo nuestro, señora —me increpa él para alejarme de mis cavilaciones.

El «señora» suena socarrón, sabe que es un título que no merezco, que no es más que una abreviación ante mi nombre, un segundo apellido tras el de mi padre. Dos denominaciones que me rodean, por ambos frentes. Que atrapan a Xaviera en el medio y me impiden ser.

Leonard me toma del brazo, y siento una corriente en todo el cuerpo. Creo que él también lo notó, pues me suelta de inmediato. Me lleva a otra habitación, también decorada en colores claros con grandes ventanales. Su Mac está en un escritorio amplio, junto a ella, una lámpara de aluminio. Nada más sobre la pulcra mesa.

De un lado, una silla de respaldar alto, que hace ver a quien se sienta en ella como a un rey. Enfrentada, una similar, pero más pequeña que se apura a correr para que me siente.

Acato a su orden muda, y quedo con la espalda recta, como si en lugar de tener una columna, tuviera una vara de acero. Él se apura a ocupar el lugar frente a mí y, sin más dilataciones, abre el primer cajón del escritorio y saca una carpeta. Me la extiende, arrastrándola por la superficie.

Apenas la abro, leo: «Contrato de confidencialidad».

—¿Lo tienes listo para todas tus amantes? —pregunto sin poder evitar que el malestar se trasluzca en mi voz.

—Sí. Pero tú eres distinta. Al igual que tu contrato.

Oculto mi sonrisa. Una sonrisa que no solo nace de la palabra «Distinta», también lo hace ante la concreción definitiva de mis deseos y planes. El contrato ante mí es la confirmación que he venido a buscar. Los motivos que habrán llevado a Leonard a tomar las riendas de este contrato quedarán, de momento, en el anonimato. Confío en que el tiempo los revelarán para mí.

Deslizo mi mirada sobre las líneas, es un contrato breve y sencillo, la ansiedad me mueve y mis ojos solo destacan en la lectura las palabras relevantes. Confidencialidad, secretos, instrucción, juegos sexuales…

—¿Juegos sexuales? —La pregunta se escapa de mí potenciada por la falta de experiencia en la materia.

—Sí, Xaviera… juegos sexuales. —Puedo notar que se esfuerza por contener la risa—. ¿Necesitas que haga un apartado especificando sobre los mismos?

—¡No! —respondo a la defensiva tratando de ocultar mi patética vida sexual.

—¿Estás segura? No vamos a jugar Monopoly desnudos, lo sabes, ¿no?

La vergüenza me devora, quiero golpearlo, descargar el sin fin de sensaciones, buenas y malas, que me hace sentir con su presencia, con sus palabras y juegos continuos.

No quiero ser la clase de mujer que él espera que sea, quiero sorprenderlo. El dulce desgraciado me desafía, lo sé, y yo, como la imbécil niña que soy, caigo en su trampa.

Capturó la pluma Montblanc con ribetes de oro y plata que se encuentra junto a su Mac, y sin finalizar de leer el escrito ante mí, firmo con mi mirada desafiante puesta él.

—Xaviera… ¿Acaso no te han enseñado que siempre hay que leer la letra pequeña?

—Me han enseñado muchas cosas, el hecho que esté aquí demuestra que no me han servido de nada. Por eso necesito un nuevo tutor.

—¿Solo eso voy a ser para ti… un tutor?

El suave y apagado color miel de mis ojos se funde con el intenso ébano de los suyos. Voy a mentir. Él lo sabe. Yo lo sé.

—Solo eso… —Respiro para lanzar mis palabras como una proclamada

confesión al universo—. Yo, tu alumna, tú, mi tutor.

Rodea el escritorio para eliminar la distancia que nos separa, me enfrenta, mi cuerpo ya lo reconoce. Reacciona. Lo convoca. El último vestigio de duda junto a la última gota de razón que me queda me agobian e inmovilizan. Se presenta imponente ante mí, hermoso, único… simple. Con su camisa blanca de diseñador y pantalón negro, se esgrime ante mí como un Dios inalcanzable. Sonríe. Sabe lo que me provoca. Me controlo, aún puedo… aún.

Extrae del bolsillo de su pantalón una llave con un hermoso grabado artesanal y me la entrega.

—Comencemos, entonces.

Me señala el camino fuera de la habitación, obedezco. Intento que mi cuerpo no me traicione en complot con mis tacones, no quiero trastabillar.

Siento su respiración tibia en mi nuca, la ansiedad, que todavía no me ha abandonado del todo, aumenta al ritmo de sus exhalaciones. Me indica la gran escalera principal, cuando vuelco mi peso sobre el primer peldaño, su mano se apoya de manera delicada a la altura de mi cadera para acompañarme en la aventura ascendente. Se lo agradezco en silencio, estoy a segundos de perder el equilibrio debido al descontrol de mis sensaciones.

La mansión cuenta con dos pisos superiores, nos detenemos en el primero cuando un lujoso hall nos da la bienvenida, de ahí en adelante hay dos opciones de camino, él me guía hacia la izquierda. Al avanzar hago un fugaz conteo de las puertas del lado derecho, a simple vista logro contar cuatro, a ellas se le suman cinco más a la izquierda. Los pensamientos me traicionan, comienzo a pensar en todas las otras mujeres que, de seguro, recorren y recorrerán esas habitaciones. En fuego que comenzaba a nacer en mí se apaga. Pienso en Carlo, en las mujeres que satisfacen los deseos que no consigo despertar en él. Por un instante, él y Leonard se transforman en las

dos caras de una misma moneda. El ímpetu se desliza por mis piernas hasta hacerme flaquear justo cuando estoy ante la puerta que tiene escrito mi nombre con tinta invisible. Coloco la llave en el cerrojo y la utilizo como sostén. Necesito recuperarme. Respirar. Tomar una dosis de coraje extra.

Obtengo esa dosis sin siquiera pedirla, la mano de Leonard recorre mi espalda hasta encontrar la ruta alternativa que le permite llegar a mi brazo, lo acaricia con parsimonia hasta llegar a mi mano y se une a ella obligándola a girar la llave. El desconcierto que provoca su contacto es evidente en mí. Se acerca a mí oído.

—Antes de que te proclames ante esto —dice entrelazando sus dedos a los míos con descarada osadía— déjame recordarte que no leíste la letra pequeña. Cero contacto físico… habrá cero contacto físico dentro de esta habitación. —Roza mi cuello con su nariz—. Utiliza el vacío legal a tu gusto, Xaviera —finaliza tomando distancia.

El frío de esa repentina distancia me hace temblar. Regresa a mí, eso es lo único que quiero proclamar. Callo a mi cuerpo. Me recuerdo los planes iniciales que me llevaron a él, a esta habitación. Doy el primer paso, entro al mundo que Leonard construyó para mí.

La soledad y simpleza del lugar es comparable al estado de mi alma. Él me ve, detrás de todo lo que soy… me ve.

En el centro de la habitación se encuentra un llamativo sillón, y en el límite derecho de la misma, un tocador con un gran espejo. Voy hasta el sillón. ¿Qué debo hacer? A mi mente regresa la premisa fundamental de nuestro contrato… él es el tutor. Como aplicada alumna, espero mi primera indicación. No tarda en llegar.

—Quítate el vestido.

Dudo. Su mirada de ónix me desafía, sabe que el pudor me invade. Decido desafiarlo, mostrarle parte de la Xaviera que, como una fiera dormida,

descansa en mi interior a la espera de alguien que la tiente. Ese alguien es él. Deslizo la cremallera al tiempo que aparto la mirada de sus ojos, si pienso, me voy a romper, este juego dejará de tener como fin a Carlo para tenerlo a él.

Busco refugio en el inmaculado blanco del mármol del suelo. El vestido rojo que elegí, como un presagio, cae a mis pies. No puedo ver el reflejo de mi cuerpo en el esplendoroso piso, la palidez de mi piel en combinación con la ropa interior de encaje blanco que opté por lucir no tienen la suficiente fuerza como para proyectarse en él. Me siento pequeña, insulsa, no valgo ni los millones que atesora mi apellido.

—Mírame —demanda.

No puedo. Continúo perdida en la nada que soy.

Camina hasta mí. Me enfrenta. No me toca… y yo imploro a los cielos por su caricia.

Los rezos no son suficiente. Mi propia demanda es mi condena. No va a tocarme.

—Mírame —repite con un tono de voz tan intenso que mi piel se eriza. Alzo mis ojos a él—. Creí que habías aprendido la primera lección.

No puedo refutar sus palabras, no sé qué decir, vuelvo a ser la Xaviera de siempre. Me fuerzo a responder para creer mi mentira.

—Lo hice.

—No, no lo has hecho… pero lo harás. En el vestidor hay algo para ti —dice indicándome la ruta hacia el—. Ve y cámbiate.

Cumplo con la orden. Dentro del vestidor solo hay un conjunto de corsé unido a ligas de color negro con apliques en rojo y una braga haciendo juego. Me sonrojo con tan solo verlo. Jamás se me ocurriría vestir algo así, Carlo jamás me lo permitiría. Intento alejar a mi marido de mi mente, con pensarlo me basta para apagar la pequeña llama que me mantiene firme.

—Xaviera… te estoy esperando —reclama con enojo.

Me aseguro de que su mirada se encuentre muy lejos de mí, no quiero que me vea por completo desnuda. El conjunto parece hecho a mi medida, me excito ante el hecho de creer que Leonard grabó la forma de mi cuerpo en su memoria.

Cuando deslizo la combinación de seda, raso y encaje por mi cuerpo, siento un hermoso cosquilleo. La suavidad de la tela me acaricia como un amante gentil, mientras mi piel clama por otro, por uno que no me trate como una dama sino como una mujer. Que arranque esa suavidad para reemplazarla por feroces roces, violentos besos y profundas…

—Ven aquí. —Su poder de mando me devora, me manipula como una muñeca de trapo—. Gira —me ordena cuando estoy ante él.

Me aproximo, tímida, tambaleante. Respiro profundo cuando noto que sus ojos me recorren de los pies a la cabeza.

Veo mi reflejo en el gran espejo del tocador. La excitación que sentí segundos atrás aumenta. Me observo. Lo veo observarme. Disfruto. Me siento deseada.

—Recuerda esto, Xaviera… —susurra consciente de que con su voz activa cada maldito interruptor de mi cuerpo—. Primera se folla con la mente, luego se folla con los ojos… y, por último, se folla con el cuerpo.

Así, sin más, se aparta de mí con clara intención de abandonar la habitación.

—Segunda lección, aprende a seducirte, a amarte. Descúbrete, Xaviera, y luego… luego, regresa a mí.

No sé cómo hice para llegar a casa. Debajo de mi vestido rojo ya no llevo las bragas blancas de diseñador, sino el juego de corsetería que me entregó Leonard. Y bajo él, la piel hipersensible que protesta al saberse desterrada de

las caricias prometidas.

Tú pusiste esa maldita regla, Xaviera. Quiero romper el contrato en mil pedazos, borrar la cláusula de no tocarse y reemplazarla por un «vacío legal» que pueda utilizar a mi gusto.

Pero aún soy una mujer casada, unida a un hombre que no me desea y que, luego de mis dos primeras lecciones, entiendo que yo tampoco deseo.

Hice un juramento, firmé con Carlo un contrato cuyas cláusulas también deseo romper. Ojalá fuera valiente, segura, para enfrentarme a él y a mi padre y decirles que no soy una pieza más de su tablero de ajedrez, un bien de cambio que se compra y se vende.

Ahora estoy atada a dos hombres, a quien quiero entregarle mi cuerpo y no puedo, y a quien debo entregarle mi cuerpo y no lo quiere.

Eres patética, Xaviera.

La desesperación interior se mezcla con la insatisfacción sexual y me convierten en una guitarra cuyas cuerdas están tan tensas que pueden cortarse en cualquier momento.

Solo puedo pensar en las últimas palabras de Leonard... regresa a mí. Lo haré, sé que lo haré.

La sorpresa de un obsequio a mi nombre lo pone en segundo plano por unos segundos, la exaltación me mueve, todo el alrededor huele a él. No necesito corroborar el remitente de la tarjeta personal, solo me limito a leer la dedicatoria.

«Tu cuerpo es tu poder».

Abro la caja, dentro encuentro un delicado vibrador. Recuerdo su advertencia: no jugaremos Monopoly, y ahora, lejos de él, me permito reír. Río a carcajadas, río hasta que lloro. Río poseída por la diversión y el deseo. Así es cómo deben jugar hombre y mujer.

Corro a mi habitación. Estoy sola, como siempre lo estoy. Me arrojo sobre

la cama víctima de una excitación sin nombre. ¿A quién pretendo mentirle? Tiene nombre… Leonard McGuire. Pienso en él y, por primera vez, me hago el amor.

Lección 3

Tu cuerpo es tu poder

Me despierto desorientada, más de lo habitual. De manera instintiva busco a Carlo, no lo encuentro. La cama está solo deshecha de mi lado, otra vez, no pasó la noche conmigo. Descanso sentada por unos minutos en el borde de la cama, de soslayo, observo la fragmentada imagen que proyecta el espejo que se encuentra junto a la mesa de noche. No llevo el conjunto de ropa interior que Leonard eligió para mí, recuerdo a duras penas habérmelo quitado por miedo a que mi marido me hallara con él. Lo escondí en el extremo más frío y oculto de mi vestidor, de la misma manera en la que escondo todo lo demás en mí. En este momento llevo un camisón de raso que, antaño, me resultaba sensual. Hoy, el concepto de sensualidad es otro, uno nuevo y reformulado que asocio a Leonard, al encaje, a la seda y a las miradas ardientes.

Mi cabeza estalla, el palpitar en la sien es tan intenso que me marea y comienzo a sentir náuseas. No es la primera vez que me siento así, en los últimos meses, amaneceres similares a este me empujan de la cama a la fuerza. Me he cansado de conjeturar el posible origen, porque cuando asocio mis sensaciones físicas a las emocionales todo cobra auténtico sentido. Recurrí a varias consultas médicas solo para ocupar mi tiempo, pero los médicos no logran dar con una lógica explicación. Desistí de ellos cansada de la misma suposición de siempre, un embarazo. Yo sé muy bien que eso es imposible. Para concebir necesito a Carlo en mi lecho, y hace mucho que eso

no sucede, apenas lo visita en busca de un breve descanso nocturno y, las pocas veces que lo hace, se escabulle cuando yo estoy dormida, o cuando, cansada de esperarlo, finjo estarlo. Se levanta al alba, antes de que abra los ojos, para huir de mí por las mañanas.

Corro al tocador, presa del malestar, y cualquier vestigio de sensualidad muere mientras me abrazo al retrete y dejo que todo salga de mi estómago. ¿Habrá sido la ensalada de camarones que ingerí anoche, sola, mientras esperaba a Carlo? ¿O será lo otro, los restos de la soledad no digerida que consumo a diario? Mi estómago y yo sabemos la respuesta.

Me pongo de pie, tambaleante, utilizando el mobiliario sanitario como sostén llego hasta el lavabo, abro el grifo y dejo correr el agua. El fluir de la misma, mezclada con el silencio perpetuo de la casa, me brinda una momentánea melodía que ayuda a apaciguar los últimos estadios de mi jaqueca. Me refresco el rostro y me acomodo el cabello. Estoy pálida, demasiado pálida, lo sé, tomo valor para observarme en el espejo con detalle. La imagen que me devuelve no es nada halagadora. No se parece en lo absoluto a la mujer que ayer se paseaba por una habitación de mármol blanco con un corsé negro y rojo. El brillo de mi mirada se apaga, la piel de mi rostro se ve traslúcida, como si la sangre de sus mejillas hubiese sido drenada.

El negligé de raso a juego me espera colgado detrás de la puerta, me rodeo con él y bajo hacia la cocina. La casa está desierta, salvo por la presencia silenciosa de Elisa, nuestra empleada. La mujer, por una simple cuestión protocolar esbozada por el amo y señor de la casa, apenas me dirige la palabra. No la culpo, la única vez que intenté conversar con Elisa fue para discusiones con Carlo y por poco le cuesta el puesto a ella. Con el fin de preservarle el trabajo a la inocente mujer, no volví a hacerlo.

Mi marido piensa que no debemos hablar con los empleados, que el trato

de familiaridad es vulgar. El trato displicente que tiene con Elisa no difiere de los que tiene con los empleados de la empresa de mi padre. Los aires de superioridad son la marca registrada de su persona, y no deja pasar oportunidad alguna para recordárselo a quienes se encuentran a su alrededor, sabe que de esa manera conseguirá lo que más desea, que Viktor lo haga socio. Quiere gobernar el imperio familiar junto a mi padre.

Ahora, diez años tarde, lo entiendo. Se casó conmigo para congraciarse con él. Para abrirse camino entre los Fontaine. ¡Qué ilusa fui! La historia se repite, el desprecio y el abandono es la piedra fundamental sobre la que se construye todo nuestro legado. Sé que Viktor no es muy diferente a Carlo, como también sé que yo que no soy diferente a Margaret, mi madre. Apenas la recuerdo, a pesar de que dejó inscripta esta maldita condena en mi ADN.

Cuando Carlo apareció en mi vida, Viktor le agradeció a los cielos por su presencia, él fue la respuesta a la mayor de sus plegarias: que alguien le quitara de encima a su inútil hija, único resultado de un matrimonio con una fruta podrida. Sí, recuerdo oírlo llamarla así, nunca pudo darle más hijos que yo; tras mi nacimiento, una complicación en la cesárea de urgencia le hizo imposible poder albergar más vida en su vientre, y luego de la pérdida de su tercer embarazo, víctima del dolor y el desprecio de mi padre, se quitó la vida.

Su muerte fue el principio de la nada en la casa. Nada de recuerdos, nada de rememoraciones en su nombre. La olvidamos, él me obligó a hacerlo. Y lo hice, y junto a ella, aprendí a olvidarme de mí. Me envió a un internado de una patada en el trasero y me extirpó de su vida como si fuese un condenado tumor. Nunca me dio lugar en su existencia, menos que menos, un lugar en la empresa. No, jamás me dio la oportunidad de demostrar mi valía. Mi sitio es junto a mi marido y a mis hijos. Hijos que no tengo, un fracaso más a la lista interminable de errores que mi padre me echa en cara en cada reunión.

—¡Eres igual a tu madre, solo debes hacer una cosa, solo una, y ni eso puedes!

El mismo reclamo, siempre el mismo y ancestral reclamo, herederos. Y Carlo, a su lado, frunce el ceño como si fuera mi culpa.

Qué ganas de espetar: ¡No podré, si mi marido no me folla!, pero la educación y los años de represión me lo impiden. Soy una versión mejorada de Margaret, se encargaron muy bien de ello, me resguardo en el silencio, acepto y ni siquiera tengo el valor de ponerle un fin a mi vida. Cuando lo pienso, soy la más sumisa obra de arte jamás creada.

Carlo no está en casa. Busco mi IPhone y lo llamo. La casilla de mensajes me da la bienvenida; como es de esperarse, su móvil da apagado.

Resignada, me comunico con la empresa. Me atiende Betty, la secretaria. ¿Será ella su amante? ¿Mi vida se ha convertido en un cliché, en la que mi esposo me engaña con la secretaria?

—El señor viajó a Nueva York esta mañana —me explica, puedo percibir la sorna con la que lo dice. ¿Acaso no lo sabías? Parece burlarse.

No, por supuesto no lo sabía, si Carlo apenas me dirige la palabra. Termino la comunicación con un saludo formal y frío antes de arrojar el móvil con furia sobre el sofá.

Mi estómago continúa revuelto, ahora, al malestar mañanero se le suma el fuego de ira que hace un nudo marinero en mi esófago.

Opto por preparar té con algo liviano para el desayuno, la autosuficiencia es la única compañía que tengo a diario dentro de las cuatro paredes de esta gran casa. Elisa se acerca solícita, y la dejo hacer, solo para intercambiar sonrisas mudas con ella y disfrutar de la única cuota de amabilidad del día. Además, sé que, si Carlo se entera de que me preparo mi comida, enfurecerá con nuestra empleada.

—Un Earl Grey, por favor —le pido, resignada ante la situación.

Resignación debería ser mi segundo nombre. Elisa me regala una mirada preocupada, sabe de mis constantes malestares, pero no dice nada. Es testigo de todo, y cómplice conmigo en el silencio.

Sin más instrucciones, la mujer de piel morena entiende lo que necesito y me deja sola para proseguir con el resto de las actividades. En pocas horas se marchará, y entonces la soledad será completa. A veces, su presencia me calma, me permite sentirme segura, como si tuviera algo que temer bajo el techo de esta inmensa mansión.

Relleno mi taza, tomo el frasco de vitaminas y me dirijo al jardín, la mañana es cálida como siempre en esta zona cercana a la bahía. Desde aquí, la brisa marina apenas se siente. Antes de acomodarme, me dirijo a la biblioteca. En un impulso que no pienso analizar, selecciono el ejemplar de Madame Bovary. Quizá en un intento por entender a esa mujer que tuvo la valía de hacer lo que yo no me atrevo.

Paso las horas hasta que me siento mejor, la dinámica de mi malestar funciona así, consume mi mañana, pero me abandona durante la tarde. Elisa se acerca para informarme que se marcha, y la envidia arremete contra mí. Ella tiene un hogar real, un marido que la ama y tres hermosos hijos. Una vida sencilla que compraría con todo el oro de los Fontaine. El dinero no hace a la felicidad, lo he comprobado en carne propia.

Cierro el libro con pesar, su lectura ha redirigido mi pensamiento, y mi concentración ha dejado de estar en las páginas para volver a centrarse en lo único que logra sacarme de mi letargo: Leonard.

La imagen del vibrador aparece nítida en mi mente, y comienzo a fantasear con la idea. Es lo que necesito para quitarme por completo la sensación de malestar, que ya no es físico, sino emocional. Mi cuerpo se marchita como una flor que olvida ser regada.

—Es el mediodía, Xaviera —me reprendo en voz alta—. Es el mediodía y tú aún con ropa de cama.

No puedo permitir que la depresión gane la batalla dentro de mí. Necesito volver a sentirme viva, bella, deseada. ¿Por quién? ¿Por Leonard? Algo en mi cuerpo se activa y, finalmente, despierta. Mi cuerpo está despierto y reclama su atención.

Recuerdo la última lección y logro sonreír. No por él, por mí. Necesito el poder sobre mi mente, mi órgano más erógeno, para hallar el interruptor que duerme a mi cuerpo y así, activarlo, una y otra vez, cada vez que yo lo desee.

Con renovada determinación voy hasta el salón principal y enciendo el equipo de audio, dejo que Barry White inunde el recinto con su sensual voz. Si Leonard cantara, sonaría así, pienso.

Comienzo a desnudarme en la escalera, dejando el negligé en un escalón y mi camisola de raso en el descanso. Con solo mis bragas, llego a la habitación, pero cambio de parecer de inmediato. Pretendo quebrar la amarga rutina en todos los aspectos.

La imagen del sillón extraño en casa de Leonard me da una idea. Antes de concretarla, me doy una ducha tibia, quiero sacarme del cuerpo el polvillo de los recuerdos que me invadieron esta mañana. Preparo mi piel, aún húmeda, y la humecto con aceite esencial de canela. El aroma afrodisíaco me envuelve y enciende en mí todos los sentidos.

Imagino que Leonard acerca su nariz recta a mí y se relame como quien se prepara para disfrutar de un delicioso postre.

Detrás de la infinidad de cajas de zapatos, se halla el conjunto de ropa interior y la elegante caja con el vibrador. Retiro ambas con reverencia. Controlo la ansiedad, pretendo gozar de cada minuto, este es mi momento.

Me visto despacio, con la vista puesta en el inmenso espejo. Imagino que alguien me observa al hacerlo y lo hago en un juego erótico en el que solo yo

participo. Acaricio mi cuerpo, lo reconozco, vuelvo a entrar en comunión con él. Consigo lo que deseo, sentirme sensual. A mi vestimenta sumo unos tacones negros que nunca usé, pues no son apropiados para una mujer casada. ¿Según quién? Según Carlo, según mi padre.

¡Basta! ¡Basta de prisiones y carceleros!

Con este aspecto que en nada se ajusta a la visión de Xaviera que doy al mundo, me dirijo a la biblioteca. Allí, un sofá negro de cuero cumple el rol de pobre reemplazante de aquel que Leonard guarda bajo llave para mí.

Enciendo un par de velas aromáticas antes de arrojarme en él en un gesto de sensual rendición. Por primera vez, agradezco la soledad perpetua de mi vida, estoy sola y puedo estructurar la realidad que quiero. Fuerzo a mi mente a fantasear, a proyectar imágenes que se sientan reales. Como buena esposa, cierro los ojos y dibujo la silueta de Carlo al entrar en la biblioteca y hallarme así, a punto de satisfacerme pensando en él.

Llevo mis manos a mis piernas, desde la rodilla, comienzo a acariciarme sobre la seda de los pantys para seguir hasta la piel desnuda. Con un roce provocador, paso de largo por mi entrepierna, e imagino cómo Carlo suspira desesperado al ver que aún no me llevaré al orgasmo.

Continúo por mi vientre, y asciendo más, hasta llegar a mis pechos. Los pezones se irguen ante mi exploración tímida y presionan la tela del corsé. Un gemido nace de manera espontánea en mí, se me escapa de los labios y casi puedo sentir cómo Carlo se estremece. El motor de la excitación se enciende en mí dispuesto a lanzarse a la aventura de la exploración.

Llevo los dedos a mi boca y los lamo de manera juguetona, entrando y saliendo de la cavidad como si se tratara de su pene. Vuelvo con ellos a mis senos y los desnudo apenas para acariciar las rosadas puntas con la lubricación de mi saliva. Los siento arder y la lubricación ayuda a calmar el fuego en ellos.

Me dejo llevar por el placer e, instintivamente, abro mis piernas, clavo los tacones en el cuero y me arqueo. Mis caderas se alzan brindando un espectáculo, como un manjar que clama ser devorado.

Carlo se acerca para deleitarse de mí. Y yo, ya sin control de mis emociones, deslizo las bragas y desnudo mi sexo para él. Comienzo a acariciarlo en círculos lentos que hacen a mi clítoris palpitar. Me tomo mi tiempo, juego con mis labios vaginales, los estimulo y los abandono por unos segundos para luego regresar con más ímpetu. Lo siento como si fuera la lengua de mi esposo y comienzo a gemir, satisfecha.

Pero mientras me acerco al placer, mi cerebro me traiciona. Toma las riendas de mis fantasías y me lleva por el camino del inconsciente, hasta encontrar eso que quiero y no quiero despertar.

De pronto, Carlo no está solo en la Biblioteca. La figura de Leonard en el umbral se dibuja tan clara que casi me empuja al orgasmo, el dulce desgraciado provoca eso tan solo con la idea de su presencia. Sus ojos arden de deseo y celos cuando nos observa a mi marido y a mí en pleno acto. Escucho su voz, su tono burlón.

—¿A eso llamas tú follar, Carlo? —lo reprende y se acerca a nosotros. Sin proponérmelo, mi mente comienza a proyectar una fantasía que jamás imaginé.

Tengo a dos hombres dándome placer. Carlo me lame los muslos exaltando a mi sexo palpitante, mientras Leonard atiende mis pechos. Me entrego a ellos. ¡Esta es la clase de prisión que quiero en mi vida! Todo mi cuerpo responde y comienzo a gemir, desesperada, pidiendo más.

Adentro un dedo en mi vagina, al que luego acompaña otro, y me dilato. Nunca me había atrevido a tanto, y todo tipo de sensaciones se suman a la nueva experiencia. Leonard McGuire me ha empujado a esta locura y, a modo de reprimenda, lo beso en los labios, luego hago lo mismo con los de

Carlo. Ambos luchan incansables por mi atención, como una competencia de quién es el mejor amante.

Y no necesito imaginar más, pues sé la respuesta, mi cuerpo lo confiesa, aunque no tenga pruebas. Sé que, una vez Leonard me enseñe el placer que puede brindar, ningún hombre lo podrá igualar.

Anulo los pensamientos recientes víctima de las invasivas caricias. Me tocan, me estimulan, y yo olvido que no es real. Extiendo la mano hacia la caja negra y tomo el vibrador. Es el pene de Leonard ahora, un pobre reemplazo, al igual que el sillón.

¿Será así de grande? Me pregunto en un lapso de lucidez que se evapora cuando apoyo la punta en mi pezón y las vibraciones me hacen cosquillas. Juego, me aparto de aquellas preguntas que pueden romper la mejor de mis fantasías. Cierro los ojos para no ver que es falso.

Es el miembro de Leonard que se roza entre mis senos y lo presiono con ellos para generar fricción. Él mueve sus caderas, montado sobre mí. Carlo nos observa, ahora como testigo, reconoce que ya no hay más lugar para él. Lo hemos exiliado, y es él quien se da placer mientras observa el arte de amar en manos de un eximio tutor.

Xaviera y Carlo son ahora dos aplicados alumnos que aprenden del osado gigoló. Pero no puedo brindarle más pensamientos a mi esposo, porque en estos momentos Leonard es el dueño absoluto de mis fantasías.

Desciendo el vibrador hasta la entrada de mi cuerpo y el cosquilleo en mi clítoris me hace gritar. Estoy al límite, pero no pienso dejarme llevar aún, quiero sentirlo en mi interior. Quiero que se mueva dentro de mí, que halle ese punto exacto que me lleva al placer. Quiero que sea el conquistador de la virginidad de mi fantasía.

Introduzco de manera suave el pene de Leonard, lo guio un centímetro a la vez y me deleito al notar cómo se abre paso ayudado por la humedad de mi

sexo. Continúo, más, más… hasta que está en su totalidad en mi interior, llenándome hasta niveles que no creí posible. Me siento completa, satisfecha, siento que lleno más que un vacío... es él, dentro de mí, es él la parte faltante del rompecabezas de mi cuerpo.

Comienzo a moverlo, hacia afuera, hacia adentro, a un ritmo candente. Lo miro, hago contacto con la imaginaria furia ardiente de sus ojos, me penetra, me embiste como un toro salvaje. Me arqueo, y clavando las uñas en el cuero frío, alzo la pelvis en busca del roce delicioso de los cuerpos unidos. Siento el fuego, ardemos, y me excita el hecho de creer que la fuerza de mi llama alimenta la de Leonard, ardemos juntos en una hoguera, sucumbimos, nos entregamos sabiendo que lo que quedará después de esto serán cenizas, y de ahí, de ahí renaceremos juntos.

A mi lado, Carlo se masturba a mayor velocidad. Al límite, como yo. El único que lleva el control de la situación es Leonard, porque en mi mente él es y será, siempre, mi capitán, mi tutor, el verdadero dueño de mi ser.

Mi mano viaja por mi cuerpo, acaricia mi piel sensible con un único destino final, mi clítoris, lo estimulo con círculos precisos a la vez que muevo el vibrador en mi interior. Todo mi cuerpo comienza a vibrar, a temblar por el goce.

Carlo eyacula, su semen cae sobre mis senos desnudos. La expresión de placer en su rostro me empuja a mí a llegar al clímax. Los espasmos arremeten sin piedad y las paredes de mi vagina presionan el miembro de Leonard hasta exprimir de él la última gota de placer.

Puedo sentir, de verdad puedo sentirlo, cómo se corre en mi interior. Cómo su tibio semen, más abundante, me llena.

—¡Oh! ¡Oh, Dios! —exclamo cuando mi mente lo proyecta con tal realismo que percibo el modo en que su humedad se une a la mía. Y… me vuelvo a correr. Dos orgasmos, tan juntos que parecen ser uno eterno.

Quedo exhausta. Caigo rendida sobre el sofá y me niego a abrir los ojos. Me niego a despertar de esto, me niego a ver que no fue real y que él no está.

Solo la satisfacción de mi cuerpo me impide llorar.

Lección 4
Tener el control… siempre.

Conduzco mi Tesla por las calles llenas de vida de la ciudad. Mi oficina está en el centro, en un edificio que parece abrirse camino en el cielo siempre despejado de esta zona.

Lo admito, elegí el lugar para erguirme a lo alto. Disfruto de observar a las personas como pequeños puntos debajo de mí, de ver cómo ellos son lo que una vez fui: insignificantes.

Aún me desprecian, no pueden ocultar el desagrado al verme. Pero jamás lo harán con tanta fuerza como yo los desprecio a ellos. El motor que me mueve es lo resentimiento, lo sé, y no lo niego. Conozco la podredumbre que yace dentro de ellos, un olor tan putrefacto que ni el más caro de los perfumes puede ocultar. El tatuaje de desdén que han grabado en mi cuerpo me hizo fuerte, impenetrable. Ellos me enseñaron que, en esta vida, si quieres algo, tienes que tomarlo como sea y cuando lo deseas sin medir las consecuencias. Porque nadie... Nadie te regala nada.

Aprendí la lección y, con el paso de los años fui adueñándome del mundo, hasta llegar a mi propio límite, uno en el que creía que no podía aspirar a nada más. Yo, Leonard McGuire, creí tenerlo todo. Todo hasta ahora. Hoy, mientras dirijo mi carro eléctrico como dueño y señor de la calle, recuerdo que tengo un nuevo anhelo. Uno que tiene nombre y apellido. Uno que tiene un dueño que no la merece. Xaviera Fontaine.

Pensarla, nombrarla en silencio, se está convirtiendo en el peor de los deportes extremos para mí. La adrenalina se dispara y actúa como un virus que contamina mi sangre. Un virus que me aleja de la razón y me transforma en un hombre rudimentario, básico, movido por puro instinto.

Detesto esta incontrolable sensación que me invade. Yo tengo el control de mi vida. ¡Yo tengo el control de todo!

El tránsito me brinda la excusa perfecta para golpear el volante con frustración, descargo la furia y el enojo, que no nacen del embotellamiento sino de la sensación que me gobierna y manipula.

¡Endemoniada mujer que se cuela bajo mi piel! Sí, ella es eso, un dulce demonio devenido en pesadilla. Pero Xaviera es la clase de pesadilla que anhelas, que esperas. Es la pesadilla que te obliga a abrir los ojos y te regresa a la vida.

Al llegar a la oficina, las puertas automáticas se abren para darme la bienvenida, al igual que lo hacen los empleados, que me ceden el paso con reverencia. Allí no hay desprecio, me aseguré de eso. En mi empresa no existen los puestos otorgados a dedo y por amiguismo, cada uno se gana el lugar con trabajo y esmero, y es recompensado. Porque nadie mejor que yo sabe lo que es que no te den una oportunidad por tus orígenes, por no ser «el hijo de», por no ostentar un apellido…

Fontaine. Todos los caminos conducen a ella. Todos mis pensamientos desembocan en su nombre, como un río cuyo cauce no puedo controlar. ¿Por qué, Xaviera? ¿Qué tienes de especial? Debo descifrarla cuanto antes, de lo contrario, permaneceré en este extraño limbo de sensaciones y preguntas que no deseo.

La soledad del elevador me da un respiro. Busco mi reflejo en el espejo a fin de encontrar alguna respuesta. Sé que, si mi mente está jugando conmigo, mi cuerpo se pondrá en alerta y lo confesará. El espejo me devuelve la

imagen que quiero, de traje a medida, de cabello cortado a la moda y prolija barba. Un cuerpo trabajado que, antaño, supo ser la delicia prohibida de mujeres hambrientas de sexo y carentes de escrúpulos, dispuestas a pagar con su dinero unas horas de placer, sin que les importase las marcas que dejaban en mi espíritu.

El cinismo es mi compañero desde entonces, es el rostro con el que me enfrento a este mundo salvaje y depredador. No existe el amor, no existe el respeto, es todo una ilusión vacía que, al igual que lo demás, se puede comprar solo si tienes dinero. Y ahora lo tengo. Cometieron el peor de los errores conmigo, me convirtieron en uno de ellos.

Mi secretaria, Carmen, me espera con varias carpetas que debo revisar. Los proyectos se acumulan en mi ordenador para ser aprobados. ¿Socios? No, gracias. Mientras la juventud y la energía me acompañen, seré el rey de mi propio imperio.

—Señor, Simon Hilf aguarda por usted, no hubo forma de convencerlo de que acuerde una cita previa.

Aunque mis labios apenas se curvan, la mención de mi amigo me obliga a sonreír. Finjo malestar para Carmen, no quiero que la mujer piense que cualquiera puede acercarse a mí y demandar un encuentro sin más. Pero Simon no es cualquiera…

—Me encargo de él, Carmen. Por favor, no me pases ninguna llamada mientras me reúno con nuestro poco oportuno visitante.

La mujer compone un gesto de hastío que consigue que mi sonrisa sea completa. Tomo las carpetas con intención de verlas más tarde y me dirijo a mi oficina que se encuentra al final del hall, aquella en la que he tomado las decisiones más importantes. Desde ahí controlo y construyo mi mundo.

Los pasos resuenan en el piso y retumban en el vacío. Al igual que mi casa,

mi espacio de trabajo es amplio y minimalista. Detesto los decorados barrocos, con tapizados con arabescos y jarrones llenos de flores muertas. Me traen recuerdos de una época que deseo olvidar. Lo único que resguardo de ese entonces es Simon.

Las puertas de doble panel que conducen a mi guarida personal están apenas abiertas. No emiten ningún sonido cuando empujo la superficie de madera y me adentro. Mi amigo observa la ciudad desde el gran ventanal que a muchos da vértigo. Mi reflejo se proyecta en el vidrio alertándolo de mi presencia, aun así, Simon no se voltea.

—Lo tuyo son las alturas y las luces —dice con la vista fija en el horizonte —. Yo siempre preferiré andar por las zonas bajas y las sombras.

No, la falsa imagen que proyecto prefiere ese lugar, mi alma, lo que en verdad soy, camina a la par de Simon, ahí, en la más espesa oscuridad.

—¿Melancólico desde tan temprano, Simon?

—Lo siento, es que no he dado con el escondite del wiski —bromea. Me dirijo hacia el mueble a mi derecha, el mismo se mimetiza con la pared. Empujo uno de los blancos paneles y, ante mí, se abre el espacio donde guardo el alcohol.

—Temprano para esto, pero no se le niega a un amigo —y sirvo dos dedos en cada vaso antes de extenderle el suyo.

—¿Temprano? Te desconozco, Leonard, sabes que aún no he dormido, la noche es mi momento. Y, si la memoria no me falla, también lo fue para ti.

Tiene razón, aunque a estas horas de la mañana no estoy dispuesto a enfrentarme a mi propia sombra. No, esta mañana quiero enfrentarme a la otra sombra de mi noche, Xaviera.

—Algunos cambiamos con los años —rebato, Simon logra ponerme de buen humor, y seguir sus conversaciones me divierten.

—No, querido amigo, por el contrario, con los años solo mostramos quién

somos en verdad. Pero mi trabajo es acelerar el proceso y revelar a las personas antes de tiempo. —Los grises ojos de mi amigo brillan con un deje de pícara maldad.

Nos conocemos tanto que reconoce la ansiedad oculta en mí y, con su declaración, lleva la conversación directo al grano, como siempre ha sido entre nosotros. Simon se acomoda en el sofá de manera relajada y apoya las largas piernas en la mesa de vidrio. Sabe cuánto me molesta. Juguetea con el vaso de wiski antes de sorber. Apenas lo saborea, aunque se trata de un licor de más de veinticinco años. Ambos compartimos borracheras de alcohol caro en el pasado, y somos incapaces de disfrutarlo en el presente. Sabemos que muy en el fondo, todo tiene el mismo sabor, dinero mezclado con vil miseria.

Me apoyo en el escritorio, también relajado, y le permito hablar. Simon no trae una carpeta, ni fotos, ni un pendrive lleno de información. No, eso lo deja para sus clientes. Yo soy su amigo y no necesito de una puesta en escena.

—Antes de que empecemos con la señora de Carlo Trento, me gustaría comprender tu interés. ¿Dónde quedó eso de nada de señoras casadas aburridas de sus maridos? ¿Acaso te ha dado por la nostalgia y regresas a tu viejo perfil de amantes?

Amante. Xaviera era la maldita excepción a la regla. Una que comenzaba a odiar.

—Eso sigue intacto, conoces mis reglas —lo digo con énfasis, como si quisiera hacerle una proclamación al mundo—. Yo elijo mis amantes de ahora en más, pero Xaviera…

De nada sirve motivarme o decir las palabras lógicas, el incorrecto deseo se escabulle por entre mis labios.

—¿Pero Xaviera…? —me presiona con sorna. El desgraciado conoce mis entrelíneas de memoria.

—No lo sé, por eso te pedí que la investigaras. Aún no descubro qué esconde, no logro ver a la mujer que se esconde bajo la fachada.

Excusas. Lo único que quiero descifrar es el motivo que me llevó a ceder a tan absurdo contrato.

—Eso es nuevo —dice más serio—. ¿Una mujer que no logras descifrar? Siempre te atrajeron los rompecabezas, los desafíos…

Simon escogió la palabra perfecta: Desafío. Sí, eso era Xaviera en mi vida. Era un territorio inexplorado, el examen sorpresa. Ella es diferente en todos los aspectos. No pide mis servicios como otras, y no me busca como un amante a tiempo parcial para satisfacer sus fantasías incumplidas. Para Xaviera soy tan solo un tutor, alguien de quien aprender, el camino, no el destino. Ella está dispuesta a ser la fantasía. Ella pretende satisfacer los deseos de otro. Y eso me enerva, me enfurece. Con ella no quiero ser una variable más. No, con ella quiero ser el resultado de la ecuación. Y para eso necesito saber de qué está hecha. Debo encontrar la manera de desgarrar esa frágil fachada para ver su interior, aunque tenga que romperla en mil pedazos para volverla a unir. Nada importa ya, estoy dispuesto a jugar con la reinterpretación de sus propias reglas con el fin de conocer todo de Xaviera. Necesito… necesito descubrir el origen de mi ardiente anhelo por ella.

—A simple vista, es una esposa rica más, hastiada de su vida y su marido, pero lo he visto, Simon —La imagen de Xaviera, con los ojos cerrados, gozando frente el tocador al oír mis palabras, me obliga a modificar mis palabras—. La he visto. Hay algo detrás, un fuego…

Un fuego que también me devora…

Me pongo un freno antes de que esas palabras me abandonen. Es una confesión que no estoy dispuesto a revelar. Estoy seguro de que Simon puede notar el cambio de vibraciones en mi discurso, aun así, lo disimula. Tenemos esa dinámica.

—No pondré en duda tu instinto, sé muy bien que siempre das en el clavo, pero en este caso, Leonard, creo que te equivocas. Es tan parecida a las mujeres que hemos visto en el pasado que por poco le disparo para terminar su agonía.

La confesión de mi amigo me llena de ira, de un enojo que no logro comprender. Sé que bromea, que es tan solo una expresión, pero imaginar que alguien pueda lastimar a Xaviera despierta a la fiera que duerme en mí. Me tenso y, por la expresión en el rostro de Simon, puedo adivinar que mis ojos lanzan chispas, que están más negros que de costumbre.

Los grises de él, fríos y analíticos se fijan en los míos, me escrutan, miden mi reacción. No debería tomarlo de manera personal. No debería, pero lo hago. Creo que una parte de mí lo ha convocado aquí por esto, para recibir las bofetadas necesarias. Sé que solo él puede regresarme a mis cabales, devolverme al camino. Soy consciente de que me estoy bifurcando hacia el sendero equivocado y que, muy posiblemente, vaya de cabeza al precipicio por esto.

Simon está recubierto de tanto cinismo como yo, nos forjamos en el fuego del mismo pasado. Dos gigolós que dejamos atrás el sometimiento para abrirnos camino entre las personas que supieron vernos como meros objetos. Hoy los tenemos bajo nuestro yugo, yo los manipulo mediante uno de los hilos invisibles que guían sus vidas: el dinero. Simon lo hace con el otro: los secretos.

—¿Qué tienes de ella? —inquiero intentando ponerle fin a lo que me sucede lo más rápido posible.

Sí, la hice investigar. Sí, quiero saber todo acerca de Xaviera Fontaine, y no siento culpa por ello. ¿Acaso mi pasado no está en boca de todos? Pues bien, quiero que el pasado de esa mujer esté en mi boca, con todos los morbosos detalles.

—Hija de Viktor Fontaine, esposa de Carlo Trento, sin hijos, sin madre, sin hermanos o hermanas, con una única amiga: Alice. Resumiendo, es la trifecta perfecta para nosotros: Sola, aburrida y millonaria. ¿Algo más?

Pretende dejarme con el sabor de gusto a poco en la boca.

—Todo, Simon. Quiero todo —exijo, molesto.

Mi amigo deja el vaso de wiski en la mesa de vidrio y lo corre con el pie. Niega resignado ante mi empecinamiento, y comienzo a detestar su expresión. Me debería alegrar de su preocupación, pero en cambio, me exacerba que se crea con derecho a ocultarme algo, que piense que debe preocuparse por mí. Ya nada me daña, debería saberlo. Atrás quedaron los años en que debíamos cuidarnos el uno al otro, ya no somos críos manejados por una inescrupulosa madame.

Lo conocí quince años atrás, apenas éramos dos adolescentes. ¿Ilegal? ¿Acaso significa algo esa palabra para quienes tienen dinero para manejar la ley a su antojo? No. Dos chicos de menos de dieciocho años, carne fresca para atender las depravadas exigencias de nuestras clientas. El único beneficio que obtuvimos fue el de ser seleccionados para atender las necesidades femeninas.

Nunca agradecí tanto mis rasgos masculinos como cuando la madame se paró frente a nosotros y nos evaluó con ojo crítico como si fuésemos animales dispuestos a ser cazados.

Los primeros años fueron un infierno. Nuestra dueña, porque así la veíamos, nos ofrecía a las peores mujeres, a aquellas que gustaban de someter a muchachos a su gusto. Fue una de ellas, que deseaba tener no solo una víctima, sino dos, quien me unió a Simon sin sospechar que nos volveríamos aliados, cómplices en la supervivencia y en el ascenso por el barro de ese millonario infierno. Esa es la cara sucia del dinero, el muy maldito compra y oculta todo. Las más grandes perversiones, los deseos más inescrupulosos,

los gustos más morbosos. Placer y muerte vienen de la mano para ellos. La sensación de ser dueños de todo es lo que los excita y guía.

Un par de años bastaron para que Simon y yo descubriéramos el engranaje que articulaba a las mujeres que compraban nuestros servicios, si deseábamos hacer nuestra vida más tolerable, debíamos convertirnos en lo mejor de lo mejor. Aprender el arte de complacer a una mujer, convencerlas de que lo que ellas anhelaban era lo que nosotros entregábamos y no a la inversa. Tomar las riendas de la situación. Ser quienes mandábamos bajo las sábanas. Manipular su piel, su mente, domar al demonio que las motivaba, y conquistar así el mundo.

Y lo hicimos. Leonard y Simon pasaron a ser los gigolós más cotizados del mercado, piezas de lujo que las millonarias querían poseer. Nos convertimos en el paquete accionario más demandado. Pero eso no fue suficiente, no, nuestra última lección la aprendimos de manos de Charlotte.

Cuando la anciana mujer contrató nuestros servicios, nos sorprendimos como ya no nos sucedía. ¿Acaso esa mujer de casi ochenta años tenía intención de irse del mundo en plena orgía? Así lo parecía, y así se lo dijo a nuestra proxeneta.

—Quiero a los dos —demandó—. Los quiero por varias semanas y en exclusividad.

Pagó una fortuna por nosotros y nos llevó a su mansión a las afuera de la ciudad. No sabíamos qué esperar, pero nuestra experiencia nos había preparado para todo... para todo menos para eso.

Charlotte fue, es y será la única millonaria a la que respetaré. Compartía el mismo pasado que nosotros, solo que el de ella no había sido por elección como el nuestro. Secuestrada a los doce años para ser vendida al mejor postor. No era americana, provenía de Bosnia, aunque pulió su acento al punto de imitar un excéntrico deje francés que le permitió sobresalir por

sobre las demás.

—La seducción está muy bien —nos dijo cuando descubrimos que no iba a utilizar nuestros servicios—, pero deben dejar de vender placer para pasar a vender una ilusión. Una ilusión de amor, eso es lo que en verdad esas mujeres quieren de ustedes y se no atreven aceptar. Eso es lo que los hombres buscaban de mí. Eso es lo que todos ellos quieren, obtener lo que el dinero no puede comprar. Y ustedes van a dárselo.

Sabíamos todo sobre el sexo, llevamos a cabo todas las prácticas del mundo, el Kama Sutra no guardaba secretos para nosotros, tampoco el sexo tántrico, menos aún el sadomasoquismo. Pero Charlotte ponía sobre la mesa algo desconocido, el amor. Nada conocíamos sobre él. ¿Cómo aprender de lo que desconocemos?

Ni Simon ni yo habíamos recibido una mínima dosis de ello. Justamente, su ausencia era lo que nos había llevado a una vida de entrega y desprecio como simple recurso de supervivencia.

—Es igual que fingir un orgasmo —explicó—. Solo hay que saber hallar el momento justo, el clímax perfecto… Una mirada, una caricia, un suspiro que se escapa en busca de su dueña.

Charlotte nos enseñó a olvidar, a enterrar el dolor, a sentirnos poderosos a fuerza de sentimientos denigrantes y perversos; con su maestría única, nos enseñó a fingir aquello que nos llevaría a la cima. Nos mostró un sentimiento que ninguno de los tres había experimentado jamás.

La paradoja más increíble se presentó ante nosotros, el arte de enamorar era un simple juego de niños. Estábamos rodeados de falso amor: novelas románticas, películas. Así de simple entendimos de su filosofía.

Cuando nuestra formación llegó a su fin, nos confesó:

—Logré enamorar a un Vanderville —dijo con un brillo que los años y penurias no lograron apagar. Un brillo que, entendimos, había encandilado a

ese poderoso millonario de renombre—. Y él me dejó toda su fortuna. Porque cuando llega el final de los días, queridos, en ese momento en que los hombres son, simplemente, humanos... comprenden que solo quisieron ser felices. Yo le vendí años felices, nunca supo que fue una farsa o, tal vez, no quiso saberlo. Ahora es el turno de ustedes, elijan al mejor postor.

Con ese consejo, nos dejó marchar. En pocas semanas, varias ancianas más pidieron por nuestros servicios recomendadas por Charlotte. Simon y yo elegimos entre ellas, investigamos sus pasados, anhelos y, por sobre todo, sus necesidades. Así fue como comenzamos a diseñar realidades y fantasías perfectas. Así fue como comenzamos a llenar nuestros bolsillos y ser quien somos.

Sí, soy viudo. Simon también. Ambos vivimos breves matrimonios con mujeres que querían experimentar el amor antes de morir. Amantes… no gigolós, no prostitutos… amantes. Los mejores.

Con los años, los conocimientos se volvieron nuestro poder. Mi amigo se dedica a ahondar en ellos, en descubrir lo que las personas anhelan para vender esa información. ¿A quiénes? Al mejor postor. Gracias a Simon conozco los secretos de cada inversor, de cada hombre que se acerca buscando duplicar sus ganancias, y lo uso a mi favor.

Hoy, sus servicios traspasaron la barrera, regresaron al pasado. Quiero orquestar la más maravillosa puesta en escena para Xaviera, solo así conseguiré que abra la fortaleza de su soledad para mí. Debo entrar en ella, debo saber qué busca de mí, lo que en verdad busca. Puedo interpretar su silencio y el estremecimiento de su piel cuando está junto a mí, puedo leer en sus ojos de miel un fragmento, tan solo un fragmento de su negada verdad, yo no soy solo su tutor.

Los datos que Simon me brindó de la vida de Xaviera no arrojan tanta luz

como quisiera ¿Acaso mi amigo me oculta información? ¿o es que esa mujer vive una vida aún más vacía que la mía?

Comienzo a comprender que es lo segundo. Mi amigo, aunque de mala gana, no parece haberse ahorrado los detalles oscuros.

—No caigas en la trampa que supimos construir —me advirtió antes de marcharse—. El amor es una ilusión, nadie mejor que nosotros para saberlo.

Pero no hablo de amor, hablo de deseo. De un hambre voraz que me consume, como a un niño caprichoso a quien le han negado un dulce. «No habrá sexo entre nosotros», y con eso me ha tentado más que mil amantes.

Un desafío. Xaviera se adentró en mi territorio para lanzar un desafío, y ahora comprendo que no ha sido con el afán de seducirme, que no se trata de una mujer experimentada que descubrió mis anhelos, sino de una ingenua, una inocente que juega con fuego sin medir los riesgos. Va a quemarse, puedo garantizarlo, porque yo estoy dispuesto a ser el infierno que ella desea. Estoy dispuesto a ser el demonio que la enloquece de la misma manera que ella lo hace conmigo. Sí, soy un hombre de negocios, y para ser exitoso aprendí a no tomar riesgos innecesarios. Xaviera es un riesgo a afrontar muy alto. No importa, asumo el costo de mi riesgo personal con gusto. Le permito jugar con mi fuego, aunque el que arda hasta convertirse en cenizas sea yo.

Llego a mi casa sin poder apartarla de la cabeza. Mi entrenador aguarda por mí, con solo verme, entiende que necesito gastar energías. Un rápido vistazo mientras me pongo mi ropa de deporte alcanza para darme cuenta de por qué todos parecen notar el aura de frustración que me rodea. Mi mandíbula está tensa y mis ojos brillan como dos apliques de obsidiana en una estatua de mármol.

Bajo al gimnasio, todo está dispuesto para el combate. Mi entrenador me obliga a realizar la entrada en calor, no la necesito, mi cuerpo está encendido,

en alerta, con los sentidos puestos a kilómetros de ahí, al otro extremo de la bahía, donde Xaviera vive alejada de mí.

Imagino que, mientras la pienso, ella también lo hace. Su mente está unida a la mía y me pregunto si en este instante usa mis regalos. Si se pasea en ropa interior, si se da placer, si fantasea con mi cuerpo sobre el suyo.

Enfrentarme a estos pensamientos me empuja al desequilibrio. ¿Cómo puede estar tan presente en mí? Pensar en Xaviera me hace cavilar en aquello que no quiero, en el hombre que disfruta de lo que ella aprende conmigo: Carlo Trento.

Rememoro su rostro y lo transformo en el enemigo imaginario ante mí. Golpeo a mi instructor, que trastabilla y me observa molesto.

—¡Concéntrate! —exige.

¿Cómo demonios quiere que lo haga? ¿Acaso se cree capaz de competir con Xaviera y lo que provoca en mí? Ni mil golpes la pueden quitar de mi mente. ¡Maldición!

Vuelvo a la lucha encarnizada. El entrenador comienza a enojarse, no estoy siendo justo, estoy golpeándolo con fuerza desmedida, descargando en él lo que quisiera descargar en otro. Sí, en Carlo.

¡No la toques! ¡No la mereces! ¡Es mía, mía, mía! Reclamo con los puños.

¡Su cuerpo me pertenece, reacciona para mí, por mí! Vuelvo a golpear con furia sumido en un encierro mental que solo puedo abandonar cuando ella regrese a mí.

Mi instructor se cansa de jugar limpio, y lo que debía ser un entrenamiento pasa a ser una lucha amateur de artes marciales. Debo drenar toda esta energía de mi cuerpo que me devora en silencio. Dejo salir parte de la ira hasta que mis músculos quedan tan agarrotados como mi mente.

Ambos recibieron una paliza. Mi físico, de mi entrenador, mi mente, de Xaviera.

—¡Por Dios, Leonard! La próxima vez que necesites desahogarte así, avísame y te inscribo en luchas clandestinas —bromea para alivianar la tensión.

—Lo siento… no —sonrío—, en realidad no lo siento.

Con la camaradería de siempre, se despide de mí. Lo abultado de la cuota mensual que le pago le permitirá sanar los golpes.

Cuando quedo solo, sudado y hambriento, descubro que, para mi pesar, aún tengo energía. Necesito agotarme por completo para no pensar, desconectarme de una realidad gobernada por ella. Me desnudo y sin más, me lanzo a la piscina como Dios me trajo al mundo.

Un largo, otro largo. De punta a punta. El frío del agua no logra atravesar mi piel. Xaviera… Xaviera, en cambio, lo consigue con su solo recuerdo.

Los retazos de información que me brindó Simon me ayudan a entender qué vi en ella, qué fue lo que me llevó a pensar que había algo que nos unía. Por qué, por todos los demonios, acepté un trato como éste. Ser su tutor y no su amante.

Viktor Fontaine es la respuesta. ¿Puede un hombre del poderío de aquel aparentarse en algo a un borracho de los bajos fondos? Al parecer, más de lo que pude imaginar.

Viktor Fontaine empujó a su primera esposa al suicidio. Igual que mi padre. Viktor Fontaine usó la desesperación de su única hija para conseguir dinero. Igual que mi padre.

¿Sabrá ella de la cláusula de su contrato pre-nupcial? ¿O lo ha firmado sin leer, como hizo con el mío, dejando de lado la letra pequeña del mismo? Lo poco que sé de ella me confiesa que vive en la más profunda nada, que sus días se esgrimen bajo decisiones que se escapan de su control.

Lo que veo en Xaviera es la llama que supo arder en mí. La de la desesperación, la de la necesidad de huir de un destino forjado por otros. Pero

a ella no la ha vencido el cinismo, aún brilla la luz de la esperanza bajo las capas de desesperación y desamor. Y yo, como una polilla, que ha pasado demasiado tiempo en las sombras, me acerco maravillado y tentado por esa luz. Porque todo en mí es oscuridad.

Ella, con su fragilidad, con esa pura inocencia intacta que lucha contra la corriente del odio y el desprecio, no ha permitido que Viktor matara su espíritu por completo, como yo sí permití que mi padre lo hiciera.

Los golpes con los que recibía a mi madre si el dinero que traía no era suficiente. Los insultos. La denigración constante.

Quise salvarla. Juro que lo intenté, también lo hizo aquel hombre que hoy continúa tras las rejas pagando por el crimen de mi padre, un crimen ante los ojos de una sociedad hipócrita, porque yo pienso que eso fue justicia.

Acepté el trato con la madame para llevar dinero a casa, con la ingenua ilusión de que, así, dejaría de golpear a mi madre. Una y otra vez permití que vejaran mi cuerpo para cambiar el lugar con mi madre, convencido de que era lo suficientemente fuerte para soportarlo.

Solo conseguí que ambos muriéramos. Ella físicamente, yo… yo por dentro.

Fue demasiado tarde cuando me enteré de que mi madre conoció a otro hombre, uno que decía amarla. Se entregaba a él cada noche que mi padre caía rendido bajo los efectos del alcohol y yo salía a vender mi cuerpo.

Lo malo de los secretos es que, tarde o temprano, salen a la luz. Y los de mi madre no fueron la excepción. Quedó embarazada de su amante, y mi padre lo descubrió.

Esa paliza en nada se comparó con las anteriores, que ya de por sí eran brutales. La golpeó hasta dejarla en coma, hasta que tuve que correr al hospital creyendo que jamás volvería a ver esos ojos negros tan parecidos a los míos.

Mis sentimientos estaban fundamentados, porque cuando mi madre los abrió, en ellos ya no habitaba la vida. Ni siquiera derramaron lágrimas. La posibilidad de una nueva vida había muerto en su vientre, y yo era esa parte de un presente que quería ser enterrado por siempre; en sus brazos, esa noche, comprendí que llevaba años muerto en su corazón.

Era sangre de su sangre, pero también era parte del hombre que más odiaba. Apenas podía mirarme sin recordarlo, y lo acepté, le regalé ese último deseo, me marche y la arranqué de mi corazón para tolerar la existencia que me quedaría, desde ese instante en adelante, sin ella.

Lo que siguió lo viví como una realidad paralela a la mía. Su amante mató a mi padre una noche, sin preocuparse por los testigos, con tan solo un bate de béisbol como arma, lo reunió con el Creador para que ajustara cuentas con Él. Le dieron demasiados años de condena, en lugar de darle las gracias por haber borrado de la tierra a un ser tan despreciable como mi padre.

Mi madre no soportó perder a su hijo y al hombre que amaba. Antes de que le dieran el alta, se suministró una dosis excesiva de calmantes y se dejó morir.

Sin nada. Así empecé. Sin nada más que mi cuerpo. Me convertí en instrumento, en juego y, a cambio, obtuve los pilares que sostienen la vida que he edificado. Todo lo que tengo me lo he ganado. Todo… y puedo conseguir lo mismo con ella.

Salgo de la piscina, desnudo y frío por el tiempo que pasé sumergido. Miro al hombre que se refleja en el ventanal, lo miro, soy yo. Ese soy yo ahora. Pienso seguir ganando, tomando tanto como quiera. Porque en la ley de la selva, solo el fuerte es rey.

No voy a ceder, ya sé lo que quiero. Sé a quién quiero, Xaviera Fontaine, y sé cómo obtenerlo, le venderé la ilusión que más desea… la haré sentirse amada.

Lección 5
Romper las reglas.

El sol de primera mañana que corona la bahía me obliga a abrir los ojos. Apenas he podido dormir. Mi cuerpo está tenso, el mensaje de Xaviera concertando la cita para una nueva lección me puso en estado de alerta. Me escribió a mitad de la noche y, la escena de ella, sola y desnuda, en una cama, pensando en mí, fue el artífice de mi insomnio, un insomnio que invirtió las horas en la estrategia a futuro. De nada servían las lecciones si no las llevaba a la práctica. Conociendo la historia detrás de la construcción de su matrimonio con Carlo, la idea era absurda. Bajo amistosa coacción había obtenido más información sobre el marido de Xaviera, era un maldito voyerista, impotente, que solo se mantenía unido a ella por una simple cláusula pre-nupcial.

¡Qué distinto sería si el nombre Xaviera no estuviera en ese maldito contrato!

Carlo jamás podrá despertar los deseos que el cuerpo de ella reclama. Jamás podrá satisfacerla por completo. Yo sí. Puedo ser todo para Xaviera, lo que ansía entre sus piernas, y la que anhela en su corazón. Yo puedo regresarla a la vida.

Soy su tutor. Me repito las reglas del juego para no caer en sus redes de ingenuo encanto. Pero comienzo a entender que ella tiene mucho por enseñarme.

Le respondo desestructurándola por completo. Le propongo un encuentro a

primera hora de la noche. Su marido sigue a cientos de kilómetros de aquí, lo sé, cualquier excusa que pueda brindarme nace de su represión, nada más. Quiero evaluarla, saber hasta dónde es capaz de llegar. Esta noche tendrá que rendir su primer examen y, contra todas sus benditas e inocentes cláusulas, lo hará en mis brazos.

Porque ahora lo sé, las horas de insomnio me han permitido comprender mejor el panorama en el que me encuentro. Ya no se trata de un juego de dos, sino de tres. Carlo es una pieza más en el tablero de ajedrez. Es, al igual que yo, un peón que se convirtió en dama, que atravesó los obstáculos para llegar al otro lado y erguirse con la corona. Ahora solo basta demostrarle que, en esta guerra, solo uno resultará vencedor. El mejor, y ese soy yo.

Él no sabe cómo mantener su poderío, cómo complacer a Xaviera, darle lo que desea para obtener su propio beneficio. Yo sí. Por eso su contrato prenupcial tiene una cláusula que lo ata, mientras mi contrato con Xaviera esconde una que nos libera. Que me permite jugar con mis propias reglas, en mi terreno, en mi guarida.

Recibo su respuesta a la brevedad con una confirmación. No dudó. Está dispuesta a todo. Yo también, y el solo hecho de pensarlo me lleva a perder el control de mi cuerpo. Reacciona ante ella, con la simple rememoración, me confiesa que Xaviera provoca en mí lo que ninguna otra mujer ha logrado.

Es su cuerpo, intento convencerme. Son sus curvas de mujer, sus caderas redondeadas, sus senos turgentes, su piel lozana. Son sus ojos de miel, sus labios llenos, diseñados para el placer de un hombre. Pero las mentiras mueren antes de volverse pensamientos. No es eso, es redención. Es un cáliz de salvación. Ella hace que todo se vea distinto.

Abandono la quietud de la cama antes de perder el control definitivo. Calmo el fuego de mi cuerpo con una ducha fría mientras arrojo sobre la luz de mi consciencia los cientos de argumentos que me permiten negar los

sentimientos que mi cuerpo se empeña en gritar.

Esto es solo un juego. Ella es la consagración para mi maestría en el amor. Nada más que eso. La frialdad de mis pensamientos conjuga, ahora, con el de mi cuerpo saciado por el agua. Cierro el grifo de la ducha, envuelvo mi cintura con una toalla y voy hasta el lavabo principal. Me enfrento al espejo dispuesto a recortar mi barba. Quiero estar perfecto para ella. Quiero...

El sin sentido de mis deseos me pone en jaque. Tengo un listado de pretensiones a obtener con ella, con su cuerpo. A la vez, me debato en las necesidades que ella no confiesa, pero que yo puede sentir en su piel cada vez que está junto a mí. Hago contacto con mis ojos en el reflejo, una pregunta poco común se subtitula en ellos. ¿Cuál es tu límite?

La esperada respuesta sería, ninguno. Porque mi vida se esgrime sobre esa premisa. Porque he conseguido lo que tengo y lo que soy gracias a ello. Los límites nos contienen, nos reprimen, y Xaviera es la máxima expresión. Y, sin desearlo, se ha convertido en eso para mí, un límite, porque también es el claro ejemplo de lo opuesto, de una inocencia no interrumpida por la brutalidad de la vida, dañarla no está en mis planes.

Muchas cosas no están en mis planes...

«No se trata de romperle el corazón, se trata de recordarle que aún late dentro de su pecho».

Eso me diferencia de Carlo. Así logro convencerme. Lo repito como un mantra. Lo repito hasta que lo creo cierto.

Me lanzo de lleno a las actividades del día, encuentro más sencillo organizar la noche junto a Xaviera entre estadísticas y análisis de mercado. Los números me permiten alejar las sensaciones corporales que se manifiestan cuando elijo la cena perfecta, la música acorde, la sorpresa final...

Conozco todo de Xaviera, hasta los detalles que pueden brindarle la mejor

de las veladas. Alérgica a los mariscos, amante de la ternera. Excelente catadora de vinos y degustadora oficial del chocolate en todas sus versiones, aunque si le dan a elegir, siempre opta por las fresas bañadas en el mismo. Con respecto a sus gustos musicales, voy a hacerme el desentendido, su dulce obsesión por Barry White podría ser un gran desmotivador. Por lo menos para mí.

Río, por mágica espontaneidad, río. La sorpresa de mi acción no solo llama mi atención, también lo hace con Carmen que, con rostro incomprendido y alerta, golpea en la puerta al tiempo que asoma la cabeza por ella.

—¿Se encuentra bien, Señor?

Su expresión me potencia, río a carcajadas. No puedo controlarlo.

—No sé cómo responderte a eso, Carmen.

Miento, tengo la respuesta. Nunca me he sentido tan bien en mi vida.

Debo exiliarla de mis pensamientos, de lo contrario, el día se me hará eterno. Las agujas del reloj apenas se acercan a las tres de la tarde, y los minutos que me separan de la hora Xaviera son muchos.

—Una consulta, Carmen. Si mal no recuerdo, solicité el informe de la fusión con la compañía Jefferson Martins, y no sé tú, pero yo... no lo veo.

Así de fácil recupero mi temple y las carcajadas se transforman en un bello recuerdo.

—Lo siento, Señor, no se preocupe. Ya mismo elevo el reclamo al departamento de legales.

—Gracias... —Antes de que su rostro desaparezca, agrego—. Y por favor, ordena mi almuerzo.

Me sumerjo en mi cotidianidad y pongo a Xaviera en pausa. Todavía logro hacerlo. Todavía...

Les concedo el resto de la tarde libre a los empleados que me asisten en la

mansión, solo así puedo otorgarle la confidencialidad que ella reclama. No se sorprenden, hago lo mismo con todas mis amantes, no pueden sospechar que Xaviera es distinta, que, bajo la misma luz, no todas las mujeres refulgen igual.

Estoy dispuesto a enseñarle el placer absoluto, ella… ella también me enseña, me marca, me muestra algo que no logro comprender, que no quiero comprender. No soy un aplicado alumno, pienso con humor. Me presento ante ella, rebelde y díscolo.

Todo está orquestado para su goce, mi imagen inclusive. Ve vestí para ella, con causal esmero. El pantalón de verano, que se ajusta a mis piernas largas y que tiene la intención de revelar mi deseo para ella, la camisa entallada que no disimula las horas de ejercicio y el perfume amaderado que se mezcla con mi aroma a hombre en celo. Le permitiré jugar conmigo, jugar con la ilusión de control. La lección de hoy para Xaviera es aprender el poder que tiene sobre los hombres, sobre mí.

Mis planes se desbarajustan con un nubarrón. El clima mutó, de la misma manera que lo hice yo. Estoy al acecho, y el cielo gris nocturno parece dispuesto a jugar en mi contra. Los aires de tormenta pueden sentirse, el perfume a tierra húmeda se funde con los deliciosos aromas que se escapan de la cocina.

Chequeo mi móvil. La idea de que Xaviera postergue nuestro encuentro por un artilugio climático comienza a inquietarme. Cuando la sinfonía de las primeras gotas de lluvia golpeando en los cristales llega a mí, la ansiedad estalla por completo y debo contener a mis dedos para que no tecleen un mensaje. En la más asfixiante soledad, una sensación nunca experimentada para mí, camino por la casa con la intención de buscar el equilibrio. Un equilibrio que solo consigo al ver el juego de luces de su carro contra uno de los ventanales.

Respiro. Recupero la calma. Vuelvo a ser Leonard McGuire.

El acceso principal está desactivado para que ingrese, lo hace con sensual parsimonia. Sus tacones impactan en el piso con suavidad. Finalmente me regala el privilegio de su imagen completa.

Mi corazón se agita, galopa frenética como un caballo desbocado. No es la Xaviera Fontaine que conozco o creía conocer, no, es la otra, la verdadera, la que sale a la luz cuando entra en contacto con mi oscuridad.

Lleva un vestido de noche corto color ocre, con un escote más que pronunciado que expone esa sensual distancia que separa su pecho derecho del izquierdo. Cabello suelto, revuelto, salvaje, y un rostro que viste una osadía no propia en ella.

No puedo hablar. Soy su rehén. En ese instante, muero y vuelvo nacer tan solo al verla caminar hacia mí. ¿Será consciente de lo que provoca en mí? ¿Quién es el tutor aquí, quién es la alumna? ¿Acaso los papeles se invierten?

Esto no es por Carlo. No, todo esto, toda ella es para mí.

Xaviera puede engañarse una y otra vez, comprar su propia historia, pero su cuerpo lo sabe, me desea a mí.

Y yo también... yo también puedo mentirme. Mi cuerpo no te añora, mi mente no te piensa y mi masculinidad no se despierta por ti. No te necesito, Xaviera. No... no lo hago.

—Siento la demora —dice y rompe el embrujo que me lanzó con su presencia—. El camino se me hizo difícil debido a la tormenta.

Se acerca. Las palabras aún siguen aprisionadas en mi pecho. No puedo hablar. Lo disimulo, ella interpreta mi silencio como una reprimenda por parte de su tutor, y yo logro recuperar mi rol en la situación.

—Lección tres... —Finalmente lo consigo. Hablo— romper las reglas.

Esa vulgar estrategia hallé para darle razón al punto de giro en nuestra falsa historia.

—¿Romper las reglas? —repite sin fuerza en la voz.

—Sí, muchas veces, el verdadero placer se encuentra en la ruptura de lo común.

La lección es para mí. Son los argumentos que necesito para creer que no hay real deseo. Tal vez, tal vez piedad, piedad a ella y a la mediocridad de su vida matrimonial.

Indago en Xaviera, un par de gotas de lluvia se deslizan por sus hombros al descubierto. La cremosidad de la piel expuesta me recuerda a la nata. Quiero tocarla, beber de esa agua sagrada que se impregna del sabor de su piel. Trazo un camino imaginario hasta su escote, ahí en donde sus pechos ocultos reclaman por el roce de mis besos, continuó ascendiendo hasta llegar a sus labios, expectantes, sabrosos, rojo carmín. Sé que esa noche los voy poseer, que ella va a clamar por el contacto con los míos.

—Ven... —Le marco el camino hacia el salón comedor principal—. La antesala de la lección de la noche nos espera.

Sigo sus pasos valiéndome de la caballerosidad, pero en realidad no es más que la excusa perfecta para disfrutar de su cuerpo al caminar. El contoneo de sus caderas me recuerda la farsa, y contengo la risa a fuerza de determinación. No tengo nada qué enseñarle a esta mujer sobre sensualidad, lo único que debe aprender es que Carlo es un imbécil. Existen mil formas de impartir esa lección, yo elijo la que me otorga a mí el premio mayor.

Llegamos al salón y se detiene víctima del espectáculo inesperado. La mesa está puesta respetando el más sensual de los protocolos ceremoniales. Los aromas que recorren la habitación son embriagadores. El olor a lluvia se cuela por las ventanas e intensifica los del interior, les quita el artificio para volverlos naturales. La cena, las velas, las flores cortadas… no son más que una extensión de la tormenta del exterior, un vendaval de sensaciones que nos azota a nosotros y nos deja a merced de nuestra primitiva naturaleza.

—¿Qué clase de regla rompemos aquí? —pregunta en un suave susurro.

—La de lo cotidiano —digo sirviendo dos copas de vino—. La ilusión en el plato principal en cualquier relación.

Le extiendo una copa. Ella la acepta y disfruta del perfume que este le obsequia. Casi como un acto reflejo la aleja de sí con una expresión de desagrado. Frunzo mi ceño, me desagrada su desagrado. Me busca con sus ojos hasta lograr el contacto visual que necesita.

—Prefiero obviarlo, no me siento del todo bien —confiesa para mi sorpresa.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te sucede? —Pensarla mal dispara en mí la furia.

Me acercó sin poder doblegar a mis acciones, la tomo de la cintura para poder manipularla, no quiero que rehúya de mi con falsas justificaciones. La noto débil en mis brazos.

—Nada de importancia... últimamente es común en mí.

¿A qué diablos se refiere? Intento rememorar si Simon dijo algo de problemas de salud, pero lo único que recuerdo es un sinfín de idas y venidas por probables embarazos, por lo demás, ni una visita médica. ¿Es eso acaso? Imposible.

—¿Común? —indago en sus ojos, no hay brillo en ellos, no encuentro mi reflejo.

Ahora, mi ego apagado me permite ver la realidad ante mí. El maquillaje que luce no es una provocación, es una fachada que oculta la verdad que confiesa su cuerpo. Algo no está bien en ella.

—No te preocupes, no es nada, es solo...

No termina la oración, se desmaya en mis brazos.

Así la siento mía por primera vez, desvanecida, débil, pero mía al fin.

La cargo en brazos, no pesa más que una niña. Su cuerpo inerte se pega al

mío y el calor que emano la reconforta en su inconsciente. La llevo a paso firme por la escalera, pero antes de dirigirme al ala izquierda, a esa en que Xaviera cuenta con una habitación, cambio el rumbo. Un único lugar le puede dar el cobijo que necesita, mi habitación. Una única persona puede cuidarla, yo. Esta noche quien romperá las reglas soy yo, hago lo que jamás hice, llevo a una mujer a «mi» cama.

***

La tibieza de una cama que no reconoce a mi cuerpo me fuerza a abrir los ojos. Nada me es familiar, excepto el perfume de las sábanas que acarician mi espalda. Todo huele a él.

Un rápido vistazo me dice que todo en ese lugar es Leonard, no solo el perfume. La habitación de líneas fuertes, el decorado escaso, el diseño… responsable, como él lo llamó. No hay necesidad de encender ninguna lámpara, el resplandor de la tormenta se cuela junto con el de las luces lejanas.

Lo vivido minutos atrás regresa a mi mente. La copa de vino, sus brazos, y la oscuridad repentina.

No está en la habitación, no hay rastro de él. Abandono el reposo con la intención de ir en su búsqueda. El malestar ha desaparecido, los minutos de descanso me bastaron para recuperar el control.

La cama es alta y debo lanzarme de ella para alcanzar el piso, al hacerlo, de soslayo, compruebo la hora en el reloj que se encuentra en la mesa de noche.

¡Dios, 1 AM! La desesperación me domina. Llevo horas durmiendo aquí...

Capturo mis tacones que se encuentran olvidados a un par de metros, no pienso calzarme, pretendo perpetuar el silencio mezclado con lluvia que la noche me regala. Busco mi bolso, no lo encuentro. Hago memoria, lo tenía en mi mano justo antes del desmayo.

Maldigo para mis adentros. No quiero recurrir a Leonard. No quiero su

discurso, su desaprobación, sobre todo, no quiero que me trate como una pobre niña indefensa y enferma.

Me convierto en sombra y abandono la habitación; al hacerlo, descubro que se encuentra en el segundo piso de la mansión. Hago suposiciones, estoy en el ala derecha, su guarida personal, al otro lado del interminable pasillo se encuentra dedicado a su juego de cazador y maestro. A pesar de la incomodidad del momento, sonrío. Me siento especial, diferente, conozco su cama, algo que muchas desean y jamás han conseguido.

Desciendo los primeros peldaños con cuidado, no quiero confiarme, los mareos repentinos pueden regresar en cualquier momento. Atravieso parte del hall del primer piso. Leonard sigue sin hacerse presente. Llego a la planta principal, mis pies casi se deslizan por el suelo hasta llegar al escenario de mi patética actuación, el salón comedor. Todo está intacto, y yo vuelvo a maldecir en silencio. ¿Por qué tienes que arruinar siempre todo, Xaviera?

Esa pregunta resuena en mi cabeza con la fuerza e impronta de la voz de Carlo.

¡Carlo! Pienso en él. Me desespero. Tengo que marcharme.

Un recorrido visual sobre el salón destruye mis esperanzas de huida fugaz, mi bolso no está. Escucho unos pasos. Los reconozco, es Leonard, casi a ciegas, me lanzo a la habitación contigua, aquella que parece ser el lugar opuesto a la dirección de sus pasos. Estoy en la cocina, la misma se comunica con el salón comedor y un pasillo. Hacia él me dirijo, si la memoria no me falla, ese mismo pasillo se comunica con la oficina despacho y, de ahí, directo a la salida principal.

Mi mirada gira de manera automática cuando paso junto a la oficina, mi bolso brilla ante mis ojos.

Los pasos regresan, confiesan la cercanía y el camino directo a mí. Retrocedo. Vuelvo al refugio, una vez más en la cocina. Mi corazón no puede

más, está a pasos de estallar, y mi respiración acelerada lo acompaña. No tengo escapatoria, si quiero abandonar la casa tengo que hacerlo bajo la aceptación y complicidad del hombre que la habita.

Me niego a ello. No quiero ser una víctima ante él.

La lluvia no ha cesado, pero apenas parece ser una molestia. Analizo alternativas, si llego a la calle lindera a la mansión, de seguro, consigo un teléfono de asistencia, en barrios selectos como estos se encuentran a menudo. Una vez ahí, puedo alegar problemas en mi vehículo y solicitar un transporte privado que me regrese a casa.

Con el mayor de los cuidados, deslizo el ventanal que separa la cocina de la terraza que se comunica a la bahía. Ya afuera, me calzo los tacones. Camino con lentitud, debo acostumbrarme al piso mojado. Rodeo la piscina y, en un par de pasos, me encuentro con la escalera que me permite el pequeño descenso. El suelo deja de ser estable a causa del decorado natural del lugar, debo luchar con los tacones entre las rocas. Finalmente, la difícil travesía me permite llegar al lateral de la mansión. El clima parece no dispuesto a acompañarme, y la suave lluvia comienza a cobrar fuerza. Paso junto a mi mini cooper, me despido de él con melancolía.

Ya en el camino, lejos de él y del fiasco de la noche, me siento segura. Segura a pesar de que la tormenta ruge en la alto. Me abrazo, la noche primaveral se pierde bajo la fría lluvia, y yo, por primera vez en estas dos semanas que me unen a Leonard, empiezo a reconocer mi absurdo. Debería estar en la soledad de mi cama, ahí es donde pertenezco. Él es una mentira, una mentira que, en lo más profundo de mí, quiere volverse realidad.

¡Eres una idiota! ¡Una grandísima idiota!

Debo gritarme eso hasta grabarlo en mi mente, en mi piel. Debo ponerle fin a este contrato.

Un relámpago atraviesa de punta a punta el cielo gris hasta impactar en un

árbol cerca del acantilado, el trueno que le sucede hace temblar el suelo bajo mis pies, y juro... por los cielos lo juro que, entre sus vibraciones, escucho mi nombre.

¡Xaviera!

La calma después del trueno llega y lo vuelvo a oír. ¡Xaviera!

Es mi nombre. Es su voz.

Acelero mis pasos cuando caigo en cuenta de que las luces de un vehículo me iluminan el camino.

—¿Xaviera, qué demonios haces?

Está enojado, puedo sentirlo, mi cuerpo se hace pequeño bajo la lluvia y avanzo más rápido.

Él acelera hasta colocar el automóvil a mi par.

—Detente y sube al auto —gruñe.

No lo voy a hacer. El desafío nace en mí y no sé si lo hace por temor, ese que me enseñaron a sentir toda mi vida, o surge de la provocación. Quiero ser la mujer que lo obligue a sentir diferente. Quiero ser única para él.

Sin más escapatoria, redirijo mi huida hacia el acantilado confiando que no va a lanzarse en mi búsqueda con su auto de lujo.

—¡Por los mil demonios, mujer! —Lo escuchó gritar.

Leonard no desiste, no, me acosa y me acosará siempre como un fantasma. Corro para alejarme, aunque ya no hay más escapatoria frente a mí, el acantilado se alza rabioso para recordarme que este es mi fin.

Él aparca el carro en medio de la mismísima nada y baja en mi búsqueda.

—¿Acaso has enloquecido, Xaviera? —Contiene la furia ahora que se acerca.

Hablo, dejo que todo salga.

—Sí, lo estoy... lo estoy desde el día en que me acerqué a ti.

Mis palabras lo detienen, se paraliza bajo la lluvia frente a mí. El agua se

desliza por su cuerpo que ahora es uno con las prendas. La camisa blanca, entallada, se une a su piel y puedo recorrer cada músculo con mi mirada. Sus pantalones son el siguiente objetivo. Nada de él queda oculto para mí, y vuelvo a desear huir, pero esta vez, de lo que provoca en mí.

—Este no es momento ni lugar para este tipo de planteos. Sube al auto.

—No, debo ir a casa —rebato adelantándome a lo que puede llegar a decir.

Se muerde los labios, puedo notar que lucha contra unas sensaciones que yo no descifro.

—No en estas condiciones, necesitas descansar.

Dejarme ir no está en sus planes. Y si no me deja marchar ahora, nunca más voy a hacerlo. Voy a quedar aquí, en este acantilado, con el deseo de él por siempre en mí.

—¡Necesito alejarme de ti!

Elimina los pocos centímetros que nos separan y me toma a la fuerza del brazo.

—Tarde para eso —susurra en mi oído con algo más que furia.

Me arrastra. Yo lucho.

Él no cede, me abraza por la cintura y me eleva del suelo para cargarme a su antojo. Juntos regresamos al auto. Golpeo su espalda mientras clamo por mi liberación.

—¡Déjame! No lo entiendes, ¿verdad? No puedo estar aquí contigo, Carlo... —Su nombre se me estanca en la garganta. No sé cómo continuar, es un falso argumento, lo sé, aun así, repito— Carlo.

Me regresa al suelo y mi espalda choca contra la portezuela del carro. Aprisiona mi rostro con su mano, busca mi mirada, entre la lluvia, la noche, y la encuentra.

—Carlo no está... se fue, entiéndelo de una vez. Carlo no está en tu vida... yo lo estoy.

Quiero creer en sus palabras, en su mirada, mi corazón implora que lo que ocultan detrás de ellas sea verdad. Pero soy Xaviera Fontaine, y mi vida nunca será esta.

—No, no lo estás, solo eres una ilusión que busqué víctima de la desesperación.

El silencio lo toma prisionero, pero despierta un fuego en sus ojos que nunca antes vi. De pronto, siento cómo su mano recorre mi entrepierna, como me acaricia ascendiendo hasta mi sexo.

—¿Esto te parece una ilusión a ti? —dice rozando mi zona más privada.

Mi cuerpo reacciona, he soñado, imaginado este momento cientos de veces en mi cabeza.

Hace a un lado el bretel de mi vestido hasta dejar expuesto mi seno izquierdo ante él. Besa mi cuello, y me invade con un camino de besos que lo lleva con pasaporte directo a mi pezón.

—¿Y esto? ¿Esto es una ilusión?

—¡Basta...! —Siento el roce de su erección contra mí y la proclamación que quiero hacer muere en mis labios.

Me hace sentir deseada y, por sobre todo, me hace sentir capaz de despertar el deseo en él. Y eso me enciende por completo.

—¿Quieres que me detenga? —susurra refugiado en mi pecho mientras su dedo travieso hace a un lado me braga para entrar en contacto con mi humedad—. Pídemelo, Xaviera. Pídeme que me detenga y lo hago.

Abandona mi pecho en busca de mis ojos y yo... yo le confieso todo. Mi entrega, mi deseo de él, mi olvido de la realidad.

Quiero sentirlo dentro de mí. Quiero sentirlo de todas las formas posibles y estoy dispuesta a romper el contrato que yo misma impuse y, a la vez, romper las reglas de su seducción. Capturo su rostro entre mis manos y le robo un beso a sus labios.

—Quiero todo de ti —murmuro sobre ellos y lo invado con mi lengua.

—Y lo tienes, Xaviera. Lo tienes —responde en mi boca.

Él me recibe con tierna ferocidad, funde sus labios con los míos dispuesto a una batalla en la que ninguno de los dos piensa ganar o perder. Su brazo abandona mi entrepierna con la única función de buscar un espacio más acorde para nuestros cuerpos. Abre la portezuela del carro y me guía a su interior, me resisto a su control, yo quiero gozar de él. Envueltos en el éxtasis creciente de nuestros besos, giro para empujarlo a tomar asiento en el interior del vehículo.

Leonard se deja manipular, toma distancia solo para acomodarse expectante, yo levanto la falda hasta mi cintura para sentarme a horcajadas sobre él. No puede evitar ocultar su sonrisa ladina y yo me motivo con ella.

—Me has engañado, mujer. Tú no necesitas lecciones... —masculla sumergido en la expectación.

—No, solo te necesitaba a ti —confieso mientras le desabrocho los botones de la camisa hasta quitársela.

Acaricio su pecho firme, tibio y musculoso. Me enciendo, pero no lo hago por lo que el contacto con su piel me provoca, es por el latido de su corazón que golpea fuerte por mí. Late al mismo ritmo que el mío. Los dos deseamos esto, necesitamos esto.

Mi vestido se arremolina en mi cintura, mis tacones golpean el panel de control del carro. ¿Le importa? No. Sonrío, mis labios inflamados se curvan ante la novedad. Para Leonard, su costoso carro no tiene valor, no comparado con mi pasión.

Carcajeo ante la situación, mi risa está llena de pasión y él se une. Reímos como adolescentes mientras nos acariciamos, incómodos, insaciables, desenfrenados.

—¡Mierda! —exclama cuando busca liberarnos de las últimas barreras de

ropa.

—Dime cuál de todos esos endemoniados comandos es el que reclina el asiento, Leonard.

Él ríe mientras intenta alcanzar el panel. No lo logra, mis manos tienen vida propia, no están dispuestas a aguardar para tocar más piel. Arrastro la camisa por sus hombros y comienzo a tirar sin darme cuenta de que lo aprisiono. Los botones de las mangas siguen firmes en sus muñecas y maldice a todos los diseñadores de alta costura.

En cambio, yo, yo soy consciente de la situación, de que Leonard está maniatado para mí. Llevo mi boca a su cuello, lamo los restos de lluvia que ahora saben a hombre y comienzo a trazar círculos en su nuez de adán. Lo escucho gemir ¿o fui yo? Ambos, ambos gemidos se unen al de la noche, al de la tormenta, la naturaleza sabe que su furia no puede competir con la pasión que desatamos en el carro.

Sigo mi exploración, intento descender por su pecho desnudo, salpicado de vello, un vello que le otorga, de manera definitiva, el certificado máximo de masculinidad. Mis caderas se alzan y hacen sonar el claxon.

—Xaviera, harás que nos arresten por actos impúdicos en la vía pública —bromea—. De haber sabido que te gustaba tanto… tengo esposas en casa.

—¿Para ti o para mí?

Gruñe. Gruñe al imaginarme inmóvil para él, mi cuerpo a su merced como ahora me pertenece el suyo. Me deja jugar un rato más, convencerme de que tengo el poder, de que llevo el control. Pero cuando mi mano busca la cintura de su pantalón, ansiosa por sentirlo al desnudo, deja de fingir.

—No permitiré que te deleites de mí sin tener lo mismo de ti, Xaviera.

¿En qué momento fui tan ingenua de creer que una simple camisa podía detenerlo? El sonido de la tela al rasgarse se une al de un trueno. Sus brazos, sus manos, ahora están libres para recorrerme. Une su boca a la mía, me toma

del cuello, con fuerza, pero sin dañarme, y me obliga a abrirme para él. La lengua de Leonard me profana, bebe de mí y yo bebo de él, su sabor me enloquece.

Mis manos se aferran a sus hombros y clavo las uñas en su piel. Lo marco, desesperada, dibujo líneas en su espalda, como una gata en celo que deja su impronta en el macho. Quiero tatuar en su cuerpo mi nombre, que sus demás amantes sepan que es mío, que me pertenece, que lo reclamo.

Mis pensamientos se hacen nube y tormenta cuando arranca mis bragas en feroz movimiento. Las arroja fuera del carro y la tormenta hace lo demás, las empuja hacia el acantilado.

—Nunca más necesitarás llevar bragas —sentencia y el brillo en sus ojos me dice que es una promesa.

La diversión pasa a ser frustración contenida por un deseo pendiente aún no satisfecho; las risas, gemidos. Ambos estamos al límite, nuestros cuerpos comandan sin capitán. Libero su pene y exclamo maravillada. Es grande, imponente, es más de lo que mi limitada imaginación pudo crear.

Leonard acciona los comandos y reclina el asiento. De pronto tengo más movilidad, aunque no la suficiente. Me froto contra él, su miembro se desliza por mis labios vaginales y me humedecen aún más mientras se lubrica dispuesto a invadirme, y yo no puedo pensar en otra cosa. Él parece rendido a lo mismo, se entrega al placer sin pensar en nada más que en este momento. Lo quiero en mi interior, en todos los rincones de mi cuerpo de mujer que están diseñados para darle cabida a ese hombre. Mi boca, mi vagina, mi ano. Quiero sentirlo en todas partes, quiero entregarme a él como no lo hice con nadie antes. Deseo que tome de mí todo lo que tengo para dar. Mi cuerpo lo reconoce como su dueño, clama por él.

Su glande estimula mi clítoris en el vaivén de los cuerpos. Y con eso basta para que podamos corrernos, pero no lo hacemos. Ambos queremos más.

Me elevo un par de centímetros y él dirige su pene a la entrada de mi cuerpo. Me empalo de un simple y feroz movimiento.

Grito su nombre. Él grita el mío. Y la tormenta resuena en el exterior a la par nuestra. Lo siento llenándome, lo siento más hondo de lo que ningún hombre jamás podrá llegar. Leonard me atraviesa, parte en dos mi cuerpo, mi alma. Me satisface con algo más que con intenso placer, me hace sentir mujer, viva. Y lo siento, lo siento en mi corazón, latiendo a la par que lo hace en mi interior.

Comienzo a moverme desesperada, errática. Él no me corrige, solo me guía, me enseña a buscar lo que necesito. Mis pies vuelven a golpear el panel y el techo del carro se abre. La lluvia comienza a mojar nuestros cuerpos sudorosos y galopo desenfrenada en busca de la liberación. Las gotas se evaporan al entrar en contacto con nuestros cuerpos ardientes, nada podrá apagar este fuego. Nada.

Su pelvis se roza con la mía, acaricia el lugar exacto en que nuestros cuerpos se unen. Me arqueo, Leonard enreda sus dedos en mi cabellera y tira para que le dé acceso a mi cuello. Succiona la sensible piel mientras embiste en mi interior. No necesito más, el dolor y el placer me recorren juntos y emito un grito de gloria al correrme.

—Sí, sí, Xaviera —lo escucho gemir. Mi nombre, en sus labios, en el clímax me recuerdan que ese hombre, esta noche, se estremece por mí. Es mío. No es una fiera a la que haya que domar, es una fiera a la que hay que desatar. Y mi cuerpo lo hace.

Sus embistes se vuelven feroces y absorben de mí los espasmos antes de acompañarlos con los suyos. Se corre en mi interior, me llena de su esencia de hombre y me hace su mujer.

Ya no somos Xaviera y Leonard, Leonard y Xaviera. Esta noche, somos hombre y mujer.

Lección 6
Sin vendas en los ojos

Mi cuerpo está saciado, cargado de energías. Abro los ojos y, por primera vez en años, la melancolía no me invade cuando siento la ausencia de Carlo en mi cama. No pertenece a ella, lo acabo de comprender. No existe empatía en nuestros cuerpos, nunca existió, nunca existirá. La realidad cobra sentido ante mí y puedo comprender el hecho de que él busque la satisfacción de la piel en otro lado.

Otro lado, otros cuerpos. Otras mujeres.

La luz del amanecer se cuela por mi ventana e ilumina mucho más que mi habitación.

He negado las infidelidades de Carlo hasta el hartazgo, responsabilizándome, sintiendo que la ausencia de sensualidad y atracción recaía solo en mi persona. Lo que callé, mi silencio pasado, ahora se puede transformar en la palabra correcta. Lo que me negué a ver, ahora pueden ser las imágenes que me sirvan para negociar el intercambio de rehenes. Te devuelvo tu libertad a cambio de la mía.

La paranoia no es mi fiel compañera, la sumisión lo es. Carlo la sabe y, de seguro, confía en ella. Para él soy pura estructura, desde que abro mis ojos hasta que los cierro, no me salgo del camino, no me atrevo a ello.

Sonrío, mi marido no contaba con mi desesperación, una que me llevó con pasaporte directo al hombre que me quitó la represión y la venda de los ojos

con la más sensual de las caricias.

Me lanzo a mi aventura detectivesca en el vestidor que compartimos. Hago una requisa en todo, hasta en cada uno de sus calcetines. Intento hallar lo que sea, un perfume desconocido, un rastro de lápiz labial, una servilleta de cóctel con algún dato sugestivo. Nada. Y así lo esperaba.

Recurro a invadir su fortaleza privada, su despacho de trabajo. Reviso las hojas de cada uno de los libros de negocios empresariales que enaltecen su biblioteca. De nuevo, nada. Siguiente paso, los cajones de su moderno escritorio de estilo francés, paso por alto la laptop, lo conozco demasiado bien para saber que su contraseña solo puede ser descifrada por un hacker. El mueble consta de cinco cajones, uno central y dos en cada uno de sus laterales. El cajón central no opone resistencia y, como es lógico de presuponer, tampoco me brinda tesoro alguno, solo informes sin sentido. Los dos cajones de la izquierda se rinden a mi sin necesidad de lucha, a cambio me entregan una extensa gama de plumas importadas, un cortapapeles, tarjetas de presentación en todas sus variantes posibles y contratos empresariales pasados de moda. Los de la derecha no se doblegan, los desgraciados están bajo llave.

La realidad de mi sometida vida me llevaría a abandonar mi aventura en este momento. El fuego que Leonard encendió entre mis piernas, no. Hago cálculos mentales, tengo el tiempo necesario para reemplazar los cerrojos y reponerlos sin que Carlo caiga en cuenta de mi brusca intromisión. Busco el cortapapeles, lo introduzco con delicadeza en la hendidura, una vez que siento que he alcanzado la profundidad correcta, giro con brusquedad y consigo lo que quiero, el cerrojo se rinde a mí. La decepción del tesoro que encuentro me roba los aires de triunfo, una botella del mejor Scotch Escocés y un vaso, por lo visto, la pereza de mi marido no solo se encuentra en la cama, hasta le resulta demasiado trabajo levantar su trasero para ir hasta la

barra de bebidas del salón principal. Continúo con el segundo cajón, vuelvo a disfrutar del goce de lo prohibido al forzarlo. Sonrío al imaginar el rostro de Carlo al encontrarme en plena fechoría. En él, hallo una carpeta con informes y estudios médicos, todos y cada uno de ellos llevan mi nombre y la firma de los médicos de confianza a los que recurro. Antes de hacer conjeturas, evalúo el resto del contenido, un frasco de píldoras sin rótulo alguno, ahí, oculto. Lo abro y evalúo su contenido, las píldoras me resultan más que familiares. La sonrisa de segundos atrás se transforma en una mueca que avanza por diferentes estadios, desconcierto, comprensión e ira.

¡Maldito desgraciado! Gruño sin importarme la presencia de Elisa en los alrededores.

Movida por la furia, corro hacia la cocina, abro el gabinete en el cual almaceno los suplementos vitamínicos que ingiero de manera cotidiana y arrojo el contenido sobre la isla de mármol central. Idénticas en tamaño y color, solo un detalle las diferencia, un par de ellas tienen un minúsculo grabado que le confiere su identidad farmacéutica real. Las de Carlo son blancas y lisas, las mías son la combinación perfecta de ambas. Él las está alternando, y yo, como una idiota, las utilizo...

Uno cabos en mi mente y todo coincide. Mi malestar no es casual y repentino, tiene su origen en esto. Por ello es que algunos días me siento de maravillas y otros me siento como si la fuerza vital fuese succionada de mi cuerpo por completo, no es casualidad que, estos últimos, se presenten cuando ingiero el suplemento vitamínico con continuidad.

¡Dios! ¡Esto es una locura! Mi vida lo es...

Regreso las píldoras al frasco para no poner en alerta a Elisa. La sensación de no poder confiar en nadie me aprisiona el pecho. Me abrazo a los frascos y a los informes médicos que hallé y me encamino a mi habitación.

Conservo mi historial médico en una de las cajoneras del vestidor. Voy en

su búsqueda. La ira me hace apartar con violencia todo aquello que me impide llegar con rapidez a mi objetivo. Vestidos, chaquetas, ropa interior de diseñador que nunca fue utilizada, pantys... al suelo. Finalmente encuentro lo que busco, mis últimos análisis sanguíneos, aquellos que no muestran deficiencia alguna. ¡Mentira! ¡Una vil mentira! Compruebo las fechas y el informe en general, es una copia casi perfecta, lo único fuera de lo común son las cifras que exponen, en los que Carlo oculta hay evidentes valores desequilibrados, glóbulos rojos bajos, glóbulos blancos por lo alto, y sin fin de parámetros desbordados por sobre lo estándar.

Los médicos mienten. Carlo me miente. Mi vida es una mentira por donde se la mire.

Tiemblo, presa de la peor sensación de soledad mezclado con profundo odio. Me duele el cuerpo, la piel, siento un vacío en mi pecho. No puedo respirar... No, no puedo.

Camino hasta el gran ventanal que corona mi habitación, deslizo el cristal para permitirle el ingreso al aire puro de afuera. Respiro. Pienso. Exhalo. Lloro.

Carlo me cree manipulable, desechable.

Cree...

Se equivoca.

Tomo el teléfono, en el instante presente de mi vida solo confío en dos personas, una es Alice, que se encuentra en un viaje al otro lado del mundo, la otra es inesperada, nueva. Es la persona que puso mi mundo de cabeza y me hizo ver: Leonard McGuire.

La conversación telefónica que mantuvimos duró menos que un suspiro, al cabo de unos segundos, a su extraña y dulce manera, me obligó a ir a casa.

Estaba en lo cierto, estaba en plena crisis de nervios, y sentirlo cerca de mí

era lo que necesitaba para encontrar la calma. Llevaba sin verlo un día y ya me parecía una eternidad, la tragedia de mi vida me permitía una excusa, una que iba a aprovechar.

Los ánimos de sensualidad están apagados en mí debido a los recientes acontecimientos. Me subo al mini cooper vestida de forma casual, pantalones de jean, camisola de seda color salmón y zapatos de tacón que me permiten manipular los pedales sin problemas.

Me lanzo camino a la bahía llevando conmigo los informes médicos y las píldoras en cuestión, así lo exigió Leonard.

Cuando llego a la casa, me encuentro con la sorpresa de su persona en el umbral. Espera por mí. En sus ojos veo el reflejo de preocupación, y me siento feliz al saber que yo soy importante para él.

Aparco mi carro y voy directo a sus brazos. Leonard hace su parte, me envuelve con ellos, regalándome la calma que fui a buscar.

—¿Te encuentras bien? —murmura con sus labios pegados a mi frente.

—No lo sé.

Es la pura verdad, me siento flotando en una nebulosa.

—No te preocupes, voy a encargarme de darte una respuesta. Ven...

Caminamos abrazados hasta el interior de la casa, una nueva sorpresa se apersona ante mí, una mujer de cabellos rubios que aparenta tener unas cuantas décadas encima, vestida de manera formal y elegante. En sus brazos carga con una chaqueta.

Antes de que pueda hablar o hacer hipótesis alguna, Leonard me brinda su total atención.

—¿Has traído lo que te pedí?

Se refiere a las píldoras, pretende hacer un análisis de las mismas.

—Sí —digo hurgando en mi bolso. Se las entrego.

Con lo que desea en su poder, hace las presentaciones necesarias.

—Xaviera... ella es Johana, la mujer que mueve los hilos invisibles de esta casa. —La mujer sonríe y me saluda con un sutil movimiento de cabeza—. Vas a quedarte bajo su cuidado hasta que yo regrese.

—¿Hasta que regreses? —La pregunta se me escapa como un susurro. No quiero quedarme ahí, sin él.

—Estaré un par de horas fuera y, cuando vuelva, lo haré sin más incógnitas. —Toma mi rostro entre sus manos—. Mientras yo no estoy, disfruta de mi vida —finaliza esa bella invitación con un delicado beso en mis labios.

De inmediato, la chaqueta que Johana sostiene se desliza por los brazos de Leonard. Se despide de ambas y se marcha. Recién cuando oímos el rugido de su motor, la mujer rompe el silencio.

—Señorita Fontaine...

—Xaviera, por favor—la interrumpo con amabilidad. No soy señorita, mi estado civil exige el trato de señora, pero ya no puedo soportarlo. Ante la ausencia de un título apropiado para anteponer a mi primer apellido, el tuteo me parece la mejor de las opciones.

Vuelve a sonreír y me hace sentir a gusto.

—Muy bien, Xaviera será. —Hace una pausa y retoma la palabra—. Xaviera, acompáñame, tengo órdenes de hacerte sentir como en tu casa.

No puedo evitar quebrarme en una carcajada.

—¡No, por favor, no! ¡No quiero que esta casa se compare a la mía en lo absoluto!

La expresión de desconcierto en Johana es evidente.

—¡Vaya, me has puesto en jaque mate, Xaviera! Acabas de arrojar mis planes al cesto de la basura—bromea.

Lo que necesito es distenderme, olvidar, bromear.

—¿Y cuáles eran tus planes?

—Guiarla al salón de entretenimiento para que disfrute de lo que se le plazca.

—Permíteme corregirte, Johana, esos son tus planes para conmigo... y yo, yo te pregunté sobre «tus» planes.

—Oh, ¿mis planes? Organizar la semana del Sr. McGuire.

Johana se presenta ante mí como un oráculo de sabiduría. Sí quiero conocer lo que ninguna otra mujer conoce de Leonard, debo de exprimirla como una naranja.

—¡Pues eso sí me parece entretenido!

Pese a las terribles circunstancias en las que me encuentro, estoy de buen humor. El poder de dejar caer la venda que cubre mis ojos inyecta en mí una dosis de fuerza extra. Ya no me encuentro desorientada, ciega, manipulada como una marioneta. Soy capaz de ver los hilos que me mueven, de comprender lo que me sucede y el porqué de tantos años de sumisión.

Libertad. Leonard me permite sentirme libre. Libre de las ligaduras psicológicas de Carlo, de mi cuerpo al que han enseñado a reprimir todo aquello que no es propio de una dama.

Sigo los pasos de Johana por la casa y observo mi alrededor como una niña curiosa. «La curiosidad mató al gato», me recuerdo, pero ya no sigo las reglas.

Los secretos de Carlo me han permitido ver la verdad detrás de él, ¿qué descubriré de Leonard?

Mi cuerpo, mi mente, mi alma lo reconoce, pero la mujer que hoy se presenta ante él no es la misma que tembló en sus brazos en un tocador de mujeres semanas atrás. No. No quiero ir ciega a brazos de otro hombre, no quiero que me manipulen nunca más.

La primera tarea de Johana me resulta entretenida y banal, de todos modos,

es tan personal y reveladora como ver el cuerpo desnudo de Leonard tras hacer el amor.

—El señor solo compra en tiendas sustentables —comenta mientras revisa las alacenas y marca en un *check-list* las cosas que están en falta—. Por lo tanto, su alimentación se basa en los productos de temporada.

—¿Y si un producto está en falta, no puede llevar una dieta poco balanceada? —inquiero, preocupada por su ingesta. Si los médicos me han dado vitaminas fue por la falta de nutrientes… me detengo en mi diatriba ¡Si los médicos me han dado vitaminas fue para envenenarme en complicidad de Carlo!

Intento apartar ese pensamiento de mí, no me parece correcto que Johana se sumerja conmigo en un nubarrón de ira que no le corresponde. Respiro profundo en busca de calma para regresar mi atención a la conversación casual.

—No, Xaviera, pronto comprenderás la mente de Leonard. Es un convencido de que la naturaleza nos da todo lo que necesitamos. Si no hay carne de res, entonces nos dará pollo, o pescado, o tofu.

Extiendo mi mano para que me entregue la lista, y con diversión comienzo a revisar las alacenas. Cuando terminamos, entiendo que a Leonard no le faltará nada.

El siguiente paso es su agenda diaria, y la tarea se me presenta como una divertida travesía.

—En este caso no tendremos demasiado trabajo. —La mujer me guiña el ojo con complicidad—. Las cuestiones de negocios las trata Carmen, su secretaria, yo solo me encargo de su vida social, la cual está en reposo desde que la conoció. —Finge un exabrupto, como si lo último se hubiese escapado de su boca sin su control.

Me siento halagada, y Johana me sonríe por mi evidente sonrojo. La

complicidad se convierte en la base fundamental de nuestra reciente amistad. Con la confianza propia de esa amistad, tomo su agenda y reviso los días anteriores a nuestro primer encuentro. La lista de amantes está sin nombres reales, tan despersonalizado que un escalofrío me recorre. Por el contrario, mi nombre aparece escrito desde la primera lección.

Una cita médica llama mi atención, y me preocupa que pueda tener algún problema de salud.

—Se realiza los controles anuales con rigurosidad —aclara Johana—, pero este año, además, ha decidido practicarse una vasectomía.

Mi mente me grita que es demasiado privado, que no debo indagar por ese lado y, por sobre todo, me recuerda que esa información no debe importarme. Imposible, una inesperada presión en mi pecho me dificulta la respiración. Mi mundo se desmorona, por segunda vez en el día, ante la noticia. Leonard no quiere hijos y eso es lo que más anhelo en el mundo. ¿Acaso te has hecho ilusiones, Xaviera?, me reprendo, ¿acaso te has mentido tanto para no ver que eres solo una amante del momento? La respuesta es sí, sí lo hice.

El trato especial que Leonard me dispensa me hizo creer que era distinta, que soy la mujer que viene a quedarse a su lado. Error. Una amante diferente, tal vez hasta un desafío, pero amante al fin. Eso es lo que soy. Contengo las lágrimas, tengo que tomar grandes bocanadas de aire para conseguirlo, y Johana es testigo de mi malestar.

Posa su mano en mi antebrazo con cariño y comprensión. En sus ojos color chocolate veo dulzura, una dulzura que me envuelve tanto a mí como a Leonard.

—Querida, permíteme hablar con la confianza que me has otorgado, no temas en reprenderme si me excedo, pero… tengo ojos, veo lo que está a mi alrededor. Has atravesado las barreras de Leonard, pero, aun así, hay cosas que no se pueden cambiar.

—¿Tan transparente soy? —me lamento. Ella me sonríe.

Johana me acompaña de nuevo a la cocina, y me apuro a ser yo quien prepara el té para ambas. Disfruto del cambio, de romper con la estructura de mi casa, de saber que a Leonard no le molestaría la camaradería que surge entre su empleada —que parece ser más que eso— y yo.

El Earl Grey está nuevo, tengo que romper el envoltorio con el sello de una importante marca inglesa antes de agregar las hebras a la tetera.

—Es un ítem nuevo en la lista —me explica—, lo sumó la semana pasada al enterarse de tus preferencias.

Intento una sonrisa que muere en mis labios antes de ser completa. Esos son los detalles que me llevan directo y sin escala a mis sueños, a mis anhelos. Cosas que, ahora sé, son tan vacías como lo fue mi vida hasta el momento. En cambio, Leonard se mueve bajo el telón de la certeza, sabe lo que quiere y lo que no. Yo no estoy en sus planes, nunca lo estaré, no soy lo suficientemente buena como para quedarme a su lado, para construir una vida juntos. Él no quiere familia, no quiere lo que yo más deseo dar.

Debo convencerme de la verdad, esto que estamos viviendo es un episodio más dentro de una gran fantasía, si me aferro a esa premisa puedo disfrutar de que lo suceda.

Es temporal, y pienso vivir esta experiencia tanto como dure, para llevarme los buenos recuerdos. Y luego… luego nada. Buscar un reemplazo, cuando sé que es imposible.

Le extiendo a Johana una taza humeante y ocupo un lugar frente a ella, mi rostro expresa las dudas que me carcomen y la mujer se apiada de mí brindándome información.

—Leonard no tuvo una infancia feliz, Xaviera, y esa infelicidad le recorre las venas hasta hoy. Ha reemplazado la falta de afecto con dinero, con éxito, porque es lo único que conoce.

—Yo también es lo único que conozco y, sin embargo… sin embargo quiero más.

—Me alegro por ti, querida. De corazón, es bueno saber que hay algo más allá de la riqueza, y que todos lo merecemos. Quizá… quizá tengas que hacerle ver eso a Leonard, piénsalo.

No, no puedo pensar en este momento. Mis inseguridades salen a flote, escapan por mis poros hasta volverse aire, el aire a mi alrededor que es asfixiante.

—¿Puedes contarme de su infancia? —pregunto, quiero comprender al hombre que se cuela bajo mi piel, necesito saber todo de él. De ese modo, en el breve tiempo que dure nuestra relación, seré capaz de darle lo que necesita, como él me lo brinda a mí.

—No sé demasiado… aunque lo que sé, es cierto y no está teñido de morbo e intención de daño —dice con malestar, le molestan tanto como a mí los rumores que corren sobre Leonard—. Su padre era un ebrio golpeador, que llevó a su madre al suicidio. Él tenía menos de dieciocho años cuando descubrió que la única forma de conseguir algo para comer era trabajando para una madame inescrupulosa. Lo demás… lo demás son detalles escabrosos. Que si tuvo cien o mil clientas, que si una de ellas lo compró de manera definitiva para luego liberarlo… No te dejes llevar por esos rumores, permítele a Leonard que te cuente su verdad.

Asiento en silencio antes de levantar las tazas y seguir con la rutina de Johana. Las cláusulas de confidencialidad que le exigí al inicio de nuestro juego comienzan a hacer eco en mi mente. Él tiene derecho a reclamar lo mismo, y yo debo respetarlo de igual manera.

Leonard llega cuando estamos en pleno descanso en el jardín. Lamento no haber traído mi bañador, pues la piscina se presenta ante mí como una

deliciosa tentación.

Mi rostro muta al ver la expresión en el de Leonard. No trae buenas noticias, eso puede leerse a kilómetros de distancia.

—Xaviera, tenemos que hablar —dice y su voz, siempre sensual cuando se dirige a mí, suena ahora imperativa.

Johana se aleja para brindarnos la intimidad que necesitamos. Me apuro a hacer más té, él opta por servirse café, parece necesitar de la dosis de energía que solo esa bebida puede otorgarle, apenas bebe un sorbo. Sin demorar más lo inevitable, me invita a regresar al interior de la casa.

Me acerco a él temblorosa. La conversación de minutos antes vuelve a mí y lo observo con un deje de pesar. Me duelen las ilusiones rotas, a la vez que me duele saber que él está roto por dentro, que carga con un pasado de dolor que le impide aspirar a más. En eso nos parecemos, la ausencia de amor ha dejado huellas en ambos y nos ha convertido en lo que hoy somos. Lo que nos diferencia es la escenografía de vida pasada, la mía estuvo rodeada de lujos, la de él, de necesidades básicas insatisfechas. Pero por sobre ello, lo que nos diferencia es el resultado final, él se transformó en un orgulloso sobreviviente, y yo, en un ejemplo de la rendición total.

Quiero construir una nueva realidad para mí, y quiero que él obtenga lo mismo. Quiero romper su estructura, y atravesar los muros imaginarios que lo rodean, quiero ser la clase de mujer que necesita. Quiero… ¿Puedo? La vieja Xaviera toma el control. Me hace flaquear.

Ojalá me sintiera confiada.

Aunque en estas últimas semanas he dejado atrás el tiempo de sumisión, y renazco como una nueva Xaviera en sus brazos, segura, decidida, sé, en el fondo de mi corazón, lo sé, no soy tan fuerte. Apenas si puedo con la cruz de mi pasado como para ayudarlo a cargar con la suya.

El fracaso es el designio de mi existencia. He fracasado una y otra vez,

como hija, como esposa, como mujer. No toleraría hacerlo de nuevo, no cuando Leonard puede salir herido.

Me escondo en mis silencios y eso parece molestarlo. Puedo ver en sus ojos negros que desea zamarrearme, hacerme reaccionar, que me embeba de su preocupación.

—¿Y bien? —lo incito a hablar.

—Tal y como sospechábamos, las píldoras no son vitaminas, pero ni en la más absurdas de mis hipótesis… —se interrumpe para tomar aire y yo, al verlo, tengo la imperiosa necesidad de acercarme a él. Lo rodeo y apoyo mi mano en su hombro, Leonard la toma y, con inusitado cariño, la besa. Besa mis nudillos como la noche que nos conocimos. Nuestras miradas se unen con entendimiento, él espera que yo asienta antes de continuar, teme lastimarme con la verdad, pero yo estoy lista para otro embiste de la vida—. Es un psicotrópico —remata.

—¿Un qué? —El significado de las palabras me llegan, sin que me atreva a procesarlo.

—Un medicamento que…

—¡Lo sé, Leonard, ya sé qué es un psicotrópico! —exclamo histérica. Él se pone de pie para abrazarme y que no me derrumbe a sus pies como noches atrás.

—Intento comprender qué busca Carlo, pero no lo logro.

—Enloquecerme, matarme —confirmo sus sospechas—, eso es lo que busca.

Leonard me acompaña al sofá, me insta a acomodarme en él. Flexiono las rodillas y las rodeo con mis brazos. Busco hacerme pequeña, desaparecer. No lo entiendo…

Vuelvo a observarlo. Camina de punta a punta de la sala como un león enjaulado, mientras yo no puedo dejar mi estupor. Mi conversación con

Johana me ayuda a entenderlo, a ver el dolor que no se atreve a manifestar. Él, mejor que nadie, comprende la violencia. Yo salté sus muros como una intrusa, me adentré en su intimidad fisgoneando. No tengo más remedio que compensarlo con sinceridad.

—Mi madre se suicidó —confieso—, cuando yo era pequeña. No soportó más la vida junto a mi padre…

—Lo sé.

—¿Cómo? —pregunto, confundida.

—Lo siento, Xaviera, pero hice algunas averiguaciones sobre ti. No lo tomes a mal —agrega sin culpa alguna—, suelo asegurarme de las intenciones de las personas que se acercan a mí.

Sonrío con pena. No me duele su desconfianza, ya no. ¿Cómo no protegerse? Si yo hubiera sido tan cautelosa como él, no estaría en esta situación. Además, aunque mis indagaciones sobre su vida no fueron más que chismes, también lo hice.

—Lo entiendo. De todos modos, dudo que algunos detalles salgan a la luz incluso en las más minuciosas investigaciones. Mi madre tomaba un medicamento similar para limitar sus paranoias. Debí verlo… sospecharlo… soy tan idiota.

Me meso el cabello y lo despeino aún más. Leonard se acerca y lo retira de mi rostro para poder observarme en detalle.

—No eres idiota, Xaviera, eres inocente. Y es esa inocencia la que… —calla ante su confesión.

No lo presiono, no quiero escuchar lo que sigue. Hace unas horas, hubiera matado por esas palabras. Ahora… ahora no quiero que nada haga más dura nuestra despedida.

—Mi madre tenía los mismos efectos secundarios. Las náuseas, la apatía, los mareos y desmayos…

—Me preocupan más los efectos principales que los secundarios. Desde que me dieron los resultados que no dejo de pensar ¿qué busca Carlo? Sí... sí… —se apura a interrumpirme—, quitarte del medio, pero cómo. El cómo es lo que me carcome, Xaviera.

—La sensación —explico—, la sensación que me abruma por las mañanas cuando ingiero la píldora es la del total vacío. Supongo que si eres esquizofrénico es un buen cambio, pero para mí, ese vacío es insoportable… es… es lo que me empuja a buscar salidas desesperadas. Es lo que me empujó a tus brazos esa noche. —Las lágrimas cobran vida y comienzan a inundar mi mirada, a empapar mis mejillas. Leonard las seca con el pulgar y me obliga a mirarlo a los ojos, a encontrar en ellos el resguardo, la protección que necesito cuando estoy vulnerable.

—No buscaba empujarte a brazos de otro hombre —pone en palabras la evidente conclusión—, busca empujarte al suicidio.

Y con esa declaración en el aire, la expresión de Leonard se endurece hasta que me infunde miedo. Su ira es palpable, se mezcla con mi temor para cargar el ambiente de estática.

El temor se vuelve una realidad, se hace carne de mi carne. Ya no soy la misma mujer que se paraliza, hoy sé que puedo enfrentarlo. Que tengo que hacerlo por mí. Carlo amenaza mi cuerpo, Leonard, mi corazón. Debo alejarme de ambos… debo…

Me pongo de pie con presura y una determinación nueva para mí.

—¿Adónde crees que vas? —espeta y su voz hace que un escalofrío me recorra desde la espina dorsal.

—A hacer lo que debí hacer mucho tiempo, lo que debí hacer en lugar de buscar salidas desesperadas… Voy a pedir el divorcio —«Voy a alejarme de ti», completo mi nuevo objetivo.

No puedo dejar que me rompan el corazón, es lo único que ha quedado

intacto en todos estos años, es lo único que me pertenece a mí y a nadie más. No soy tan fuerte para sobrevivir a eso, pero sí para sobrevivir a Carlo y sus malditos planes psicóticos.

—¡Xaviera, aguarda, no hagas locuras! —intenta alcanzarme. Yo corro hacia mi mini cooper—. No lo entiendes, Xaviera, no sabes todo.

—Sé todo lo que tengo que saber, ¡Me quiere matar! ¡Quiere la fortuna que mi padre puede otorgarle sin tener que vivir con el estorbo que resulto ser! No necesito más que eso. Y esto —agrego alzando las pruebas médicas que recapturé a mi salida.

Ocupo el asiento del carro y acelero sin más. Las ruedas chirrían y levantan parte de la gravilla gris del ingreso de la mansión. Llevo mi pie al fondo del pedal, para alejarme rápido de ahí, de Leonard, del mayor de mis temores.

No hay a dónde huir. Llegué tarde, ya no puedo escapar. Mi corazón le pertenece, mi dolor es inevitable, pero aún puedo mentirme un poco más. Solo un poco más...

Lección 7
Libérate de las cadenas.

Quiero romper mis cadenas, abandonar la jaula. Como aquella noche en la que llegué al borde del acantilado y encontré el fin a la vida que me tenía prisionera, ahora, ante la maquiavélica verdad oculta en Carlo, vuelvo a liberarme. Este es el final definitivo. Mi nuevo principio.

Contraté los servicios de un abogado desconocido, todos los que me rodean tejen telarañas que los une a las de mi marido y mi padre. El panorama que mi brinda no es ni agradable ni luminoso, la cláusula esencial de mi contrato pre-nupcial es el dinero. Si Carlo se separa de mí, el dinero, los bienes, todo regresa a los Fontaine. Si yo me separo de él, el resultado es el mismo. Viktor se aseguró mi futuro a fuerza de coacción total. Carlo no va a permitir que me aleje de él, me va a mantener a su lado hasta que la muerte nos separe.

¡Maldito, mil veces maldito!

Corro al retrete a vomitar, el nuevo malestar poco tiene que ver con los residuos de los psicotrópicos en mi sangre. Expulso de mi cuerpo el silencio contenido y los rastros de niña buena, para dejar que la ira se apodere de ese espacio vacante.

La única alternativa que tengo es exponerlo, y para lograrlo, debo trazar el mapa de su plan e ir pasos hacia atrás. ¿Cuánto tiempo lleva planeando esto? Los malestares comenzaron hace un par de meses, luego de que mi padre decidió quitarle el protagónico dentro de la junta principal de la corporación Fontaine. Nada es casual, ¿verdad? Si Carlo quiere sobrepasar a mi padre

para tomar el control total debe valerse de las acciones que mi madre dejo a mi nombre y que, bajo otra cláusula de contrato, quedan en control de Viktor. Sin mi presencia en este mundo, esas acciones tienen el pasaporte directo a mi marido.

¡Idiota! ¿Cómo no lo vi?

Agradezco a mi estúpida memoria y a su desapego el hecho de no haber sucumbido rápido a sus planes. El olvido me hizo saltear la toma de las píldoras, posiblemente, por el reconocimiento silencioso de su sin sentido. ¡Vitaminas! ¿Para qué? Para preparar mi cuerpo para un óptimo embarazo. ¿Embarazo? Dios, si Carlo apenas me toca, apenas mi mira.

Río, el cinismo se apodera de mí. Quiero gritarle a la cara... quiero gritarle:

¡Gracias, Carlo, tu codicia me quiso empujar a la muerte, pero tu desprecio fue tu peor error!

Debo ir en busca de ayuda pertinente para lograr quitar la alfombra bajo sus pies y exhibir su suciedad al mundo. No puedo contar con mi padre, al fin de cuentas, mi muerte sería la fresa del pastel para él también. Una piedra menos en el camino.

Recurro a Alice, quiero alejar a Leonard de mí. Esta es mi vida y ya ha quedado bien claro que él no quiere un lugar en ella, solo bajo las sábanas, la fachada de hombre que construyó no le permite nada más.

Mi amiga me facilita el contacto de un investigador privado que ha utilizado para sacar a la luz la infidelidad de su primer marido. Según ella, brinda servicios serios y con total discreción. Eso es lo que requiero, las alarmas aún no deben de sonar. Xaviera Fontaine debe seguir siendo una perfecta estúpida ante los ojos del mundo.

Concierto una cita para esa misma tarde, no quiero más demoras. Me recuerdo, este es el principio del fin, y no pienso dilatarlo más. Según la secretaria de Carlo, él estará de regreso en un par de días. Si los hago valer,

puedo conseguir mi primer triunfo.

Tomo un ducha rápida y fría para calmar los impulsos asesinos hacia mi marido. Me visto con ropa deportiva, las oficinas del investigador están lejos de las zonas que habitúo transitar, de todas maneras, quiero evitar que alguien me reconozca y cualquier posible murmuración a futuro. Guardo en el bolso la información que tengo y una muestra de las píldoras para que él mismo haga los análisis si lo desea. Cuando estoy a segundos de abandonar la casa, el sonido de unas llantas de automóvil en el pavimento, me paralizan.

Lo primero que hago es pensar en Carlo. ¿Regresó antes de la previsto?

Me altero, mi respiración se agita. Siento que mis planes van a desfallecer ante él de la misma manera que mi cuerpo lo hizo la otra noche ante Leonard.

El temor me invade. Carlo consigue eso, infundirme temor, siempre temor y no sé si alguna vez voy a poder huir de eso.

Antes de perder el control y entrar en una crisis de nervios sin motivo, me acerco hasta la ventana que da al pórtico para constatar mi suposición.

Es el Tesla de Leonard.

¡Mierda! ¿Qué digo? Es Leonard. Punto.

¿Qué hace aquí? Sé que no he respondido a sus mensajes y llamados estos últimos dos días, pero para el Leonard McGuire que conozco, eso no basta como argumento para justificar su presencia.

Desciende del vehículo enfurecido y yo abro la puerta de par en par antes de que la embista como un toro salvaje.

—¿Por qué no respondes a mis llamados, Xaviera? —demanda con el fuego en la voz y temo que la intención de impedir su embiste no se concrete. Viene hacia mí...

Se frena a centímetros de mi cuerpo. Lo inesperado de su presencia me ha hecho enmudecer.

—Respóndeme ¿Por qué huyes de mí? ¿Por qué huyes de mí cuando en

realidad lo que tendrías que hacer es huir de todo esto?

—Son varias preguntas y no sé por dónde comenzar. —Leonard me provoca muchas sensaciones, pero ninguna de ellas es comparable al temor. Con él puedo ser libre, libre al callar y al decir.

—Sí lo sabes. Dame una justificación lógica a tu huida y tu silencio.

Quiere eso, pues se lo doy. Con gusto lo hago.

—Necesitaba descansar, acallar las frenéticas voces en mi cabeza... ¿Y sabes qué descubrí? Que tú eras una de ellas. ¡Leonard, Leonard, Leonard! —Estallo por él y contra él. La culpable de todo soy yo, de permitir, de desear, de sentir. No voy a utilizarlo como un salvavidas, no, quiero salir a flote por mis propios medios. Por primera vez en toda mi patética vida, quiero salir a flote y respirar—. En los últimos días has sido tú y nadie más que tú, te convertiste en el amo y señor de mi fantasía más real. La maldita nueva luz en medio de mi cotidiana oscuridad. —Poner en claro mis sentimientos duele, la verdad lo hace—. Anoche, aquí, en el castillo de la soledad que habito, me di cuenta de algo... te añoro, Leonard, lo hago de una forma que no está en tus planes y, la verdad, te lo agradezco. Te agradezco que yo sea una más, te agradezco no ser merecedora de un lugar junto a ti. Ahora lo sé, Carlo, tú, se diferencian por completo, pero para mí... para mí solo es cambiar de dueño...

—Yo jamás seré tu dueño —me interrumpe alejando de él la furia inicial, el brillo en sus ojos me demuestra que es otra su intención.

—Verdad, yo jamás seré algo para ti, excepto la nada. —Las palabras se me escapan. La decepción lo hace. No me importa. Quiero romper todas las cadenas, inclusive, las que me atan a él.

—¿Nada? Te piensas que estaría aquí si eso fuese verdad.

—No sé por qué estás aquí, Leonard, sinceramente, no lo sé.

No tengo más palabras para obsequiarle, me entrego al silencio para que comprenda que no puedo más. No puedo más con esto, con él.

Cierra la puerta tras de sí para forzarnos a la intimidad del hogar. En segundos, su perfume me invade, recorre mi casa y la inunda arrebatándole la soledad a las paredes.

—Ve por algo de ropa —me ordena—. Nos marchamos de aquí.

No piensa dar más detalles. Se comporta como aquello de lo cual deseo escapar.

—No, no voy a hacerlo. Por si lo olvidaste, esta es mi casa, soy la mujer de Carlo Trento.

Digo sin aires de provocación.

Digo para librarlo de la estúpida idea de responsabilidad que lo ata a mí.

Digo para recordárselo a mi corazón.

La reacción menos esperada lo posee, me toma del brazo con fuerza para acercarme a él. La presión de sus dedos me duele.

—¡Te equivocas, eres más mi mujer que de él! ¿Tengo que demostrártelo?

Enfurezco al darme cuenta de que mi pensamiento anterior no está equivocado. Una posesión más... para Carlo, para Leonard.

—No, acabo de darme cuenta de ello. Suéltame que me lastimas —le reclamo. Él es puro fuego en este momento, y yo, puro hielo. Lo nota. Me libera—. Y hazte a un lado, por favor, que necesito marcharme.

—No, tú hazte a un lado —dice esquivando mi cuerpo y lanzándose sin invitación a la contemplación de mi casa.

Va directo a la escalera, sin permiso, sin importarle nada. Lo sigo. Llega al primer piso y abre las puertas de todas las habitaciones hasta dar con la mía.

—¿Qué haces?

—Lo que hace tiempo alguien debió de hacer por ti, obligarte a marchar.

Lo alcanzo cuando ya está dentro de mi habitación, me detengo en la puerta para tratar de comprender lo que quiere hacer. Lo observo, va directo al interior de mi vestidor. De inmediato sale con una de mis maletas y la

arroja sobre la cama. Luego desaparece para regresar a los segundos con prendas de ropa.

—¡Tú estás loco! —digo en un grito que apenas me abandona.

—¡No, tú lo estás si piensas quedarte un minuto más bajo el techo de un asesino!

Voy hasta él y le quito mis prendas de sus brazos.

—Esa es mi decisión, no la tuya.

Faltándome el respeto de forma definitiva, me empuja con delicadeza, me quita la ropa que capturó y la coloca dentro de la maleta.

—¡Detente! —grito cerca de su oído para alterarlo más de lo que está. Tal vez así... tal vez así regrese a sus cabales.

—No, te vienes conmigo y eso no se discute.

¿Por qué se empecina en regalarme la brisa de aire fresco de una ilusión que no tiene un buen fin?

Como yo, Leonard es incapaz de poner en orden sus sentimientos.

—Ir contigo... ¿A dónde?

—A mi casa, dónde más —dice y se pierde en el interior de mi vestidor de nuevo.

—¿Tu casa? —repito con ironía—. Si mal no recuerdo, solo hay una habitación para mí en esa casa, Leonard —resalto su nombre con énfasis—. ¿Acaso piensas reemplazar el sillón por una cama?

—No digas tonterías, Xaviera, no es el momento.

Quiere pasar por alto mi comentario, sabe que tengo razón con mi planteo. ¿A qué vamos a jugar? ¿Qué fingiremos bajo ese mismo techo?

—Esto es una tontería—rebato con una certeza que nos eriza la piel a ambos.

Deja caer al suelo la ropa, camina hasta mí, me enfrenta.

—Tal vez es una tontería, Xaviera, no lo sé, eso lo que trato de averiguar.

Acaricia mi rostro y, tomándome de la mandíbula con dulzura, me acerca a él.

Roza mis labios con los suyos una y otra vez hasta lograr que se rindan a él, sin darme tregua, introduce su lengua en busca de la mía en un juego sensual que despierta a mi cuerpo dormido, apagado, la realidad que me desborda. El calor de sus labios, la humedad de su lengua me enloquecen. Sin más, me sumerjo en ese beso y aparto todo posible razonamiento. No quiero pensar, no puedo hacerlo, con Leonard solo puedo sentir.

Se aleja de mí de repente, me atraviesa con la mirada, indaga en mis ojos una respuesta que yo no puedo darle. Lo que nos sucede es desconcertante para ambos, y saberlo potencia las sensaciones que me provoca. Quiero más de él. Siempre voy a querer más de Leonard.

Lo tomo del cuello y, esta vez, la que inicia el beso soy yo. Nuestros labios se reencuentran y nuestras lenguas danzan en un mar de fuego compartido. Deseo acariciarlo, y lo hago. Primero me deshago de su chaqueta, luego, por sobre la delicada tela de su camisa, recorro sus hombros, su espalda. Leonard responde de la misma manera. Sus manos comienzan a deslizarse por mi cintura hasta llegar a mis muslos, los aprisiona con las manos, con la única intención de forzarme al choque total de nuestros cuerpos.

Ya no hay vuelta atrás, ambos lo sabemos, y dejamos salir el ansia contenida.

Como un par de noches atrás, rasgo su camisa, los botones vuelan por el aire, la deslizo por sus hombros, le desabotono las mangas y la dejo caer al piso.

—Xaviera —murmura sobre mis labios—. Me debes dos camisas... —bromea para controlar la excitación.

—No, te debo mucho más que eso.

Mis palabras le dibujan una sonrisa en los labios, algo que no recuerdo

haber visto jamás.

Busca mis manos y me invita a envolverle el cuello con ellas. Lo hago. Él acaricia mi rostro mientras sus labios vuelven a atacarme. Esta vez juega con ellos, me provoca. Yo me aferro a su cuello invadiendo su boca con mi lengua, concretando, al fin, el beso. Su respuesta es inmediata, captura mis muslos, me alza a la altura de sus caderas. Yo me abrazo con mis piernas a ella. Así, entre caricias y besos, me recuesta sobre la cama, esa que durante años compartí con Carlo. Fría, sin memoria. Una cama que parece haber estado esperando desde siempre por su calor.

Sin ocultar la sonrisa de satisfacción en su rostro, me quita el calzado y desliza mi pantalón hasta dejarme en bragas.

Yo pretendo exponerlo a iguales circunstancias. Lo obligo a recuperar la verticalidad en el borde de la cama y, con picardía, busco el contacto de sus ojos. Cuando lo consigo, sin apartar mis ojos de los suyos, le desabrocho el cinturón. Acompaño el descenso del pantalón con mis manos y le acaricio los muslos. Leonard le pone fin a mi provocación sacándose los zapatos con la ayuda de los pies. Me arrodillo en la cama para poder disfrutar de la totalidad desnuda de su trabajado y musculoso pecho. Lo rozo con mis labios mientras que, con mis manos, disfruto del contacto de su abdomen y bajo vientre. Siento emerger a su masculinidad, latir contra mí. Me enciendo por completo, lograr con él aquello que me creía incapaz de provocar en un hombre eleva mi excitación a límites nunca antes conocidos por mi cuerpo. Leonard me desea tanto como yo a él y, víctima de esa sensación, reacciona, toma el control. Aleja mis manos de su cuerpo y, girándome con brusquedad, me pone de espaldas a él. Me quita la remera y desabrocha mi sostén para ir en busca de mis pechos demandantes, los aprieta con delicadeza, los acaricia y los vuelve a apretujar. Convoca a mis pezones y ellos le responden, se endurecen ante su contacto. Juega con ellos torturándome hasta saciarse, para

coronar el momento, aprisiona con su boca el lóbulo de mi oreja y la mordisquea.

Me rindo. Me entrego. Regreso a mi rol de sumisa por placer, por el placer que solo Leonard sabe darme. Hoy le permito ser mi maestro. Hoy le permito todo.

Con la entrega ya confesa de mi cuerpo, pone su rol de prestidigitador sobre la cama y hace su magia, mientras su mano izquierda tortura a mis pechos, la otra desciende haciéndome vibrar con cada roce y caricia. Recorre mi abdomen hasta llegar a mi ombligo, hace círculos en torno a él. Su boca se ocupa de mi cuello, lo humedece con besos. Entre caricias y besos, su mano continúa el camino hasta llegar a mi expectante sexo. Lo recibo, húmeda, ansiosa, ardiente.

Con suavidad, sus dedos comienzan a invadirme. Vibro, gimo. Roza mi clítoris, una vez y otra vez; yo muevo mi cadera acompañando el movimiento de sus dedos. La humedad me desborda. Vuelvo a gemir.

—Leonard... —elevo su nombre al cielo como una falsa plegaria. Lo quiero dentro de mí.

Sus planes son otros. Captura mi clítoris, tira de él como una sensual llamada de atención. Dolor y placer comulgan en mi sexo. Regreso a la sumisión, al placer. Cuando recupera mi entrega absoluta, vuelve a estimularme haciendo círculos alrededor del centro de mi excitación e introduce un dedo.

—Tú sí que sabes darme la bienvenida, Xaviera —murmura complacido en mi oído y luego introduce otro dedo—. No me voy a cansar nunca de complacerte.

Mi cuerpo comienza a convulsionar como una inevitable respuesta a sus caricias y a sus palabras. Es la combinación de ambas cosas lo que me lleva a ese hermoso límite.

Con la última gota de poder de voluntad que me queda, arqueo mi espalda para elevarme, choco contra su espalda y me aferro a su cuello, al hacerlo mis pechos se elevan expectantes de él, de su mano, de todo. La excitación que provoca en mi cuerpo, en mi piel, en mi alma, es casi intolerable. Voy a morir ahí, en sus brazos. Leonard McGuire va a matarme y yo... yo acepto esa muerte entregándome al primero de mis orgasmos.

Mis piernas pierden la fuerza, busco soporte en la cama, y Leonard me libera de la invasión de sus dedos. Me apoyo con las palmas y sobre mis rodillas, elevo mi trasero a él para demostrarle que estoy dispuesta a más. Siento el roce de su miembro y mi cuerpo tiembla ante el deseo.

Toma distancia por unos segundos y yo lo observo desde la ventana que me regalan mis piernas abiertas. Se quita la ropa interior y busca algo dentro de su olvidado pantalón, lo encuentra, es la protección que la otra noche no se hizo presente. Se la coloca sobre su miembro erecto y retoma el contacto con mi cuerpo.

Separo aún más mis piernas para otorgarle el mejor de los recibimientos, se acomoda entre ellas, y su miembro roza mi sexo anunciándose. Me estremezco, lo quiero dentro de mí, lo necesito. Sin embargo, para él, las ansias de tortura continúan. La punta de su pene tiene su primer encuentro cercano con mi clítoris. Vuelvo a estremecerme. Su miembro, tibio y erecto, pretende enloquecerme con sus suaves movimientos.

Los roces me debilitan, me llevan a una realidad alternativa en donde sobrevivo gracias al placer que él me da.

Finalmente se introduce en mí. Ante su primera penetración, mi respiración se acelera y mi cuerpo tiembla. Cierro mis ojos, la oscuridad es el único lugar en donde puedo hallar el equilibrio. Con Leonard pierdo el control. Con Leonard soy otra... siempre.

Presa de mis emociones desconcertantes, le entrego lo que me queda de mí.

Las embestidas dan inicio, sus movimientos son suaves pero profundos. Arqueo más mi cintura propiciando un ángulo perfecto para la penetración, gimo sin control, soy un volcán activo a punto de hacer erupción. Se mueve dentro de mí a un ritmo perfecto, enloquecedor. Las últimas penetraciones cobran un ritmo furioso y descontrolado, siento que mi cuerpo va a partirse. Grito. Él gime confesándome su límite. El éxtasis me invade, estallo en otro intenso orgasmo, uno que disfruta de la compañía del de Leonard.

Siento el peso de su pecho en mi espalda, está igual de rendido que yo. Me dejo caer sobre el colchón y él hace lo mismo. Giro para reencontrarme con su rostro. Continúa sonriendo. Yo lo imito.

—En mi cama... —así es como rompe el silencio después de unos segundos—. Tú lugar en mi casa se encuentra en mi cama.

¿Me estaba invitando a su vida o solo a los momentos de placer?

No lo sé. No pretendo saberlo ahora. Solo quiero besarlo, y eso es lo que hago.

Cuando recuperamos el aliento, nos damos una ducha juntos. Dejo que Leonard lave mi cuerpo, como ha conseguido lavar mi mente.

Los deseos de continuar con lo que empezamos en la cama nos embarga. Observo cómo su pene vuelve a la vida con tan solo mi mirada. Comienzo a enjabonar ese cuerpo que me enloquece, y observo cómo la espuma y el agua hacen relucir sus músculos firmes.

A su lado, me siento femenina, suave. Como dos engranajes de una misma máquina que deben acoplarse para funcionar. Leonard me detiene, alzo mi mirada para unirla a la de él, preocupada porque mis decrecientes poderes se hayan desvanecido.

Veo la llama de la pasión arder en su iris, que luce de un intenso color negro, como si todo fuera pupila.

—Intentas manipularme, Xaviera —dice de manera juguetona. Su voz suena más ronca de lo habitual—. Buscas hacerme perder la cabeza y que olvide que tenemos algo pendiente, algo que quedó sobre ese colchón —agrega con un ademán.

—Muchas cosas quedaron pendientes en ese colchón —Me uno al juego.

—Bruja. —Su risa se une a la mía, hasta que se corta en un feroz beso. Llevo mi mano a su miembro y comienzo a masturbarlo. Ingenua de mí si creo que puedo retenerlo. Así me lo confirma mientras disfruta de mi caricia—: Lección número… ¿Por cuál vamos? Perdí la cuenta. Lección de alcoba… cinco… si quieres algo de un hombre, pídelo en el primer orgasmo, para el segundo estamos más calmos.

De todos modos, no luce calmo, y me arrodillo ante él para hacerlo perder la cordura que le queda. Él me impide seguir, me alza con facilidad y, con mi cuerpo empapado, me arroja a la cama, sin importar el charco que hacemos en el colchón.

Río como una adolescente traviesa mientras Leonard empaca mis cosas. Permanezco desnuda, solo para distraerlo.

—Si no te vistes, te llevaré envuelta en esa alfombra y te arrojaré a mis pies como Cleopatra —amenaza.

—No se supone que las amenazas deben ser algo feo, porque la idea de extenderme desnuda ante ti me excita, me atrae, creo que solo te llevaré la contraria para que cumplas con tu palabra. —Mis manos recorren mi cuerpo ante sus ojos, me detengo cuando comprendo que habla en serio. No quiere volver a tener sexo bajo el techo de Carlo. No quiere tener nada que le recuerde a mi esposo, y yo tampoco.

Por un momento, deseo olvidar. Terminamos de hacer mi maleta sin poner demasiada atención. Largo una carcajada al pensar que tendré que combinar esas prendas tan dispares, un vestido de cóctel con unos tenis, o una camiseta

naranja con una falda azul de punto. No me importa, nada importa en este momento, no está en mis planes permanecer vestida lo que dure mi estadía.

Porque lo sé, es temporal, es un oasis en medio de mi desértica vida.

Leonard carga la maleta en el Tesla, pero yo insisto en seguirlo con mi mini cooper, no pienso renunciar a la libertad de irme en cuanto se me dé la gana. No soy su prisionera, soy su amante, y solo por hoy, esa palabra me basta.

Una vez en la mansión, aún húmedos y con la camisa de Leonard hecha girones, el amo y señor de la guarida se hace oír:

—Johana, tienes el día libre. Mañana también… que lo disfrutes.

La mujer sonríe al vernos y se marcha con presura, dejando todo tal y como está, con las tareas a medio hacer, las bolsas de alimentos sin guardar y la agenda de Leonard abierta en par.

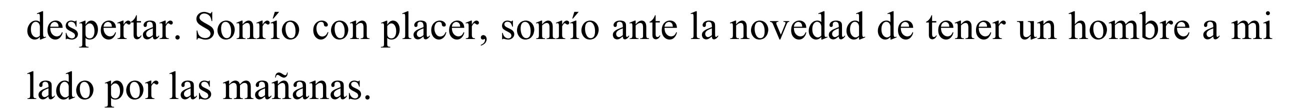
Tiene intenciones de llevarme a su habitación, de continuar lo que empezamos en la ducha. Pero su cama me resulta demasiado seca en este momento, quiero más de su piel húmeda y brillante. Me desnudo allí, en el hall de ingreso, y corro como una ninfa hacia la piscina. Me lanzo a ella y le permito divisar mi cuerpo bajo la trasparencia del agua. Lo invito a sumarse, y él no tarda en quitarse los restos de ropa y arrojarse a mi lado.

Lo rodeo con las piernas, el agua hace el resto. Me eleva, impide que nuestros movimientos sean frenéticos y nos empuja a un contoneo lento que nos hace desesperar. Llegamos a la cima juntos, y, rendida, me dejo llevar por él hasta su cuarto, su cama, el reino prometido.

***

El sol se cuela por la ventana e ilumina mi alrededor. Me desperezo como una gata a quien le han dado su ración de leche y me relamo satisfecha. A mi lado, se recorta la figura de Leonard, que me observa dormir.

Está vestido, listo para marcharse, pero retrasó su partida para verme



despertar. Sonrío con placer, sonrío ante la novedad de tener un hombre a mi lado por las mañanas.

—Buenos días —murmuro.

—Muy buenos días —replica con humor y me percato de que estoy desnuda, y que las sábanas se han arremolinado en mis pies exponiendo por completo mi cuerpo a él.

Extiendo una mano para acariciarlo, y él me devuelve la gentileza.

—Debo irme —dice frustrado—, ¡por Dios! De haberlo sabido, cancelaba todas mis citas.

—No lo hagas, por favor, no quiero ser un estorbo.

Sin desearlo, apago el fuego de la pasión en su mirada para reemplazarla por enojo.

—No eres un estorbo, Xaviera, eres… eres el más delicioso despertar. —Intento cubrirme con las sábanas con inusitado pudor, Leonard lo impide, me observa para barrer de su mente la ira—. Al mediodía me libero, así tenga que mandar al demonio a todos mis clientes. ¿Almorzamos juntos?

Asiento con el mentón, y lo pongo al tanto del cronograma de mí mañana para quitarle la culpa de dejarme sola, no es el único con responsabilidades pendientes

—Tengo que hablar con el detective, ayer no llegué a cancelar la cita, tuve una imprevista visita que dio por tierra todos mis planes. —Sonríe satisfecho.

—No te preocupes, Xaviera, conozco al mejor investigador. Puedo acordar un encuentro con él, sé que, si soy yo quien llama, dejará al resto de los clientes.

—No lo sé, tengo miedo —confieso y me pongo de pie. Esos temores me recuerdan la realidad, esa que dejé en pausa al escapar en sus brazos—. Mi padre tiene hilos que tensan a todo el mundo, hilos que, sin proponérmelo, le otorgué a Carlo también… no quiero que puedan enterarse de mis planes,

que…

—Simon es de mi confianza —me tranquiliza—, créeme, su lealtad es indiscutible. Acordaré una cita para después del almuerzo, en mi oficina. ¿Te parece bien?

Rebusco en la maleta hasta dar con dos prendas que, al menos, se ajusten al clima. Un jean, unos zapatos sin tacón y una camiseta sin mangas. No tiene sentido que lo intente con el maquillaje o que busque un aspecto logrado, por lo que recojo mi cabello en un alto moño.

A mis espaldas, Leonard me devora con la mirada. Se acerca a besar la piel del cuello que ahora quedó al descubierto y me hace sentir bella, deseada. A él no le atraen los artificios de la moda, los estilos recargados de las millonarias. Mi cuerpo, sin más que mi piel como vestido, le alcanza para saciar sus demonios. Y yo quiero entregárselo por completo.

—Me parece bien —confirmo, sin agregar que es más que bien, es excelente. Leonard, aún con sus modos imperativos, incluso cuando me arrastró desde mi casa hasta aquí, respeta mis decisiones. Ante lo único que no se doblega es a mi seguridad. No quiere correr riesgos conmigo y eso me recuerda mis mentiras.

Los sentimientos resuenan como confesiones mudas entre nosotros, y yo temo no poder contenerlos más, abrir mi corazón y permitir que Leonard lo destruya. Pero antes de eso, antes de que me posea por completo, puedo entregarle más, puedo darle lo que él necesita, el refugio de mi cuerpo.

Se despide de mí con un beso, una comunión de labios cargada de promesas a futuro.

Johana tiene el día libre, estoy sola, y ya no soporto la soledad. No cuando he conocido el dulce paraíso opuesto a ella. Salgo a caminar por la bahía, a recorrer la zona y permitirme el momento de nostalgia. Esos sueños que solo veo como testigo y nunca como protagonista. Un niño que juega con un

cachorro de Golden Retriever, una madre que reprende a su hija por ensuciarse, pero lo hace con cariño y sin real malestar, un padre que enseña a andar en bicicleta.

Quizá, cuando la tormenta de mi vida remita, cuando sea libre de ser yo y pueda vivir sin las cadenas, sea capaz de construir eso para mí. Hoy eso suena como una utopía, porque en el centro mismo de mi ser, cuando escarbo detrás de las falacias con las que me protejo, sé que me he enamorado de Leonard, sé que anhelo eso con él y es imposible.

No voy a llorar. No voy a llorar nunca más.

Retomo el camino a la mansión, pero no entro. No quiero sentir el vacío de la ausencia de Leonard en ella. No me importa mi aspecto, luzco hasta más joven sin las capas de maquillaje y los vestidos de diseñador. Es como si, además de la pesada carga de mi pasado, hubiera quitado la insostenible carga de ser Xaviera Fontaine. Esa que se construyó bajo los diseños de arquitectos crueles, que solo querían una posesión de cambio más.

La mujer que se refleja con *jeans* y zapatos sin tacón es más yo de lo que jamás fui.

Conduzco hasta las oficinas de Leonard, y me divierto ante las miradas curiosas. Más de uno me detuvo para preguntarme qué hacía allí, y ante ellos alcé mi identificación. Sus rostros de pavor al leer el apellido Fontaine me hace carcajear.

Se convirtió en un juego para mí. Mi antigua jaula era ahora un pase que mostraba con descaro, y comprendí aún más a Leonard.

A él le habían cerrado mil puertas cuando era pequeño, ahora las abría con la fuerza de un nombre labrado con esfuerzo y se burlaba de la hipocresía de la sociedad. Yo podía hacer lo mismo, aquí me ven, soy yo, esta soy yo.

Carmen fue mi último obstáculo, la mujer releía la agenda, el nombre escrito como cita de almuerzo y alzaba la mirada ante mí, confundida.

—Carmen, por Dios, déjala pasar —exclama Leonard al otro lado del pasillo, con un porte insolente y tan divertido como el mío. Su traje de diseño se mimetizaba con el decorado, nada está fuera de lugar en aquellas oficinas, salvo yo.

Camino hacia él exagerando mi contoneo, le permito ver el vaivén de mis caderas, la promesa impresa en ellas.

—No pude evitar leer tu agenda, Leonard, ¿en serio? ¿Ladurée? Si ese era tu plan, debiste empacar algo más que sudaderas —bromeo.

—No te hacía tan frívola —acompaña mi buen humor.

—Eso lo dices porque llevas un traje de seda.

Me adentro en su oficina y la recorro con curiosidad. Los ventanales me llaman, al igual que el precipicio que parece abrirse a mis pies. Leonard cierra la puerta tras nosotros y comienza a desvestirse.

—Me prometiste un almuerzo, aunque me gusta el cambio de planes —le digo con la vista fija en ese cuerpo que comienza a revelarse ante mi mirada y que, de a poco, se vuelve familiar. Tan familiar que el mío responde y mis bragas se humedecen con antelación.

—Y yo cumplo mis promesas, Xaviera — murmura mientras me permite atisbar unos segundos más su piel. Luego, se dirige a uno de los paneles que se abre como una puerta secreta y retira varias prendas de deporte que guarda allí para cuando decide entrenar en las inmediaciones de su oficina.

Con un estilo desestructurado, de shorts y sudadera, se acerca a mí para besarme. Lucimos como dos adolescentes, jóvenes, libres, sin más preocupaciones que follar en cuanto nuestros padres se marchen.

Reímos divertidos, reímos de nuestro aspecto, reímos ante las reacciones que provocaremos al presentarnos así en Ladurée, el famoso restorán de comida francesa, cuyos platos cuestan lo mismo que el salario de un empleado medio.

Contra todas mis sospechas, cuando decimos nuestros apellidos, la estirada recepcionista del lugar nos permite ocupar una mesa. A nuestro alrededor, los murmullos se alzan, pero nosotros somos incapaces de oírlos, solo escuchamos nuestros corazones, nuestras risas mal disimuladas, nuestras promesas silenciosas.

Degustamos una ensalada tibia de trufas, un salmón con salsa de espárragos y Crème brûlée, todo bañado en Dom Pérignon.

Las burbujas del champagne se suben a mi cabeza y me impiden recordar que tengo una cita con el investigador. Sospecho que a Leonard también, porque lo mira con algo parecido al odio cuando se lo encuentra en su oficina al regresar.

Simon le regala una sonrisa cómplice, parece saber que acaba de interrumpir el remate de nuestro almuerzo, el verdadero postre del mismo: nuestros cuerpos.

—Buenas tardes —saluda el intruso—, llevo más de media hora de espera, Leonard, quiero que sepas que te las cobraré como honorario. Más si tenemos en cuenta que cancelé a un cliente que está dispuesto a pagar una fortuna por las fotos de su esposa retozando con el jardinero.

—Me parece un desperdicio de tiempo, ¿acaso no retozan todas las esposas insatisfechas con su jardinero? —comento con cinismo, un cinismo que Leonard parece haber contagiado en mí.

Simon ríe, no parece molesto.

—No, querida, algunas prefieren a quienes saben tratar a las mujeres como lo que son, y no como frágiles flores.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que muchas de ellas son arbustos espinosos —se suma Leonard. Y ambos amigos ríen en complicidad.

—Creo que apuntamos demasiado contra las mujeres —salgo en defensa de mi género—, no olvidemos el eterno cliché del marido infiel y la

secretaria.

—Por eso yo tengo a Carmen, para no volverme un maldito cliché —replica Leonard, en fingida ofensa.

—Y por eso yo no tengo jardinero.

Distendemos el ambiente con bromas, porque sabemos que lo que debemos tratar es demasiado serio, no queremos sumirnos aún en la desesperación. Simon se acerca a otro de los paneles y saca una botella de wiski.

—Veo que recuerdas dónde escondo el alcohol, tendré que buscar otro sitio —bromea Leonard y sirve tres vasos antes de que nos sentemos en el sofá.

Yo lo hago junto a él, busco la fortaleza que su cuerpo me brinda. Simon lo hace frente a nosotros, de manera relajada, con un porte que indica que ha escuchado las peores confesiones y que tiene estómago para lidiar con ellas.

—A lo nuestro —pide.

Tomo aire y siento la mano de Leonard sobre la mía, reconfortándome. Hace el intento de explayarse ante mi titubeo, pero lo detengo.

—Mi marido intenta matarme —expongo. Espero la reacción de pavor de Simon ante la noticia… no llega. No es la primera vez que se enfrenta con un cónyuge asesino.

De una extraña manera, me tranquilizo. Me recuerdo que mi realidad, por desgracia, es la de muchas a mi alrededor. Alice tuvo una infancia como la mía, un primer marido desastroso, un segundo que no era mejor y un tercero que va en camino a convertirse en ex. Todo en el lapso de diez años, los mismos diez que yo pasé junto a Carlo, que es todo eso junto… y más. Es un maldito psicópata.

—Descubrimos que la está drogando con psicotrópicos, creemos que la quiere empujar a un suicidio.

—Si mal no recuerdo, la primera esposa de Viktor Fontaine, tu madre, también se ha suicidado —Asiento sin poder emitir palabra—, lo cual lo

convierte en un buen plan, pues nadie sospechará si sigues sus pasos.

—Así parece.

—Por desgracia, no nos basta con creer, debemos probarlo. Supongo que aquí es donde entro en juego yo.

—Sí —responde Leonard por mí. Se pone de pie y busca las pruebas médicas que le realizó a las píldoras, también entrega los dos frascos, el que posee la firma de la farmacéutica y el que no—. Esto tenemos hasta el momento, los estudios médicos han sido alterados.

Simon repasa la información, los nombres de los médicos que se han prestado a semejante delito, las píldoras que fueron realizadas a pedido de manera de imitar las vitaminas… Ahora solo resta atar los cabos sueltos, conseguir las confesiones y así liberarme.

—Con esto puedo comenzar mi labor. De todos modos, necesito algo de ustedes… —Le pido que prosiga, estoy dispuesta a todo—, Xaviera, tienes que repetirte los estudios, ahora que estás en plenas facultades, para constatar los resultados. Y también debes simular que no sabes nada, seguir con tu vida, de manera que tengamos tiempo para la investigación.

—¡No! —exclama Leonard, furioso con su amigo.

—Sí —rebato—, es lo que hay que hacer, y ya estaba en mis planes.

Siento los ojos negros de mi amante fijos en mí, molesto porque no le hubiera dicho que mi huida era temporal, que siempre lo supe.

—Ya ven cómo se las arreglan —interrumpe Simon—, no es mi problema. Solo digo que, sin tiempo, no llegaremos a nada y la bomba explotará antes de que podamos hacer algo para detenerla.

Estoy de acuerdo con él, Leonard no. Lo despide casi a los empujones, dispuesto a quedar a solas conmigo para hacerme cambiar de parecer.

Pero yo soy una aplicada alumna, y aprendí la lección que me enseñó en la ducha. Me acerco a él, decidida a no dejarlo hablar.

—Xaviera —susurra desesperado. Intenta pensar, exponer sus temores ante mi bienestar, el miedo que lo arrasa al saber que tendré que pasar algunos días a merced de mi asesino. No se lo permito.

Lo empujo hacia su sillón y me escabullo debajo del escritorio. Gateo hacia él, hasta dejar mi rostro a escasos centímetros de su pene, y lo desnudo. Lo desfundo para mí, para saborearlo, sentirlo en mi boca, llenarme de él.

El glande brilla húmedo por el pre-seminal, y yo lo lamo. Trazo lentos círculos entorno a él, antes de meterlo por completo en mi boca y succionar. Lo escucho gemir, exclamar mi nombre, rendirse ante mis caricias. Sigo, cada vez a mayor velocidad. Con mis manos acaricio sus testículos, que pesan por el deseo. Cuando sé que está por explotar, separo mis labios tan solo un segundo:

—Aún no hemos probado ese maravilloso sillón curvo que lleva mi nombre —y vuelvo a la faena con la promesa de más placer.

Cuando se corre en mi boca, y siento su tibia esencia en mi paladar, trago con deleite y sé que he conseguido lo que fui a buscar esa noche en la fiesta de beneficencia. He aprendido sobre el poder dormido dentro de Xaviera Fontaine. Y, por primera vez, lo uso para salirme con la mía.

Tras unas noches más en sus brazos, volveré a la farsa de mi vida, pero solo para ponerle un fin definitivo. Nadie, ni siquiera Leonard, podrá detenerme.

Lección 8

Cambio de roles… Yo el alumno, tú la tutora.

Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma, y Simon se encargó de ello.

La estructura de su investigación era poderosa y completa, no dejaba ningún posible vacío, y eso me incluía a mí. La mayor prueba de la intoxicación forzada se hallaba en mi sangre. No demoró en obtener prueba de ello con su sello característico: extrema confidencialidad.

Durante la mañana, un grupo selecto de especialistas que, de seguro, cobraban una fortuna por un discreto servicio a domicilio, me inundaron con preguntas y revisiones físicas. Tomaron una muestra de mi sangre y me solicitaron lo mismo de mi orina. Los resultados estarían a última hora del día, no importaba que fuese jornada de sábado, tenían que ser así de expeditivos si deseaban obtener el visto nuevo del Señor McGuire.

El resto de la mañana nos hizo compañía con un tenso clima. Yo intentaba mostrarme relajada, y lo conseguía. Estar bajo el mismo techo de Leonard era suficiente para sentirme segura, lejos de la crueldad y el frío del mundo. Junto a él no temo. Mi realidad es el más completo caos, uno que me grita con desesperación que mi futuro es por demás incierto. Pendo de un hilo, camino al borde del abismo. Pero me siento fuerte, capaz de redirigir la ruta para librarme de la mortal caída. No voy a dejar que Carlo me destruya. No voy a cumplir más la condena que me ha impuesto. Leonard me ha dado mucho más que lecciones entre sabanas y caricias, me ha hecho vislumbrar la

posibilidad de otra vida. Por él rompí el cascarón que me contenía y, ahora, estoy dispuesta a volar, aunque ese vuelo me lleve lejos de él.

La preocupación le contamina la sangre de la misma manera en que las drogas lo hacen conmigo. Somos más que sexo, lo sé, puedo reconocer que lo que nos une traspasa nuestra piel. Por las noches, cuando estoy en la prisión de sus brazos, la única prisión que estoy dispuesta a aceptar, puedo oír a su corazón latir junto al mío. Por las noches, en el más hermoso de los silencios, se hablan, se confiesan lo que sienten, algo que nunca confesará nuestra razón.

Acepto nuestra fachada, una compuesta por la fiebre y el deseo de nuestros cuerpos. Estoy dispuesta a engañarme tan solo un poco más, lo presiento, la sombra de Carlo está detrás de mí, ya casi está de regreso, y yo pienso disfrutar del tiempo que me queda.

—No has probado bocado alguno, Xaviera —Leonard reclama mi atención perdida en pensamientos.

Decidimos disfrutar de un desayuno junto a la piscina para distendernos con la belleza natural de nuestros alrededores.

—No tengo apetito —confieso por lo bajo. El simple hecho de recordar a Carlo me ha provocado indigestión.

—Acaban de extraerte una cantidad importante de sangre, la ausencia de apetito no es una opción relevante aquí. Come, Xaviera. —Sus labios me ordenan eso. Su mirada y el suave contacto de su mano con la mía sobre la mesa me lo sugieren a modo de amable súplica.

Lo hago para satisfacerlo, los trozos de fruta de estación recién cortadas desfilan en el interior de mi boca. La satisfacción le dibuja una sonrisa en el rostro. Quiero aprovecharme de él, de lo que le provoco, porque sé que lo hago, su cuerpo no me miente. Leonard lo disfruta tanto como yo, lo desea como yo. Bebo un poco de jugo de naranjas, y me levanto para eliminar la

distancia que la mesa nos impuso.

—Qué paradójicos resultan los deseos del cuerpo a veces… —digo impostando mi voz de manera socarrona, Leonard contiene la risa en sus labios. Mis ojos van en busca de los suyos para que él pueda leerlos.

—¿Por qué lo dices? —Se acomoda en la silla para recibirme. Abre las piernas para permitirme el acceso.

—Por el mío en particular, el muy desgraciado sabe que tiene que tener antojo de mango y, sin embargo, tiene antojo de otra cosa.

—¿Y, dime? —dice tomándome de la cintura para fraguar la gravedad de mi cuerpo. Lo consigue, mi trasero impacta en sus muslos. Considerando eso como la bandera blanca de su rendición, me abrazo a su cuello.

Lo que voy a decir, posiblemente, sea el equivalente a última cena de un condenado a muerte. Debo pensarlo bien, debo saciar todo aquello pendiente en mí. La imagen de tal satisfacción se dibuja en mi mente y cobra realismo en palabra para abandonar mis labios.

—Un sillón en particular... —susurro en su oído. La falda de mi vestido cobra vida cuando su mano decide invadir mis piernas. Las acaricia hasta llegar a mi trasero.

—¿Desde tan temprano tienes deseos de lecciones? —La picardía en su voz y el despertar de su miembro me indican que no soy la única con ese apetito.

—No, tengo deseos de ti, siempre los tendré. —Mi inconsciente fue travieso, liberó la verdad que todavía no estoy preparada para confesar a viva voz.

Invade mi boca con su lengua, con furia, con desesperación, como si quisiera silenciarme, como si quisiera robarme esas palabras. Yo se lo permito. Le permito que me exorcice, que se lleve todo, y que me deje este presente. Con Leonard McGuire solo importa el presente.

Toma impulso para apoderarse de la verticalidad con mi cuerpo a cuestas. Mis piernas se abrazan a su cintura, mis brazos a su cuello y mis labios se funden con los suyos. No hay más lugar para las palabras, o para el simulado juego de pareja enamorada y feliz. Es momento de olvido, de pausa. Algo que conseguimos cuando nos saciamos el uno al otro.

Así atravesamos el salón principal, con el inicio del fuego en nuestra piel, subimos la escalera ardiendo en llamas y llegamos a la habitación convertidos en hoguera, aquella que tiene mi nombre grabado con tinta invisible.

Una vez dentro, me arroja sin piedad sobre el sillón en cuestión, mi cuerpo se amolda a él, a su llamativa curvatura, una especie de S deformada. Él se mantiene erguido, contemplándome, es como si quisiera tomar una fotografía imaginaria de mi cuerpo.

—Desnúdate para mí —le ordeno. Sí, lo hago. Yo también quiero albergar en mi memoria esa fotografía.

Se quita la camiseta con un delicado movimiento, desabrocha el botón de su pantalón y lo hace descender junto a su ropa interior por sus piernas. Al igual que yo, está descalzo, y ni bien sus prendas rozan el suelo, las hace a un lado. Desnudo por completo, con su pene erecto reclamando la tibieza de mi humedad, esa humedad que me hace perder el control y que lo ansía entre mis piernas.

—Desnúdame... —El liderazgo sexual se me subió a la cabeza, y Leonard lo acepta.

Avanza por mis piernas, que se elevan ante él por la extravagante forma del sillón, las acaricia hasta llegar a mis bragas; sin ponerle fin al contacto, continua el descenso mientras me libera de ellas. Las arroja bien lejos. Yo sonrío satisfecha. Luego, captura la falda de mi vestido y comienza el camino directo a mi cabeza con él. En segundos estoy igual que él, desnuda por completo.

Vuelve al erguirse, a observarme desde su posición vertical. Espera otra orden. Una orden que se dilata, los aires de poder se escapan de mí, soy inexperta en ellos. Dejo que mi cuerpo hable. De manera instintiva, clavo mis talones en el cuero y abro más mis piernas invitándolo a mi sexo.

—Quiero sentir tu lengua por todo mi cuerpo.

Y así lo hace, se arrodilla ante mí y su lengua se funde con mi anhelante humedad. Taza círculos en mi clítoris y alterna esos movimientos recorriéndolo de abajo hacia arriba; cuando el ascenso sucede, permite que el suave contacto de sus dientes me tortura aún más. Los primeros gemidos delatores escapan de mis labios, introduce un dedo dentro de mí para saciarme y cumplir con la totalidad de mi orden. Mientras me penetra con él, avanza por mi vientre, lamiendo, succionando, dejando huellas. Atraviesa mi ombligo y comienza a trazar una ruta frenética hasta llegar a mis pechos. Introduce otro dedo para potenciar la profundidad de la falsa penetración. Su lengua de detiene en mi pezón derecho, juega con él, lo despierta, desde la ventaja que le brinda ese estratégico lugar, me observa. La profundidad de su mirada me arremete justo cuando alcanza ese punto de éxtasis letal entre mis piernas. Los sismos previos al clímax me recorren. Abandona mi pecho derecho para brindarle la misma cortesía a su compañero, lo lame, lo mordisquea, todo sin apartar su mirada de la mía. En otro momento de mi vida y con cualquier otro hombre, la vergüenza me obligaría a rehuir de sus ojos, por temor a confesarle la entrega y debilidad. Con Leonard no, no hay lugar para el pudor, y jamás lo habrá.

Me entrego a mis sensaciones, gimo, y me excito más al poder hacerlo perdiéndome en sus ojos. El orgasmo me hace convulsionar bajo su cuerpo. Y con cada placentera sacudida me confiesa lo que somos, lo que sentimos. Ama y sumiso. Alumna y maestro. Xaviera....y Leonard.

Llego a mi límite y mi cuerpo se desarma. Él sigue duro y firme por mí.

Siento la presión de su miembro no satisfecho contra mi vientre. Quiero complacerlo de igual manera, y voy en su búsqueda con mis manos.

—No —dice apartándose de mí y recuperando su rol de mando en el sexo.

Va en busca de su pantalón de jean, hurga en el interior de su bolsillo y exhibe ante mí la protección necesaria. Rasga el envoltorio, recubre su miembro y regresa junto a mi cuerpo saciado, pero dispuesto a un nuevo round.

—Es tiempo de la última lección, Xaviera —Coloca su cuerpo sobre el mío, y la punta de su pene entra en contacto con mi clítoris latiente. Su mano acaricia mi mentón como preludio a la desesperada captura de mi rostro. Una vez más, sus ojos, los míos, mientras me penetra con lentitud—. Voy a enseñarte qué queda después del sexo... Voy a enseñarte a hacer el amor.

Esas palabras rompen las cadenas definitivas que me atan a la única vida que creí posible. Saboreo una libertad que nunca antes conocí y que, suceda lo que suceda, no voy a perder. Pero eso no es todo, lo sé, el cuerpo de Leonard me lo confiesa, no es mi fantasía. Al liberarme, también lo hace él.

Le permito amarme de la manera en que aprendió a hacerlo, con su cuerpo. Acepto lo que me da, me es suficiente. Yo puedo poner el corazón por ambos, yo puedo amar con el alma por los dos.

Durante el resto del día, hacemos uso del sillón un par de veces más. La serpenteante forma se adapta a mis curvas, pero es Leonard el que me lleva a descubrir los límites del placer que encierra mi cuerpo.

Nos amamos de mil maneras, nos gritamos los sentimientos con gemidos de placer mientras callamos los miedos, las dudas y la incertidumbre. Nos dejamos llevar, ambos sabemos que las experiencias están recubiertas de novedad. Que las sensaciones que palpitan más allá de la piel no las experimentamos jamás.

Terminamos exhaustos y con un brillo de felicidad que nos es ajeno. Leonard ha pospuesto demasiadas tareas por los recientes acontecimientos, me ha brindado todo su tiempo y atención. Un cambio que no hace más que recordarme el vacío con el que viví durante años.

—Ve —lo insto al observar que duda en dejarme sola, aunque sea bajo el mismo techo—, seguro encontraré algo con que distraerme.

—¿Algo mejor que yo? —pregunta divertido—, eso no es nada halagador, Xaviera. El ego de un hombre es muy frágil.

Río a carcajadas mientras lo empujo a su oficina.

—Tu ego no tiene nada de frágil, es mi cuerpo el que se va a romper.

Se gira para besarme, y sus caricias me recuerdan que mi cuerpo le pertenece y que es capaz de tolerar varias horas más de sesiones de sexo. Mi entrepierna palpita, no parece comprender de límites. Late en reclamo de atención, a la vez que el leve malestar grita que ha recibido demasiado por el día de hoy.

Leonard accede y ocupa el lugar tras el escritorio. Abre su Mac y comienza a leer algunos proyectos que Carmen le ha enviado mediante correo encriptado. Yo me dedico a la lista de Johana para matar el aburrimiento, también le preparo un liviano tentempié para que coma mientras trabaja.

Esta parte de la rutina es casi tan satisfactoria como el sexo. Casi.

Cuido de Leonard y él cuida de mí. Le brindo toda mi atención a sus necesidades, y él hace lo mismo conmigo. La mentira nos funciona tan bien que temo no ser capaz de renunciar a ella.

Bajo el techo McGuire se comienza a concertar una coreografía de pareja que va más allá de las sábanas. Una coreografía que se nos da demasiado bien para ser dos personas que no conocen los pasos.

Su risa me llega por entre las puertas abiertas de la oficina. No las cierra, no se aleja de mí, no pone barreras físicas entre nosotros. Mientras se

concentra en el trabajo, una parte de su mente sigue fija en mí y en lo que hago.

Y yo… yo hago todo por él. Pongo música en el equipo de audio y canto desentonada sobre la voz de Barry White. Bailo mientras reviso los estantes de la biblioteca y busco mi próxima lectura, y Leonard sigue todo con concentración dividida.

Mi móvil suena y corro a atender, pensando que es Simon que trae novedades. A él le llegarán los resultados de mis análisis matutinos y será el primero en tener las certezas sobre lo que Carlo está haciendo.

Leo en la pantalla el nombre de Elisa y los dedos me tiemblan cuando atiendo. Me alejo de la oficina de Leonard para que no pueda ver ni oír la conversación.

—Señora —murmura la voz al otro lado. Un susurro ahogado, confidente, que hace que un escalofrío me recorra—, el señor Carlo ha vuelto y no la encontró en casa. Le he dicho que salió hace unas horas, a caminar por la bahía, pero…

—De eso ¿hace cuánto?

—Ya una hora. Quería avisar antes, pero no me quita los ojos de encima… estoy en el tocador de servicios, tengo que colgar.

Con esa advertencia, el móvil enmudece. En mi cabeza, en cambio, resuenan todas las alarmas. Debo darle tiempo a Simon de tener los resultados, las pruebas que lo incriminan. Si dejo que todo caiga ahora, quedaré atrapada por siempre en los escombros.

Corro escalera arriba para terminar de vestirme. Mi aspecto dice todo por mí, emano una sensualidad que solo Leonard sabe despertar.

Me cubro con unas *leggins* de deporte y me calzo los tenis sin siquiera desatarlas. Debo lucir como alguien que ha dado un placentero recorrido por la bahía, debo cubrir a Elisa como ella ha hecho conmigo.

Salgo a paso apurado, pero Leonard me detiene en el umbral, a pasos de mi huida.

—¿Adónde vas? —demanda.

—Carlo regresó de su viaje, tengo que aparentar que todo está bien. Simon…

—¡Simon, una mierda! Tú no te alejas de aquí, no vuelves bajo el techo de ese asesino.

—Leonard… —intento hacerlo reflexionar. Pero se niega a entrar en razones—. No puedes retenerme aquí por siempre, no podemos tapar una mentira con otra. Sabíamos que esto iba a suceder, solo ha pasado antes de lo esperado.

—¿Mentira? —pregunta, es la única parte de mi discurso que parece haber atravesado el velo de su ira—. ¿De qué mentira hablas, Xaviera? ¿De tus múltiples orgasmos en mi cama? ¿esos fueron mentira? ¿de tu cuerpo clamando por el mío? Dime… dime que si te acaricio ahora no vibrarás, no querrás más. ¿De qué maldita mentira hablas?

—¡De jugar a que soy una mujer libre! ¡De simular que Carlo no está en mi vida! Tengo que ponerle fin, y para eso debo ir a mi casa, debo aparentar que nada ha cambiado, que soy la misma Xaviera que él puede manipular a su antojo. ¡Necesito las pruebas! Y aún no las tengo, así que, hazte a un lado…

—Jamás.

Fijo mi mirada en los ojos negros de Leonard y puedo leer en ellos la determinación de no dejarme marchar. Pero también veo algo más, su incapacidad de dañarme. Camino a paso firme hacia el umbral, y él me detiene del brazo, sin ejercer demasiada presión.

La piel me quema justo ahí, donde se genera el contacto con su mano. Mi cuerpo es incapaz de mentir, y él lo sabe. Es mi mente, es mi determinación, la necesidad de ser libre lo que me empuja a seguir mi rumbo. Me suelto de

su agarre y soy incapaz de volver la vista atrás, de observar su figura hacerse pequeña mientras me alejo por el sendero de ingreso, mientras conduzco el mini cooper de regreso a mi vacía vida.

En esa mansión que fue testigo de nuestro mudo amor dejo mi aroma, mi presencia como un recuerdo. Mis pocas prendas quedan olvidadas en una maleta que nunca terminé de desarmar, en los rincones en donde Leonard las arrancó de mi cuerpo para hacerme el amor.

En esa mansión dejo la parte más preciada de mi ser, dejo mi corazón.

Mi casa se presenta ante mí más vacía que en el pasado. Las luces del exterior, siempre encendidas, contrarrestan con todo lo que aprendí junto a Leonard. Su visión de la vida, del respeto, se fija en mi mente y me impiden ver la belleza artificial de mi alrededor.

Las luces de las farolas brillan para iluminar la oscuridad que habita tras esas paredes. Freno el carro en el garaje, junto al deportivo de Carlo, y me adentro en mi antigua vida.

La mirada de desprecio de mi marido me lo recuerda, pero ya no duele. Me evalúa, sus ojos me recorren de arriba abajo y en su rostro se dibuja el desdén.

—¿Has salido así? —espeta, molesto—, pareces una muchacha de los bajos, ni maquillaje llevas. Se te ven las pecas.

Observo mi reflejo en el ventanal y tengo que contenerme para no sonreír. Las horas junto a la piscina, junto a Leonard, se traslucen en el saludable tono de mi piel que no necesita base de maquillaje y en un par de pecas en el puente de la nariz que me hacen ver juvenil.

—Me gustan —lo desafío.

—A mí no.

«A ti nada te gusta», me guardo la réplica. Mi conciencia parece haberle robado la voz a Simon y advertirme lo mismo que él. Necesito tiempo y lo voy a conseguir.

—¿Qué haces aquí? Creí que el viaje se extendería hasta el miércoles —pregunto y paso por su lado en dirección a la cocina. Pongo la tetera al fuego sin pensar, acostumbrada a mi nueva rutina, una que rompe todas las reglas prestablecidas por mi educación.

—¡Elisa! —alza la voz Carlo—, la señora quiere un té y, al parecer, ha olvidado cómo ordenar uno.

Pongo los ojos en blanco, siempre dándole la espalda. Me alejo de allí cuando Elisa se acerca solícita a cumplir con la tarea.

—No contestaste —reclamo.

—¿Desde cuándo te importa? Vine porque tu querido padre ha tenido la grandiosa idea de realizar otra obra benéfica y quiere que dé el discurso inicial.

—¿Otra? ¡Mi Dios! Casi parece que les importaran las causas humanitarias.

—El sarcasmo, al igual que las pecas, no te quedan bien, Xaviera. —Me mira y el odio se trasluce en cada una de sus facciones. Quiere que vuelva a ser la esposa sumisa de antaño, que me amedrente con sus comentarios, que llore ante su desprecio. Ya no soy esa, tú y tus artimañas me han cambiado, me han empujado a los brazos de Leonard, para que renazca de mis cenizas. Ahora, te la aguantas. Pienso mi réplica e imagino cuando al fin se lo pueda decir a la cara, mientras lo arrestan a una celda para que se pudra por intento de asesinato.

Intento. Solo intento. Porque no se saldrá con la tuya.

—Y los *leggins*, no olvides lo mal que me quedan los *leggins*.

Elisa me alcanza el té. En la bandeja, a pedido de Carlo, aparece el frasco

de píldoras.

Simulo ingerir una ante sus ojos y veo cómo el enfermo deleite brilla en él. Con disimulo, la dejo caer entre los almohadones del sofá.

—Espero que tengas mejor tino a la hora de elegir qué ponerte para la cena de beneficencia. No quiero parecer el marido de una fulana.

—Te dejaré elegir por mí —susurro. Una última vez.

—Bien, porque ya bastante con los desastres de tu padre. Se ha excedido en los balances bancarios y ahora hay que arreglarlo. —Hace una pausa y larga el aire—. No sé para qué te explico si tú no entiendes nada.

Se marcha sin más a su oficina y yo quedo sola. Arrojo la píldora escondida dentro del cesto de basura y vuelvo a acomodarme en el sofá.

Entiendo demasiado. Entiendo que las donaciones son para reducir impuestos, es probable que vayan a parar a una organización manejada por viles manos que no haga más que lavar dinero.

Lo sé. En estos años intenté dedicarme a eso, crear mi propia fundación con algún fin noble, aportar algo a la sociedad, a las personas menos afortunadas. En cuanto lo hice, descubrí que mi padre quería utilizarlo para desviar fondos y desistí.

Quizá, cuando al fin me libere de mis cadenas, lo haga. Cree un espacio para mujeres en la misma situación que yo, atrapadas en matrimonios violentos y sin amor, que sientan que no tienen salida.

Tomo mi portátil y busco la información que reuní en ese entonces. Se siente bien tener un objetivo. Mientras leo las partes legales, mi móvil suena y leo «Simon» en la pantalla. Atiendo en un susurro que le indica al hombre que estoy de regreso con mi marido.

—Te envío al correo los resultados de los análisis. Si los constatas con los anteriores, verás que tenemos las pruebas del envenenamiento. Ahora solo resta realizar una denuncia penal y con ello…

—Soy libre.

—En un tiempo —agrega con la honestidad que lo caracteriza.

Finalizo la comunicación sin despedirme, ansiosa por ver las pruebas, por confirmar que, ahora, estoy sana, que mi cuerpo vuelve a ser mío.

Repaso todos los valores, algunos debo buscarlos en internet para confirmar qué son, qué indican. Glóbulos rojos, blancos, toxinas, hormonas. Junto a cada resultado, hay un porcentaje que indica si se encuentran o no en el rango esperado.

Una de las hormonas en el resultado de mi orina llama la atención. HCG, sé lo que significa. Por diez años, en cada estudio realizado, lo he repasado con esperanzas. Ahora… ahora la euforia se aplaca por el miedo.

«90 mUI/ml». Lo leo como si estuviera en rojo, resaltado por encima de los demás índices.

La realidad me golpea con fuerza. Estoy embarazada. Estoy esperando un hijo del único hombre a quien entregué mi cuerpo en años. En mi vientre crece la vida que me ha regalado Leonard… el hombre que amo.

Lección 9
Reconocer el fin de juego.

Inmóvil, desnuda y cubierta con aquellas gotas de agua que se niegan a abandonar mi cuerpo, así me encuentro frente al espejo del baño. No puedo dejar de contemplarme, de imaginarme. Acaricio mi vientre, la felicidad y el temor se mezclan en mi interior, me hacen temblar. Me envuelvo en una bata para ocultarme la verdad, de lo contrario, no podré seguir con esta mentira.

Lo más deseado en el momento menos imaginado. ¿Cómo disimular ante Carlo?

Carlo. Carlo. Carlo. Él ocupa mi mente y no debería de hacerlo. Mi marido es la tormenta anunciada, que pronto estallara, pero no es el terremoto que destruye los cimientos bajo mis pies. Es él, Leonard, el padre de la vida que se gesta en mi interior que me agita, me rompe en mil pedazos. Todo colapsa.

Todo colapsa recordándome que esta es la crónica de un final anunciado. Ya no existirán las falsas ilusiones entre nosotros, un abismo nos separa. La vida que yo siempre quise y la que él no pretende se alza entre nosotros como una barrera invisible imposible de franquear o saltar.

—Xaviera, tengo que recordarte la hora. —La voz de Carlo me atraviesa como un rayo, para recordarme que su tormenta está detrás de mí, siguiendo mis pasos.

No respondo, hacerlo significaría abandonar mi protagónico. Enciendo el secador de cabello a modo de respuesta, el calor que desprende el mismo recorre todo mi cuerpo alejando el frío que mis pensamientos han traído. Sé

que tengo que dar un paso a la vez. Un paso a la vez. Y el primer paso es esta condenada fiesta junto a Carlo.

Quiero sonreír. No puedo. El encuentro con mis ojos en el espejo me sirve como elemento motivador. Las comisuras de mis labios toman distancia como si fueran impulsadas por algún tipo de extraño embrujo. Mis dientes salen al acecho, para coronar mi actuación. Lo consigo, soy un personaje más.

Tú puedes con esto, Xaviera. Me repito una vez, dos veces, me lo repito hasta grabarlo como un mantra inconsciente.

—Por mil demonios, mujer. Tengo que ir por ti. —Carlo vuelve a inmiscuirse en mis pensamientos de la peor manera. Hago oídos sordos a sus palabras, al tono de su voz.

Tú puedes, Xaviera, por ti... por ambos.

¿Ambos?

Ya no estaré más sola. Ahora tengo la fuerza de dos para luchar. Ahora... no estoy dispuesta a perder.

La sonrisa forzada es reemplazada por otra, por la auténtica. No voy a permitir que nada ni nadie me robe este momento, menos que menos, mi marido.

—Diez minutos, Carlo. Prepara el carro... que en diez minutos estoy contigo.

Cabello recogido, maquillaje natural y un vestido largo *backless* color gris plata con apliques de encaje negro en la parte superior. Es una provocación, lo sé, pero también sé que no va a notar mi espalda al descubierto con el espejo retrovisor. Cuando coloca su trasero en el elegante asiento de cuero de su Mercedes, pierde la noción de todo lo demás, sobretodo de mi persona. Me

subo al carro y, como es nuestra costumbre, nos lanzamos al camino en el más completo de los silencios, un silencio que hoy disfruto.

La fiesta se lleva a cabo en el Museo Metropolitano de la ciudad, así que el desfile de automóviles de lujo comienza a hacerse evidente desde dos calles antes. Fingir el amor por el arte es un deporte común en nuestra clase social.

Cuando entramos al hall principal me veo manipulada por un brazo que se une al mío para apartarme. La acción agita a mi corazón. Respiro al comprobar que es Alice. A Carlo no le importa, de hecho, creo que espera que ella cumpla esa función, a su lado soy una molestia. Me aferro a mi amiga para perdernos entre el desfile de personas a nuestro alrededor.

—¿Ya estás de regreso? —murmuro mientras estabilizo mi ritmo cardíaco.

—Sí, no tuve más alternativa. —Me clava una mirada desaprobatoria de reojo—. ¿Acaso te olvidas de que mi madre se encarga de las exposiciones?

Estoy tan perdida en mi nueva realidad que mi pasado parece ser un lejano recuerdo, incluyéndola a ella.

—Lo siento, mi cabeza transita por otros lugares —digo con cierto pesar y me excuso con ella.

Alice tiene una dinámica protocolar muy estructurada cuando de eventos sociales se trata, y esa dinámica la involucra a ella, a mí y a la barra de bebidas principal. Desde esa distancia, con el abastecimiento continuo de champagne, nos deleitamos con la actuación del resto del público. Todos buscan resaltar, brillar a costa de la luz de otros, y nosotras nos divertimos con ello. Aunque esta noche en particular yo no estoy de humor. Hoy me siento más que ajena, y la sensación de no pertenencia parece escaparse por mis poros a modo de sutil perfume.

Suspiro sin caer en cuenta de que con ello confieso algo en lo cual Alice va a indagar.

—¿Te encuentras bien?

Me obligo a sonreír y la miro para que ella saque conclusiones.

—¡No, falsas sonrisas conmigo, no!

No puedo evitar reír. Ella me conoce, sabe leerme a la perfección.

—Así me gusta —dice satisfecha por mi risa—. Ahora, cuéntame, ¿qué planes te traes? Porque intuyo que los datos del investigador que me solicitaste tienen un motivo. —Cuando se trata de llamar mi atención, Alice no me tiene piedad, me llena el rostro de bofetadas imaginarias—. ¿Dime, por favor, que finalmente tienes el coraje para hacer lo que tienes que hacer? —pregunta mientras me entrega una copa de champagne.

Yo la acepto por pura costumbre, y por esa misma costumbre la acerco a mis labios y bebo. Ni bien siento el sabor burbujeante en mi boca, reacciono de manera automática, y lo escupo dentro de la copa. Debo ser cuidadosa al extremo, mi cuerpo ya está contaminado gracias a Carlo, necesito cuidarme si quiero llevar este embarazo a término.

Mi acción deja sin palabras a Alice.

—¿Desde cuándo desperdicias una buena copa de champagne de esa manera? —Así es Alice, y su extraña manera de decirme que está preocupada por mí.

—No es nada, solo un simple malestar. —Conoce el detrás de escena con Carlo, sabe que la posibilidad de embarazo está descartada.

—¿Un simple malestar? —repite con sorna—. Tus «simples malestares» son cada vez más recurrentes.

No le agrada.

Al oír sus palabras, mis ojos buscan de manera instintiva a Carlo. Quisiera gritarle al mundo la clase de escoria que es. Quisiera retorcerle el pescuezo delante de todos. Quisiera...

Contengo a mis pensamientos para responderle a Alice.

—A mí tampoco, créeme. Ya he tomado decisiones al respecto. —La

certeza, tan poco común en mí, se escapa de mis labios. La sorpresa en mi amiga es más que notoria.

—*Wow* ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga?

Río. Aunque me pese, no quiero darle más respuestas o darle la posibilidad de más preguntas, la prefiero al margen. No sé muy bien en qué va a desembarcar la investigación que está llevando a cabo Simon, pero sí que, cuando salga a la luz, para bien o para mal, va a salpicar con su barro a todo aquel que lo rodea. Pretendo que Alice se mantenga bien lejos de esa suciedad, es lo único bueno en mi vida. Alice, la nueva vida gestándose en mi vientre y... y Leonard. Son lo único bueno en mi vida.

Apelando a mi malestar, invento una excusa para rehuir de ella. En realidad, quiero rehuir de mis pensamientos, Leonard regresa a mí como el terremoto que es, me sacude, me roba la estabilidad. Me refugio en lo tocadores, utilizo el más lejano de todos para obtener la privacidad que busco.

El recuerdo de Leonard está grabado en mi piel y crece en mi vientre, y comprendo que jamás voy a poder sacarlo de mí. Mis labios, víctimas del demonio de sus besos, repiten su nombre sin que yo pueda controlarlo.

Leonard... Leonard...Leonard.

El deseo de sentirlo conmigo me juega una mala pasada, me enloquece regalándome su reflejo en el espejo. Cierro los ojos para recuperar lo cordura. Pero no, mis sentidos llegan al límite, reconozco su perfume en el aire y los latidos de su corazón acelerado me embriagan con una dulce melodía. No voy a abrirlos, voy a quedarme así, aferrada al lavabo mientras imagino que él está a mi lado, solo así podré soportar la fantochada que se está llevando a cabo a un par pasos de aquí.

—¿Qué piensas?

La voz de Leonard me atormenta.

En nosotros, Leonard... en nosotros tres. Le respondo en mi mente abrazándome a mi vientre.

—¿Xaviera, te encuentras bien?

Abro los ojos. No solo su voz es real, ahora también lo es el contacto de su mano con mi espalda descubierta. No es una ilusión, Leonard está ahí.

Me sobresalto como una idiota al creer que puede ser capaz de oír mis pensamientos: Nosotros tres.

Mis ojos descubren en los suyos que no lo sabe, que ni siquiera puede imaginar lo que está ocurriendo en mi cuerpo. No sé cómo actuar, temo confesarle lo inadecuado, darle el alimento que necesita para alimentar a su peor pesadilla. Mi única respuesta es lo que mi cuerpo pide a gritos, abrazarlo.

Contra su pecho, cobijado con su calor, me siento segura, invencible. Quiero llorar, porque la felicidad que me embarga quiere ser compartida con él. Quiero llorar porque sé que mi felicidad no será tal para él.

—¿Xaviera? —la dulzura de su voz se traslada a sus movimientos y, con delicadeza, captura mi rostro entre sus manos para guiar mis ojos a los suyos.

Muero ahí mismo, en la profundidad de su oscuridad, quiero verme reflejada en esa oscuridad por toda la eternidad.

—¿Qué haces aquí? —digo para intentar salir del camino de su preocupación.

—¿Qué hago aquí? —ríe con sarcasmo—. Lo mismo que tú, lo mismo que todos, finjo ser quien no soy.

Sonrío al recordar que yo sí conozco al auténtico Leonard McGuire, y quiero gritarlo al mundo, al mundo falso que nos rodea. Amo a este hombre, lo amo con cada fibra de mi cuerpo y mi ser.

—Pero no me desvíes del tema, mujer, te conozco —recupera la palabra conociendo mis artilugios. Vuelvo a sonreír, es verdad, él es el único que en

verdad me conoce—. ¿Te encuentras bien? ¿Regresaron los malestares? ¿Te ha hecho daño? —escupe una catarata de preguntas que me hacen amarlo más.

—No, no me ha hecho daño... en cuanto al malestar, sí, regresaron, pero no por lo que tú crees.

Mi respuesta nos deja atónitos a ambos. ¡Dios, no puedo controlarme, las ganas de confesarme ante él me traicionan!

—Esto... —extiendo mis brazos haciendo referencia al lugar—. Todo esto me provoca náuseas, la gente falsa que me sonríe por compromiso, Carlo, mi padre. ¡Eso es el origen de mi malestar!

Leonard compra mi mentira.

Me permite un par de minutos para recomponerme antes de arrastrarme fuera del tocador. Su preocupación sigue latente en su mirada, y en la mía. Aunque ambos tememos cosas distintas.

El antiguo miedo a Carlo apenas me toca, a él, lo abruma.

—No podemos estar seguros —dice poniendo en palabras sus pesares—. Dices que es el ambiente, pero… ¿y si ha encontrado otra forma de envenenarte? ¿y si no se ha contentado con los psicotrópicos?

—Tengo los resultados de Simon, allí queda claro que en mi organismo solo… solo están los restos de la droga —«y una vida que se gesta en mi interior», agrego con mis pensamientos. Pensamientos que son agridulces al tenerlo cerca.

Caminamos por el pasillo hasta el hall principal donde se concierta la farsa. Varias miradas se fijan en nosotros al vernos juntos, algunos susurros se hacen oír y comienzo a preocuparme.

Una murmuración a mis espaldas me brinda las respuestas:

—Los vieron almorzando en Ladurée, como si fuesen dos adolescentes. Y ahora se muestran así, frente a todos… pobre Carlo.

¿Pobre Carlo? Mis labios se cierran para impedir que una mordaz réplica salga de ellos. Me tensiono, todos mis músculos lo hacen y siento la mano de Leonard en mi espalda, firme, empujándome lejos de todos.

—Vamos —ordena—, vamos a mi casa, alejémonos de toda esta mentira, Xaviera.

—No puedo y lo sabes.

—¿Acaso ahora te molesta que te vean conmigo? —inquiere, molesto—, no puedes seguir poniendo a Carlo de excusa, ya no. Puedes mentirles a ellos —dice y señala mi entorno, que nos mira con curiosidad—, pero no a mí.

—No se trata… —quiero defenderme. No encuentro la forma de hacerlo. Leonard puede leerme, sabe que me alejo de él, pero no conoce el motivo ni puede adivinarlo.

No es Carlo, es nosotros. Es el futuro que se presenta como un sueño incompleto, como esos que, al despertar, olvidas una parte y todo aparece en la mente como retazos. Un hijo o una hija, con cabellos renegridos, con ojos negros como el carbón. Y la ausencia del padre, que nunca quiso eso para él.

Intento escapar, él me retiene. Entre las miradas, la de Carlo consigue estremecerme. El rumor de que soy la amante de Leonard ha llegado a sus oídos. Y si no fuera porque tengo un plan, temblaría aterrada.

Carlo no puede blandir esta espada, aunque bese a un ex gigoló frente a todos en el museo metropolitano. Aún una infidelidad pública de mi parte lo deja atado a las cláusulas. Como las suyas me encadenan a mí. Pero si piensa que esto es un escándalo, no imagina el que desataré cuando lo exponga, cuando le diga a todos esos que ahora me observan horrorizados, que esconden entre sus filas a un asesino.

Solo un poco más. Con esa determinación, y con la vida que crece en mi interior, encuentro el valor de romper el hechizo de Leonard. No quiero huir eternamente, quiero ser libre y darle una vida libre a mi hijo.

Me suelto de su agarre y me alejo de él. Leonard me ve marchar, puedo escuchar el modo en que pronuncia mi nombre, con una advertencia. Una advertencia que me recuerda que hoy tengo el poder sobre él, que su preocupación por mí lo hace esclavo, y que, en cuanto se dé cuenta de eso, romperá los lazos que lo atan, porque nació para ser libre, porque ya vivió demasiado tiempo maniatado y ni yo ni nadie podrá cambiarlo.

Ni un hijo.

Quiero marcharme de ahí, Carlo me alcanza en la puerta y me arrastra con él hasta el estacionamiento. Un joven se acerca a nosotros para que le indiquemos cuál es nuestro carro, de manera de traerlo, pero Carlo no quiere esperar ni a eso.

Con ademanes bruscos hace a un lado al muchacho y va en busca del Mercedes por su cuenta, algo que rompe por completo con la relación que él cree que hay que tener con los sirvientes.

Nadie se acerca a socorrerme. Siento las miradas desde el ventanal, todas ellas me juzgan, me creen merecedora de los maltratos de mi marido por serle infiel. Solo dos personas abandonan el museo en un intento de detener a Carlo: Leonard y Alice.

Ambos quedan atrás cuando el Mercedes acelera, vuelvo la mirada varias veces hacia ellos, con pesar.

—¿Creíste que no sabía de tu amorío, Xaviera? Podría haberlo ignorado si no fueras tan estúpida de dejarme en ridículo —espeta, furioso.

—¿Creíste que no me enteraría de que intentas matarme? —rebato y por fin tengo su real atención. Esa que jamás me dispensó en diez años.

—¿De qué mierda estás hablando?

Río, largo una carcajada carente de humor.

—Tengo pruebas, Carlo. Un psicotrópico, buscas empujarme al suicidio. Encontré las pruebas falsas y los psicólogos que constatarán tu versión.

Llevas planeándolo por años, ¿y tienes el descaro de enfadarte por un amante?

—¡No! —alza la voz y detiene el carro. El brusco movimiento me empuja hacia adelante y el cinturón de seguridad impide que me golpee con la guantera. Por instinto llevo la mano a mi vientre, preocupada por la frágil vida que crece en su interior.

Carlo lo adivina. Le lleva unos segundos de estupor darse cuenta de la verdad. Y entonces, entonces ríe, ríe con demencia, ríe hasta que, por poco, llora. Y luego, para mi total desconcierto, aplaude.

—Muy bien, Xaviera, muy bien. Tarde o temprano saldría a flote la sangre Fontaine. Eres igual de zorra que tu padre, siempre saliéndose con la suya, siempre ganando, sin escrúpulos, sin importarle las reglas. Ahora tienes lo que deseas, ¿no es así? ¿no deseabas un hijo? Y no te importó estar casada, no… fuiste a buscarlo a otro lado, engañaste a tu amante para que te diera eso que yo no. Pero ni tu padre ni tú han pensado que se encontrarían conmigo, con alguien que puede ganarles en su maldito juego.

—He vivido bajo tu yugo por años, Carlo, no vengas ahora a hacerte la víctima.

Intento bajar del carro, pero antes de que lo logre, acelera. A unas pocas manzanas, cambia el rumbo. Me lleva un tiempo reconocer hacia dónde se dirige.

—¡No! —exclamo, temerosa—, Carlo, todos sabrán que has sido tú. Vieron el modo en que me arrastrabas, furioso, en el museo.

—Pero ahora lo sé, y pronto todos lo harán. No solo me has engañado a mí, también lo has hecho con tu amante, querida. Y cuando la autopsia se realice, y sepan que llevas un hijo no deseado, las sospechas caerán en Leonard McGuire, el gigoló de los bajos fondos, ese que tiene un pasado violento. Nadie pensará del derrotado marido, que perdió a su infiel esposa a la que

amó por diez años.

—¡No te saldrás con la tuya! ¡Las pruebas que tengo te condenarán!

—Eso no puedes saberlo, y nunca lo sabrás, porque estarás muerta ¡maldita perra!

La desesperación es mil veces peor cuando nos adentramos en los caminos que llevan de la bahía a la casa de Leonard. Comienzo a llorar, piensa dejar mi cuerpo ahí, para incriminarlo.

¡Leonard y tu maldita costumbre de no tener seguridad!

La intimidad de esa mansión, construida para el placer, hoy se volverá el escenario perfecto para un asesinato sin testigos.

Carlo detiene el carro y yo me lanzo a correr de inmediato. Mis tacones se traban en la gravilla, y ahí los dejo. Sigo descalza, aunque mis pies comienzan a lastimarse. Mi marido me alcanza en algunas zancadas y me arrastra mientras grito.

Grito a viva voz, grito hasta que me arde la garganta, grito pidiendo un auxilio que no llegará.

Cuando pasamos frente al ventanal lateral, las luces se encienden y sobresaltan a Carlo, que suelta apenas el agarre por temor a ser descubierto.

Eso me permite correr hacia el carro, buscar mi móvil, pedir ayuda. «Esta casa es más inteligente que muchos que conozco», recuerdo el sarcasmo de Leonard y, si las circunstancias fueran otras, reiría. Aunque no se ven las cámaras, sé que están. Ocultas, dispuestas a dejar la evidencia que Carlo quiere borrar.

Vuelve a alcanzarme, a metros del carro. Llego a extender mi brazo hasta el bolso, y ambos caemos sobre el camino. Siento el dolor en todo mi cuerpo, me arrastro sobre la gravilla que raspa mi piel. Carlo me toma del tobillo y repta por mi cuerpo hasta inmovilizarme.

Mis manos tocan el móvil y llego a marcar 911, pero cuando la operadora

habla, no puedo pedir auxilio. Los dedos de Carlo están sobre mi garganta, me gira y queda montado sobre mí, con su cuerpo encima del mío, comienza a ahorcarme. Puedo ver el odio en su mirada, no le importan las consecuencias, se cree invencible.

Clavo mis uñas en su rostro, me defiendo como puedo, pero no soy tan fuerte y la falta de aire comienza a desvanecerme. Pienso en Leonard, en el hijo que llevo dentro, y lucho… lucho como una fiera. Pataleo, intento quitármelo de encima.

—¡Maldita perra! —exclama antes de alzar mi cabeza desde el cuello y golpearla con fuerza en el suelo. El dolor es insoportable. La operadora escucha todo, pero no sé si será capaz de prestar ayuda en el poco tiempo con el que cuento.

Estoy por morir… todo se vuelve negro.

***

Conduzco a toda velocidad hacia la casa de Xaviera. Pese a mi enojo, sé que su vida está en peligro. Vi el odio en Carlo, la determinación para concretar su plan.

Los demás sentimientos quedan ahogados por el miedo. El desprecio de Xaviera, la vergüenza de que la vean conmigo… ¿o acaso no fue eso lo que leí en su mirada?

Para mí no existen más dudas ni mentiras. La quiero en mi vida, la quiero a mi lado. Pero no pienso rogarle, no, esos no son mis métodos.

Pretendo hacerle ver eso que al parecer no descubrió aún. Que nos reconocimos, que jugamos el juego de tutor y alumna solo como una excusa para concretar lo que ya era un hecho entre nosotros.

Mis preocupaciones se hacen carne cuando llego a la mansión y la veo vacía. Llamo a la puerta, rodeo el perímetro. Está desierto.

—¡Xaviera! —grito a la nada.

El temor me abruma. Vuelvo a mi Tesla y acelero sin piedad. El carro responde a mis comandos y recorre la distancia que me separa de mi casa en tiempo record. Acciono el panel para llamar a Simon.

—Envíame las pruebas —solicito y, sin más explicaciones, corto la comunicación.

Lo expondré yo, no esperaré a que Xaviera lo haga. Lo haré de inmediato, para protegerla, para desbarajustar cualquier plan que tenga Carlo.

De todos modos, lo sé. Mis instintos lo gritan, claman por ella. Ya es una parte de mí, al punto que puedo sentirla de manera física por más que no esté a mi lado. Está en peligro, no hay más planes maquiavélicos, Carlo ha tirado todo por la borda. Y me ha dejado sin tiempo.

Llamo a su móvil, me da ocupado. El buzón salta de inmediato, y la voz de una máquina, impersonal y robótica, no hace más que alimentar la hoguera que arde en mí. Vuelvo a llamar a Simon.

—Rastrea el móvil de Xaviera —ordeno. Simon intenta decir algo más, pero comprende en mi tono desesperado que la vida de ella está en peligro.

—Lleva tiempo —es lo único que me advierte. Entiende que el tiempo no es mi aliado en esta lucha.

Llego a mi casa, el Tesla frena de inmediato ante la escena que se presenta en el ingreso de mi mansión. Carlo sobre Xaviera, sobre su cuerpo que apenas se mueve buscando una salida.

Salgo disparado. Me arrojo sobre ambos y logro que la suelte. Xaviera no responde, sus ojos permanecen cerrados y su cuerpo laxo.

—¡La has matado! —grito— ¡Maldito hijo de puta!

Me lanzo de nuevo hacia Carlo, que mira a la mujer con satisfacción. Se salió con la suya y yo… y yo entiendo que la he perdido.

Golpeo al hombre con furia, mi entrenamiento me permite no recibir

ningún impacto en respuesta. Soy yo y mis demonios contra él.

Lo magullo sin piedad, descargo en él mis miedos, mi frustración, mi desesperación. Xaviera se coló en mi vida, en mi piel. Xaviera atravesó cada barrera que construí en torno a mí, para adueñarse de algo que creí muerto: mi corazón.

Y sin ella… sin ella eso se vuelve un hecho. Mi corazón muere a su lado, muere junto a la única persona que lo hizo latir.

—Leonard —escucho a mis espaldas y cierro los ojos.

¿Una ilusión? ¿es su voz una ilusión?

Carlo apenas puede moverse por el dolor de mis golpes, en cambio yo estoy paralizado por el miedo, por el miedo de voltear y confirmar que fue mi mente la que recreó su voz.

—Leo… —repite.

—Shh, shh. No hables —le pido ahora junto a ella. Su cuello está al rojo vivo, pronto, los dedos de Carlo quedarán dibujados en su piel a forma de moratones.

—Mi… mi mov…

Logro entender. Miro derredor hasta hallar el móvil de Xaviera. La comunicación con el 911, la voz de la operadora que pide que resista, que en menos de un minuto llegarán los refuerzos.

Acuno el cuerpo de Xaviera con el mío mientras le contesto a la operadora. Mis ojos… mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas. Yo… Leonard McGuire, que he visto mil cosas, que he vivido mil vejaciones, me derrumbo. Me derrumbo ante el temor de perder a Xaviera.

«Un minuto». Un minuto hubiera sido una eternidad. Sesenta segundos me han devuelto la vida que amo, porque sí, ¡maldita sea!, la amo.

La policía llega, evalúa la escena. Una ambulancia se lleva a Xaviera y otra a Carlo, y yo los guío hacia las cámaras de seguridad para que encuentren las

pruebas. También les muestro los informes de Simon y luego… luego quedo solo.

Con el temor en el aire, con la ausencia de Xaviera en mi casa, pero con el corazón lleno de algo nuevo.

***

Abro los ojos y me siento renacer. Sé que en cierta forma lo hago. Recuerdo todo, la furia de Carlo, su violencia, la sensación de abandonar mi cuerpo. Recuerdo todo, lo recuerdo a él, Leonard... su voz me regresó a la vida.

Los alrededores no me sorprenden, estoy en una cama de hospital, a solas.

Escucho voces. Puedo reconocer las de Alice y Leonard combinadas con un sin fin de tonos desconocidos más.

¿Cuánto tiempo estuve dormida? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Intento reincorporarme. El cuerpo me duele. Estiro mi mano y logro alcanzar el botón de asistencia. En segundos, una enfermera y una doctora se hacen presentes.

—¡Hasta que por fin despiertas, cariño! —La morena enfermera me sonríe con dulzura y chequea que la intravenosa de mi brazo continúe en su lugar.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —La pregunta va dirigida a ambas. La mujer, cuya bata blanca le otorga el certificado visual de doctora, responde:

—Tres días, ese es el tiempo que a tu cuerpo le ha llevado recuperarse. ¿Cómo te sientes?

—Como si alguien hubiese tratado de matarme. —Por lo visto, mi encuentro cercano con la muerte potenció mi cinismo.

—De ser así —dice alternando la luz de una pequeña lamparilla en mis pupilas. Va de un ojo al otro, comprobando el efecto del estímulo— podemos sentirnos satisfechas, no hay pérdida de memoria… —Hace una pausa, y

cuando finaliza con la observación, agrega— ni compromiso neuronal.

—¿Estoy bien? —Me corrijo de inmediato cuando lo más importante viene a mi mente—. ¿Estamos bien? —Acaricio mi vientre para que ella deduzca el sujeto ausente de mi oración.

Ambas me sonríen. La enfermera aprovecha mi calma para tomarme la presión arterial.

—Los dos están en perfecto estado, solo necesitan descansar, descansar hasta que el cuerpo diga basta. De todas maneras, vamos a hacerte un par de estudios más, para que podamos darte el alta a la brevedad.

—Sí, afuera hay personas que se preocupan por ti —agrega la enfermera con picardía—, al punto tal que nos están enloqueciendo. Así que ponte bien, cariño... así te marchas para el beneficio de todos.

—¿Puedo verlos?

Leonard y Alice no solo son los únicos dos afectos reales de mi vida, también son los voceros oficiales de aquello que no sé. ¿Qué sucedió con Carlo? ¡Quiero saber su maldito destino! ¡Quiero que pague! Por los años de sometimiento. Por este dolor que aún aprisiona mi garganta.

—Sí, pero antes —La doctora interviene, su ceño fruncido confiesa que lo que va a decirme no va a ser de mi agrado—, el detective Jacobs necesita tomarte declaración.

Se marchan para permitirle el ingreso al hombre, a duras penas comprendo que la toma de declaración debe ser realizada antes de que me ponga en contacto con familiares y visitas, supongo que para que los mismos no influencien sobre mi testimonio.

Jacobs es agradable, y la empatía que me transmite logra sacar todo de mí. Le cuento la historia de ambos, el inicio de mi relación con Carlo, nuestro matrimonio y contrato pre-nupcial, los diez años de sometimiento

psicológico, el motivo de la presencia de Leonard en mi vida... Le doy el cuadro completo, exorcizo ese demonio encerrado en mí. Me libero, de una vez por todas, lo hago.

Cuando la luz del atardecer se hace presente en mi habitación, apelo al buen corazón de la Doctora McFarland, y ella me permite abandonar las instalaciones del hospital. Los dos visitantes que me aguardan están al tanto de mi parte médico general, pero no de mi embarazo, así se lo indiqué a la doctora.

Ya en mi presencia, Leonard y Alice se enfrentan en una lucha despiadada por mi cuidado. Como es de esperarse, Viktor no se ha hecho presente bajo la excusa de la invasión de los paparazis. Carlo Trento y Xaviera Fontaine son noticia de los periódicos locales y de los programas televisivos de cotilleo. Una vez más, vuelvo a ser la desgracia de la familia para mi padre. Ya no me importa, el apellido Fontaine ya es un accesorio decorativo para mí, no me define ni me definirá jamás.

Leonard gana la batalla de mi tenencia, mansión tranquila le gana a mansión con tres niños y dos mascotas. Alice se marcha con la mitad de su corazón destrozado por la derrota y con la otra mitad latiendo a pura exaltación. Al igual que yo, disfruta del fin de mi condena.

Para evitar el acoso de los fotógrafos y periodistas, abandonamos el lugar por la salida trasera. Leonard me carga en brazos y me acomoda en el asiento de su Tesla. El viaje me adormece, o yo lo finjo, no lo sé. No quiero hablar de futuro con él, no quiero hablar de aquello que no vamos a tener. Esto que ahora acontece no es más que un cuidado paliativo, una rehabilitación que, de aquí a un par de días, también va a darme el alta.

Vuelve a cargarme en brazos cuando llegamos a la mansión. Estamos solo

nosotros dos, no necesitamos a nadie más, lo sabemos. Sube los peldaños a paso lento, quiere evitar cualquier movimiento brusco. Me sonríe. No requerimos de palabras para entendernos, puedo leer su mirada, de la misma manera en la que él lee en la mía. La escena, de lo más romántica, se graba en mi recuerdo, en mi corazón. Voy a atesorar este instante por siempre.

Llegamos a su habitación, me recuesta en la cama, me quita los zapatos y me cubre con un edredón.

—Dime, ¿qué necesitas? —Acaricia mi rostro. Quiere complacerme, quiere apartar mi fragilidad momentánea y enseñarme a ser fuerte como él. Lo soy, gracias a él lo soy, me enseñó mucho más de lo que imagina.

—A ti... te necesito a ti.

—Me tienes, ¿acaso no te has dado cuenta de ello?

«Tengo la ilusión de ti, nada más que eso, Leonard». Eso quiero decirle, gritarle. No lo hago, no voy a entrar en un debate sin fin con él ahora, no cuando lo único que quiero es abrazarlo.

—Ven aquí —le digo convocándolo a mi lado en la cama.

La hace, se recuesta junto a mí. Le acaricio el rostro, invado su boca con un beso. Me quedo unida a sus labios, mezclando su respiración con la mía.

—Hazme el amor, Leonard —le susurro. Sus ojos me buscan tratando de entender la justificación al pedido en la circunstancia presente—. Ayuda a sanar a mi cuerpo...

—No quiero dañarte, cariño.

—Y no vas a hacerlo. Nunca lo hiciste... nunca lo harás. Hazme el amor, por favor, Leonard.

Mi pedido tiene el más egoísta de los secretos albergado en su interior. Este es nuestro fin. Nuestra despedida.

Y lo hace, me hace el amor con delicadeza, con calma. Recorre mi cuerpo golpeado con sus besos y les arrebata el dolor con su simple roce. Lo siento

dentro de mí y gimo. Me ama de mil formas distintas. Me ama sin saber que me está diciendo adiós.

Lección 10

No importa el destino, solo el camino.

Ardo en el fuego de mi furia. Si no la encuentro, si no regresa a mí, voy a convertirme en cenizas. Se marchó sin explicación alguna, en plena noche huyó de mí, y yo me debato entre la ira y la preocupación. Tarde fui consciente de su ausencia, el agotamiento mental de los días pasados tomó control de mi luego de haberme saciado con su cuerpo.

«Hazme el amor, por favor, Leonard».

¡Maldita Xaviera!

Por ella... He perdido la razón.

Sin ella... He perdido todo.

Debo contener la desesperación que corre por mi cuerpo, de lo contrario, estallaré. Me desahogo golpeando mi saco de boxeo. Solo así puedo mantenerme en pie, peleado con la nada, olvidando su ausencia. Mis manos están desnudas, obvié la protección, el dolor en mis nudillos es el camuflaje perfecto para el dolor de mi corazón.

¡Maldita Xaviera!

La odio. La odio tanto como la amo, y no poder confesarle ninguno de esos dos sentimientos me mata por dentro.

La presencia de un automóvil aleja mi concentración del saco de boxeo para volcarla a la pantalla de seguridad que esta frente a mí. Es el carro de Simon. Él puede darme las respuestas que quiero. Cuatro días... cuatro días sin noticias de Xaviera son suficientes para mí.

Cubro mi pecho desnudo y sudado con una camiseta. Me meso el cabello para quitarme la imagen de hombre desesperado y voy a su recibimiento.

Simon tiene un código de acceso personal e ingresa sin más. Me encuentro con él ni bien pongo un pie en el hall central. Puede notar mi ansiedad desbordante. Sin emitir palabra alguna, lo invito al interior de mi oficina.

—Ok, olvidemos el «Buenas tardes» —dice con sorna y yo caigo en cuenta de mi falta de modales. Me detengo a mitad del pasillo para enfrentarlo.

—Lo siento.

—No, no lo sientes. —Me conoce, soy transparente para él.

—Es verdad, no lo siento en lo absoluto. ¿Wiski? —Le ofrezco a modo de compensación. Los dos requerimos de una buena dosis de alcohol para aliviar la tensión.

—¿Soy solo una mujerzuela dispuesta a venderse por alcohol para ti? —bromea con la intención de hacer mutar mi humor de mil demonios.

—Depende... ¿Has traído información? —digo retomando el camino, él me sigue.

—Depende... ¿Cuánto whisky tienes?

La expresión en su rostro me clava la estaca de la incertidumbre en el pecho, y comprendo que detrás de la huida de Xaviera hay mucho más.

«*Necesito unos días en calma. Debo despedirme del pasado para hacer las paces con mi presente. Compréndeme, respétame, Leonard. Cuando recupere las fuerzas perdidas, regresaré*».

—¿Y qué parte de «respétame» no entiendes, Leonard?

Simon pretende actuar como la voz de mi consciencia y yo no estoy dispuesto a oírla. Ya nos hemos bebido media botella de Scotch y, al parecer, no nos basta. Sirvo dos medidas más en nuestros vasos.

—Emborracharme para que no te diga la verdad no te va a servir, lo sabes, ¿no?

—¿Quién dijo que tú eres el objeto de la borrachera aquí?

—Leonard... —intenta recuperar la seriedad que yo le obligo a abandonar. Quiere convencerme de que respete los deseos de distancia de la mujer que amo, y eso no va a suceder—. Xaviera no es una niña, y Carlo... Carlo está tras las rejas. No va a salir, no va a hacerle más daño.

—No entiendes, Simon, tú no entiendes nada de nada... —Lanzo palabras al aire, bebo el Scotch de mi vaso y me apodero de la botella.

—Entiendo todo. La entiendo a ella, a su distancia... al que no entiendo es a ti —proclama arrojando una carpeta con papeles sobre el escritorio—. ¿En verdad quieres a Xaviera en tu vida? ¿O es un capricho de niño con juguete nuevo? —Directo y sin anestesia, así me abre el pecho para hurgar en mis sentimientos. Tomo la carpeta, es una copia impresa de sus análisis—. Porque de ser así, estás en problemas —finaliza.

Lucho con los efectos del alcohol que comienzan a manifestarse y recorro las cifras con cuidado. Los resultados de su análisis de orina están resaltados a color: HCG 90 mUI/m.

¡Dios! ¿Xaviera está embarazada? Espera un hijo... a mi hijo.

—La cifra solo se presenta en la muestra de orina, y eso significa una cosa, su embarazo es reciente. —No puedo hablar, tengo un nudo en la garganta, en el corazón. El piso bajo mis pies tiembla, mi alrededor se derrumba. La paternidad no está en mis planes. Nada de esto estaba en mis planes. Simon, movido por mi silencio, continúa con su discurso—. He hecho todas las investigaciones que me pediste sobre ella, sé, al igual que tú, que su marido nada tiene que ver con este embarazo. En conclusión, la lógica me lleva a apuntar a ti. ¿Qué mierda has hecho, Leonard?

¡Dios! ¿Un hijo?

—Fue un error —miento. No sé cómo responderle. Estoy acorralado por las emociones. Sé que me estoy comportando como un maldito crío, reclamo la presencia de la mujer que amo, pero rehuyó de ella ahora que la realidad de nuestro futuro cambia. Porque un hijo lo cambia todo, va cambiarme a mí, y no sé si estoy dispuesto a afrontar ese cambio.

—¡Por favor, tú no cometes errores! No me trates de idiota. —Parece enfurecido. Está dispuesto a darme una lección. Está bien, la necesito—. Pero por sobre todo, deja de hacerte el idiota contigo. ¿Desde cuándo tú te olvidas del puto condón?

Lo noche del acantilado vuelve a mi mente. La deseaba tanto, quería sentir su tibieza, su humedad por completo. No me importó el después. No me importó al punto tal de olvidarme del descuido.

—El momento nos sorprendió a ambos —intento justificarme. Simon no me lo permite, no está dispuesto a ceder a mi necia mentira.

—Te has puesto a pensar la verdad oculta en eso.

—No hay verdad oculta, solo una equivocación vestida de ardiente deseo... —Bebo de la botella para convencerme de lo dicho.

Una carcajada abandona su boca.

—Deseo, esa es la palabra aquí —dice arrebatándome el wiski de las manos—. Deseos de ella, de una vida, de un futuro con ella. Tú y Xaviera son iguales, comparten un pasado sin amor y van en busca de un futuro repleto de él. La diferencia entre ambos es que ella lo grita a los cuatro vientos, y tú, tú lo encierras muy dentro, lo callas. —Se levanta para dominarme con el ímpetu de su presencia—. Desde el primer instante que la viste lo supiste, sabías lo que ella quería, y se lo diste. Dime ahora, ¿estás dispuesto a afrontar las consecuencias de esa vida? ¿Estás dispuesto a dejar de ser el Leonard McGuire que todos conocen?

El wiski hace el efecto contrario en mí, no me nubla la razón, me la

ilumina. Simon está en lo cierto, yo me lancé a la fantasía de Xaviera conociendo la realidad en ella. Construí una puesta en escena para ambos, jugué el papel de pareja amante, de hombre de sus sueños y lo hice porque yo también deseaba ese protagónico. Y aquí estoy ahora, en el escenario de una vida que ya no encaja para mí. La necesito a mi lado.

—¿Dime dónde está? —La ansiedad mezclada con la ira de su ausencia me expulsa de la silla. Mis muslos rozan el borde del escritorio y lo hacen temblar en sintonía con el sismo de mi mundo.

—No... no hasta que respondas a mi pregunta. ¿Estás dispuesto a afrontar las consecuencias de una nueva vida con ella? Respóndeme, Leonard. Respóndete. De lo contrario, déjala, deja que inicie una vida lejos de ti.

Simon se piensa que puede orquestar mi vida con su psicología barata y yo no se lo voy a permitir. Haciendo a un lado el uso de mis facultades, voy hasta él impulsado por la furia. Lo tomo de las solapas de la chaqueta y lo empujo hasta que su espalda choca con la pared cercana.

—¿Dime dónde está? No me pongas a prueba, Simon.

—Yo no te pongo a prueba, ella lo hace. ¿La amas?

Lo hago, lo sé. Pero callo ante él. ¿Por qué? ¿Por qué me cuesta confesarlo?

—¿Piensas ir hasta ella y decirle qué? —Simon sigue jugando conmigo, y esa parte encerrada de mí se lo agradece.

—Voy a ir hasta ella y traerla conmigo...

—Vas a traerla contigo porque... ¡Vamos, dilo! Soy tu prueba piloto, aprovéchame.

—Porque la amo.

La ira que me recorre el cuerpo se desvanece, así, de un instante al otro. Lo libero y me libero con él. El pecho se me abre, respira, le permite a mi corazón hablar. Confesar aquello que ya sé.

La amo, y ahora puedo decírselo al mundo.

—La amas y yo la detesto. —Sonríe satisfecho—. Me acaba de robar a mi único amigo en el mundo.

—No, te lo acaba de presentar.

Yo también sonrío. Estoy feliz, el panorama oscuro de mi vida ha mutado, ahora me enfrento a su lado luminoso, y lo disfruto.

—Está en su casa en Malibú, a un par de horas de aquí.

—Gracias —digo aprisionando su rostro con mis manos y estampando un sonoro beso en su mejilla.

—Ey, ey... dile al nuevo Leonard que se comporte —bromea—. Y dile también que se dé un buen baño, huele a wiski y melancolía.

Tomo una ducha rápida, me visto y me subo al Tesla. Simon me acompaña con su vehículo un par de kilómetros, luego se abre del camino en dirección opuesta a la mía. Tengo un largo trayecto por delante. Lo aprovecho al máximo. No soy el mejor amigo de las palabras cuando de sentimientos se trata, por eso estructuro en mi mente el discurso que voy a entregarle a Xaviera ni bien este frente a ella. Ella no necesita un ramo de rosas como bandera blanca de rendición, necesita la verdad, la confesión que, durante años, ha soñado.

Quiero ser todo lo que ha soñado. Quiero ser eso y más para ella, para... para nuestro hijo.

Dudo y titubeo en mi pensamiento. ¡Dios, ayúdame! Mis palabras no pueden dudar ante Xaviera, no.

El atardecer comienza a jugar con mis ojos. Chequeo los datos del GPS. Llegaré al caer la noche.

La tensión abandona por completo mi cuerpo, estoy relajado. El camino se presenta ante mí como una obra de arte inédita, una de la cual me siento

parte. Jamás he creído en finales felices, sin embargo, aquí estoy, convertido en otro cliché viviente dispuesto a todo por la mujer que ama.

¿Estás dispuesto a afrontar las consecuencias de una nueva vida con ella?

Sé mi respuesta.

Solo espero que ella me obsequie la misma.

***

El sol, las playas, el ir y venir de gente me serenan. Mi corazón duele, pero estoy en paz. Pese a la melancolía, al caos de mi mente, entiendo que esta Xaviera que se pasea con un vestido de lino, descalza por el balcón de la casa de Malibú, es más feliz de lo que nunca fui. Y es más yo de lo que nunca seré.

Amo a Leonard, sí, lo amo. Y me amo yo, lo suficiente como para mantenerme de pie. Y sobre ese inmenso amor, crece otro, aún más grande, aún más importante. El amor por la vida que late en mi interior.

Alice me llama a diario, es la única que sabe dónde estoy, lejos de la prensa, de la familia que me odia… lejos de Leonard. Se burla de mí con cariño cuando realizamos largas video llamadas.

—Nada de carnes por si no están bien cocidas, nada de verduras crudas… ¡nada de alcohol! Lo tuyo no es vida, Xaviera.

Le respondo con más risas. Cuido mi cuerpo de manera obsesiva, en el fondo, Alice lo entiende. Comencé este embarazo cuando aún corría por mis venas residuos de un psicotrópico, y casi muero por asfixia antes del segundo mes. El temor de que le pase algo a mi hijo es tal que no estoy dispuesta a saltarme ninguna regla.

Alice insiste en hacerme compañía ahora que sabe la verdad detrás de mi huida, me niego y le prometo que será temporal, que pronto volveré, cuando recomponga el resto de mí, el vacío que dejó Leonard.

No quiero volver a la bahía aún, todo me recuerda a él. Estoy decidida,

pero aún necesito aunar fuerzas antes de verlo y enfrentar en su mirada que no quiere la vida que tendrá conmigo.

—Cuando vuelvas —dice Alice al acceder a mi petición—, te quedarás en casa unos días, con mis tres hermosos hijos, para que comiences a acostumbrarte al infierno que tú crees paraíso.

—Tus hijos son unos angelitos —contesto de buen humor, solo para ver su expresión de fingido horror—. Bueno, me tengo que marchar, que el sol está por desaparecer y aún no hice la hora de caminata diaria que me recomendó la doctora.

Nos despedimos con buenos deseos y bajo la tapa de mi portátil antes de marchar. Aún no se evidencia mi embarazo, aunque, de todos modos, comienzo a usar prendas sueltas y cómodas, para habituarme a la imagen que daré en unos meses.

Con tan solo las llaves y mi IPod me dirijo a la playa y camino sobre la arena, con el aroma a mar rodeándome. Hice un buen intercambio, pienso satisfecha al ver mi alrededor.

Viktor tampoco pudo salirse con la suya. No hubo homicidio, y el divorcio en estas circunstancias llevó al juez a determinar que el contrato pre-nupcial había sido quebrantado. El divorcio se lleva a cabo en estos mismos instantes, en los que abogados a nombres de todos se despedazan entre sí por las migajas de la fortuna del matrimonio. Acordé que me quedaría con la casa de Malibú que fue de mi madre y parte de mi herencia, la misma no entra entre los bienes posteriores a la unión y ni Carlo ni mi padre pudieron rebatir.

Lo demás… lo demás no me importa. Este lugar es bueno para un niño, lo veo en las miles de familias que disfrutan de la playa.

Vuelvo sudada, pero revigorizada. Dispuesta a beber mi batido vitamínico antes de la cena. ¡Nada de píldoras! Todo natural.

Los auriculares de mi IPod me impiden oír que alguien me habla. Por eso,

cuando giro, el grito escapa de mi garganta con demasiada fuerza.

Antes de que pueda reaccionar, tengo dos fuertes brazos que me rodean y me sostienen. También me quitan los auriculares para que escuche su voz:

—Xaviera… ¿estás bien?

Es Leonard, no puedo responder. El susto abrió camino al resto de los sentimientos, esos que creí que podría afrontar con mi nueva fortaleza. Una que se derrumba con su sola presencia.

—S…Sí. Estoy bien. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo supiste…? Simon —me contesto y niego con la cabeza. De todas las sensaciones que me abruman, el enojo sale a flote para mantener a todo lo demás bien en lo profundo—. Te pedí espacio —reclamo.

La falta de desafío en su mirada me serena. No es el Leonard McGuire que el mundo conoce, es el auténtico, el mío. Lo escruto en silencio, mientras él busca qué decirme. Lo noto abatido, confuso…

—Veo que no solo te ha ido con el cuento de mi residencia, también… —y las palabras mueren cuando sus ojos hacen contacto con los míos. Me piden clemencia, silencio, oportunidad. Le entrego eso y más. Leonard cambió mi vida para siempre y, sin proponérmelo, sé que yo también he cambiado la suya. Merece su momento, sus palabras.

—Llevo horas pensando en esta conversación, le he dado mil vueltas, pero ahora… ahora no puedo decir nada.

—Conozco las respuestas. —Hablo por él, decido evitarle ese pesar. No es simple escribir las letras del «fin» en nuestra piel, lo sé. Aun así, yo puedo decir esa palabra en alto por los dos—. Lo siento, Leonard, sé que no querías esto y no pienso obligarte. Pero yo sí lo deseo y…

Leonard se voltea para regresar con un envoltorio en las manos que extiende como una ofrenda de paz. Lo observo confundida antes de tomarlo. La caja con estampas de osos pandas me da una idea de su contenido, aunque

yo sea incapaz de procesarlo.

—No me gustan las flores, me recuerdan al olor del hospital, de… —de las casas de citas, completo en mi mente sin necesidad de que él lo confiese—. Y bombones… ¿puedes comer bombones? No sé nada del asunto.

No puedo evitarlo, la ternura de su vergüenza me hace sonreír ante su balbuceo. Un nuevo Leonard se presenta ante una nueva Xaviera. Ambos mutamos, cambiamos, hasta dejar al descubierto quienes siempre debimos ser. Abro el presente para hallar un hermoso *body* de bebé blanco, con un dibujo infantil en el centro. Los ojos se me inundan de lágrimas cuando los fijo en los de él, que brillan de expectativa.

—¿Leonard? —pido que se explique, que me diga lo que creo que está por decir. Necesito escucharlo, necesito confirmar que la felicidad que siento en este momento es real.

—Te amo, Xaviera —confiesa—, te amo desde antes de conocerte. Creo que toda la vida estuve a la espera de tu llegada, en pausa, viendo pasar los días sin vivirlos en realidad.

La confesión me desarma con la única intención de volverme a unir, suceda lo que suceda, esa confesión me hace fuerte, indestructible. Semanas atrás le entregué mi cuerpo, hoy, en este instante, le entrego mi corazón. Sin temor, mis sentimientos se hacen palabras.

—Yo también te amo, Leonard… pero eso no basta ahora, y lo sabes. Ya no estoy sola —acaricio mi vientre.

—Lo sé, como también sé que los quiero a los dos en mi vida. No —se corrige—, en mi vida no, en mi nueva vida. Xaviera… no quería hijos, no quería familia, no existía en mi mundo un lugar para eso. —No duda, la certeza de sus deseos me inunda el alma. De pronto, lo que hasta ahora parecía ser solo la lejana posibilidad de una bella ilusión se transforma en realidad confesa—. Pero ahora tú eres mi mundo, un mundo distinto, lleno de

oportunidades, de… de espacio para esto, y para más. Y yo lo quiero, te quiero, los quiero.

No voy a alejarlo, borro de un plumazo los bocetos de la vida futura en la que él no es partícipe y construyo nuevos, unos en los que aquello que no conocemos puede existir. Sí, podemos ser una familia.

Lucho con las lágrimas de felicidad que inundan mis ojos y me cierran la garganta. He perdido la capacidad del habla... no importa, no la necesito. Dejo que mi cuerpo le hable.

Me refugio en sus brazos, y él me rodea con fuerza. Me besa en la frente, en los pómulos, en la nariz, hasta al fin tomar mi boca y hacerlas una. Nuestros cuerpos se encienden en maravillosa sintonía movidos por el sentimiento que hemos podido reconocer tirando abajo todas las barreras. Nos quitamos las ropas, que sobran entre nosotros, nos quitamos las dudas, las sombras del pasado y las incertidumbres del futuro. Así, desnudos por completo, renacemos.

Nos amamos y nos amaremos... hoy, mañana y siempre.

La última lección resuena en nuestra alcoba: el amor no es el objetivo, es el camino.